

COMUNIDAD CRISTIANA EBEN-EZER DE LA VILLA DE VALLECAS



“DEL BARRO AL TRONO”



Un Comentario al Mensaje de Jesucristo a las Siete Iglesias de Asia Menor.

Pr. Joaquín Yebra.

“Yo estaba en el Espíritu en el día del Señor, y oí detrás de mí una gran voz como de trompeta, que decía: Yo soy el Alfa y la Omega, el primero y el último. Escribe en un libro lo que ves, y envíalo a las siete iglesias que están en Asia: a Éfeso, Esmirna, Pérgamo, Tiatira, Sardis, Filadelfia y Laodicea.” (Apocalipsis 1:10-11).

Este comentario sobre los mensajes de nuestro Señor Jesucristo, resucitado y glorificado, a las siete iglesias de Asia Menor, tiene el propósito de servir al pueblo de Dios, y de estimular a la fe a quienes conocen de oídas a Jesucristo, pero no han tenido un encuentro personal con Él.

Esta obra es fruto de estudio y meditación, y se basa en el material compartido por el pastor Joaquín Yebra en las reuniones de estudio bíblico de la Comunidad Cristiana Eben-Ezer de la Villa de Vallecas, Madrid.

Lo ponemos a disposición de cuantos crean hallarlo de interés. Su acceso es completamente libre.

Sin embargo, si lo encuentras valioso para tu vida y ministerio, y el Señor pone en tu corazón compartir algo de lo que el Señor te da, te invitamos a mandar una ofrenda voluntaria a nuestra cuenta:

O bien un giro postal a nombre de:

COMUNIDAD CRISTIANA EBEN-EZER,
Calle Sierra Tortejada, 2,
Vallecas-Villa,
28031-Madrid (España).

Tus ofrendas serán dedicadas en su totalidad al programa de difusión de la Biblia, ropa y comida, que nuestra Comunidad realiza semanalmente entre personas necesitadas, españoles e inmigrantes, sin más requisito que su petición: “A cualquiera que te pida, dale.” (Lucas 6:30a).

Últimos datos estadísticos, a 21 de Mayo de 2000:

Ropa y comida: 300 familias semanales.

Biblias enviadas gratuitamente (en mano y por correo): 1.600 ejemplares en los últimos seis meses.

DIACONÍA DE LA COMUNIDAD CRISTIANA EBEN-EZER
DE LA VILLA DE VALLECAS

Indice:

Indice:	3
INTRODUCCIÓN GENERAL:	5
<u>LA VISIÓN DE CRISTO:</u>	13
<u>INTRODUCCIÓN A LOS MENSAJES:</u>	21
CAPÍTULO PRIMERO:	24
<u>EL MENSAJE A ÉFESO: Apocalipsis 2:1-7:</u>	24
Versículo 1:	24
Versículo 2:	26
Versículos 3-4:	27
Versículo 5:	29
Versículo 6:	29
Versículo 7:	31
CAPÍTULO SEGUNDO:	36
<u>EL MENSAJE A ESMIRNA: Apocalipsis 2: 8-11:</u>	36
Versículo 8:	36
Versículo 9:	38
Versículo 10:	39
Versículo 11:	40
CAPÍTULO TERCERO:	43
<u>EL MENSAJE A PÉRGAMO: Apocalipsis 2: 12-17:</u>	43
Versículo 12:	43
Versículo 13:	44
Versículo 14:	45
Versículo 15:	47
Versículo 16:	47
Versículo 17:	48
CAPÍTULO CUARTO:	50
<u>EL MENSAJE A TIATIRA: Apocalipsis 2: 18-29:</u>	50
Versículo 18:	50
Versículo 19:	51
Versículo 20:	51
Versículo 21:	52
Versículo 22:	53
Versículo 23:	54
Versículos 24 y 25:	55
Versículos 26-27:	56

Versículo 28:	57
Versículo 29:	58
CAPÍTULO QUINTO:	60
<u>EL MENSAJE A SARDIS: Apocalipsis 3: 1-6:</u>	60
Versículo 1:	60
Versículo 2:	63
Versículo 3:	63
Versículo 4:	64
Versículo 5:	65
Versículo 6:	67
CAPÍTULO SEXTO:	68
<u>EL MENSAJE A FILADELFIA: Apocalipsis 3:7-13:</u>	68
Versículo 7:	68
Versículo 8:	70
Versículo 9:	71
Versículo 10:	72
Versículo 11:	72
Versículo 12:	73
Versículo 13:	76
CAPÍTULO SÉPTIMO:	77
<u>EL MENSAJE A LAODICEA: Apocalipsis 3: 14-22:</u>	77
Versículo 14:	77
Versículos 15 y 16:	81
Versículo 17:	82
Versículo 18:	83
Versículo 19:	84
Versículo 20:	86
Versículo 21:	88
Versículo 22:	92
CONCLUSIÓN:	93

INTRODUCCIÓN GENERAL:

Un comentario sobre un pasaje de Apocalipsis es siempre un verdadero reto. Probablemente se trate del texto más manipulado de toda la Sagrada Escritura. Muchos lo han utilizado para justificar sus doctrinas particulares, tergiversando conceptos y forzando el significado de sus imágenes.

Comenzaremos por admitir que se trata de un libro difícil para el lector que desconozca la clave en que se ha redactado: El género apocalíptico judío. Este género literario floreció en la época de la redacción del libro de Daniel, unos doscientos años antes de Jesucristo. En realidad, los escritos apocalípticos fueron rechazados por el judaísmo normativo, a excepción del libro de Daniel, ya que las demás obras de este género fueron predominantemente sectarias. Daniel es, sin duda, el ejemplo más antiguo y sobresaliente, y que, además, contiene casi todos los elementos característicos de la literatura apocalíptica posterior. En segundo lugar, y al igual que la Epístola a los Hebreos, se trata de un escrito compuesto para alentar a los cristianos del primer siglo, perseguidos cruelmente por no someterse al culto al emperador. El lenguaje no es el griego literario. Detrás de cada palabra puede escucharse el pensamiento hebreo subyacente.

Las principales obras de la apocalíptica judía son: “Enoc”, “El Testamento de los Doce Patriarcas”, “Baruc”, “El Cuarto Libro de Esdras”, “La Asunción de Moisés”, “El Testamento de Moisés”, “El Apocalipsis Siríaco de Baruc”, y “El Tercer Libro de Baruc”.

El Apocalipsis de Juan es el último de los escritos del Nuevo Testamento. “Apocalipsis” es una palabra griega que significa “desvelar”; literalmente, “descorrer un velo”. Nos llega de la raíz griega “apocalípto”, que significa literalmente “descubrir” o “desnudar”. Esta voz, pues, como sus derivados, se empleaba para designar la acción de sacar a la luz cualesquiera cosa hubiera sido ocultada, tapada o escondida de la vista de los demás, colocándose tras un velo, una cortina, o bien dentro de un cofre o cualquier otra pieza de mobiliario. También se usaba con el sentido de poner fin a la ignorancia respecto de un tema determinado. Veamos algunos casos en los que hallamos contextualmente esta voz en las Escrituras del Nuevo Testamento:

“Y al que puede confirmaros, según mi evangelio y la predicación de Jesucristo, según la revelación del misterio que se ha mantenido oculto desde tiempos eternos, pero que ha sido manifestado ahora, y que por las Escrituras de los profetas, según el mandamiento del Dios eterno, se ha dado a conocer a todas las gentes para que obedezcan a la fe, al único y sabio Dios, sea gloria mediante Jesucristo para siempre. Amén.” (Romanos 16:25-27)

“Antes bien, como está escrito: Cosas que ojo no vio, ni oído oyó, ni han subido en corazón de hombre, son las que Dios ha preparado para los que le aman. Pero Dios nos las reveló a nosotros por el Espíritu; porque el Espíritu todo lo escudriña, aun lo profundo de Dios.” (1ª Corintios 2:9-10).

“Por revelación me fue declarado el misterio, como antes lo he escrito brevemente, leyendo lo cual podéis entender cuál se a mi conocimiento en el misterio de Cristo, misterio que en otras generaciones no se dio a conocer a los hijos de los hombres, como ahora es revelado a sus santos apóstoles y profetas por el Espíritu; que los gentiles son coherederos y miembros del mismo cuerpo, y coparticipes de la promesa en Cristo Jesús por medio del evangelio.” (Efesios 3:3-6).

En este sentido de “revelación” o “manifestación”, se emplea en muchos textos alusivos a la Segunda Venida de nuestro Señor Jesucristo:

“Porque es justo delante de Dios pagar con tribulación a los que os atribulan, y a vosotros que sois atribulados, daros reposo con nosotros, cuando se manifieste el Señor Jesús desde el cielo con los ángeles de su poder, en llama de fuego, para dar retribución a los que no conocieron a Dios, ni obedecen al evangelio de nuestro Señor Jesucristo; los cuales sufrirán pena de eterna perdición, excluidos de la presencia del Señor y de la gloria de su poder, cuando venga en aquel día para ser glorificado en sus santos y ser admirado en todos los que creyeron.” (2ª Tesalonicenses 1:6-10).

“De tal manera que nada os falta en ningún don, esperando la manifestación de nuestro Señor Jesucristo.” (1ª Corintios 1:7).

“Para que sometida a prueba vuestra fe, mucho más preciosa que el oro, el cual aunque perecedero se prueba con fuego, sea hallada en alabanza, gloria y honra cuando sea manifestado Jesucristo... Sino gozaos por cuanto sois participantes de los padecimientos de Cristo, para que también en la revelación de su gloria os gocéis con gran alegría.” (1ª Pedro 1:7; 4:13).

Su correspondencia hebrea en las Escrituras del Antiguo Testamento se halla en el vocablo “galá”, que se usa con el sentido de dar a conocer algo que sólo conoce el Señor, y que en su soberanía decide revelar, mediante palabras, signos y acciones simbólicas, hasta que la verdad se manifiesta en un acontecimiento factual, tangible y constatable. Un proceso que podríamos definir como “del signo a la historia.” Hallamos esta voz en varios pasajes viejotestamentarios. Veamos unos ejemplos:

“Las cosas secretas pertenecen a Jehová nuestro Dios; mas las reveladas son para nosotros, y para nuestros hijos para siempre, para que cumplamos todas las palabras de esta ley.” (Deuteronomio 29:29).

“Porque no hará nada Jehová el Señor, sin que revele su secreto a sus siervos los profetas.” (Amós 3:7).

“Entonces revela al oído de los hombres, y les señala su consejo, para quitar al hombre de su obra, y apartar del varón la soberbia.” (Job 33:16-17).

“Él revela lo profundo y lo escondido; conoce lo que está en tinieblas, y con él mora la luz... Pero hay un Dios en los cielos, el cual revela los misterios...” (Daniel 2: 22-28).

Durante los tiempos de conquista y dominio por parte de los grandes imperios, los israelitas desarrollaron este género apocalíptico, principalmente entre los años 170 antes de Cristo, y el 100 de la era cristiana. La época de su popularidad fue el período de los Asmoneos (166-160 a.C.). Después, seguirían extendiéndose los escritos apocalípticos entre los grupos eclécticos del judaísmo tardío. Su temática siempre se centra en la recuperación de la esperanza de Sión mediante la poderosa intervención divina.

Los dos grandes “apocalipsis” de la Biblia son este libro que nos ocupa y el de Daniel. Sin embargo, hay otros pasajes en las Escrituras redactados siguiendo este género literario, tales como Isaías capítulos 24 al 27, en el Antiguo Testamento, y los textos neotestamentarios del capítulo 13 del Evangelio de Marcos, y de 2ª Tesalonicenses 2:1-12. Pero podemos también asegurar sin temor a equivocarnos que los cuatro evangelios canónicos presentan una estructura claramente apocalíptica. Hoy se reconoce ampliamente que el género apocalíptico influyó notablemente, a pesar del general desprecio del mismo por parte de los rabinos posteriores, tanto en la mística como en la escatología talmúdica.

Las raíces de este género, y todo su aparato de figuras y cifras simbólicas, se remontan a Babilonia, Egipto, Persia y Grecia, antes de llegar a la tierra de Israel y al misticismo judío. Estos círculos místicos ampliarían el alcance del aparato simbólico, adaptándolo a su fe monoteísta y mesiánica. Su advenimiento coincide cronológicamente con el declive del profetismo veterotestamentario. El género se vincula con tiempos de decaimiento y persecución. La literatura apocalíptica no suele hacer muchas referencias al pasado, por cuanto su primordial interés no es de carácter histórico, sino teológico y escatológico. No obstante, la principal diferencia entre el conjunto de la literatura apocalíptica judía y nuestro libro de Apocalipsis es que, mientras la apocalíptica del judaísmo tardío está cargadísima de estrechos prejuicios nacionalistas, nuestra obra presenta más bien características que, como dice Stanley B. Frost, pudieran sintetizarse en términos de “literatura de protesta con un complejo de persecución”. (“Old Testament Apocalyptic”, Londres, The Epworth Press, 1952, p.4).

Sin embargo, el fondo histórico no es de mero “complejo de persecución”. Es cierto que el Apocalipsis de Juan se redacta en tiempo de persecución, y, naturalmente, las perspectivas de la cultura contemporánea imperante son bastante pesimistas. Pero, frente a las demás obras de este género literario, la nuestra muestra un presente espiritual y un futuro escatológico llenos de fe y de esperanza en certidumbre. De ahí se desprende también el hecho de que el lenguaje dualista de Juan se vea moderado por su visión monoteísta. También es de destacar otra diferencia notable, como es el caso del claro determinismo del género, mientras que en Apocalipsis nunca se ve amenazada la libre voluntad del hombre, y, consecuentemente, tampoco su responsabilidad.

Los misterios, que en el género permanecen como tales, o en el mejor de los casos se abren

a los iniciados, en el Apocalipsis de Juan todo el propósito va dirigido intencionadamente a revelar, a sacar a la luz, nunca a ocultar. Los misterios se revelan abiertamente, con toda suerte de detalles, figuras e ilustraciones. Todas las comunicaciones divinas, dadas mediante símbolos, son explicadas a los lectores y oyentes. A semejanza de los textos apocalípticos de Ezequiel y Daniel, el Apocalipsis de Juan se esfuerza por traducir todas las figuras dando su correspondencia en hechos y acontecimientos. El mensaje de Juan no debe sellarse y mantenerse oculto, sino, antes bien, debe ser leído y proclamado. Incluso el hecho de la declaración del nombre del autor evidencia que este escrito no puede incluirse en la literatura pseudoepigráfica, en la que lo habitual era que los autores permanecieran en secreto, o bien recurrieran a los seudónimos de hombres famosos del pasado, tales como profetas o reyes.

El Apocalipsis de Juan nos da una visión cristiana de Dios y de la historia. Los elementos judaicos no oscurecen la visión de Dios, ni la alejan, por cuanto se destaca el encarnacionismo y el redencionismo. A diferencia también de los escritos apocalípticos de la época, nuestro Apocalipsis muestra una visión histórica en la que la propia historia tiene sentido. Juan muestra una Cristología del Cordero dentro del tiempo y del espacio, es decir, de la historia.

Los elementos proféticos de nuestra obra suponen también una notable diferencia entre la “Revelación de Jesucristo” y el género apocalíptico. Incluso una sencilla aproximación al texto que nos ocupa permite verificar que los contenidos proféticos son más numerosos e importantes que los de naturaleza estrictamente apocalíptica. A esto hemos de sumar las numerosas alusiones que Juan hace a las profecías del Antiguo Testamento.

Nos resultará útil considerar las razones que hicieron necesario este libro de Apocalipsis. Primeramente, el imperio romano se mantenía unido por diversos factores, entre los cuales uno de ellos era el culto a la figura del emperador. Naturalmente, la idea del culto imperial nos resulta muy extraña para nuestra mentalidad moderna. Sin embargo, cuando consideramos los procesos de deificación de ciertos partidos políticos y de determinados estados, y el resultante endiosamiento de líderes mundiales, incluso en nuestros días, comprendemos que las diferencias no son tan abismales como en principio pudieran parecernos. Naturalmente, las razones eran principalmente de naturaleza oportunista para su política, y muy lejos pudiera encontrarse alguna de carácter puramente religioso. Recordemos que la actitud de Roma hacia las religiones de sus territorios conquistados fue bastante tolerante, quizá por su propia condición politeísta. Mientras se cumplieran las leyes romanas y se pagaran impuestos, Roma no interfería con las costumbres religiosas de los pueblos bajo su dominio.

En primer lugar, el culto a Roma -recordemos que la ciudad había sido deificada, convirtiéndose en “Dea Roma”- había comenzado mucho tiempo antes de que se produjera la deificación del emperador. Los pueblos sometidos al imperio se ganaban el reconocimiento de las autoridades romanas construyendo templos en honor de “Dea Roma”. Y, como suele ocurrir hasta nuestros días en lugares donde el cristianismo paganizado se ha construido sobre los escombros de Roma, los pueblos disputaban por la construcción del templo de mayor

tamaño o más y mejor ornamentado, con la consiguiente adoración o veneración de una imagen particular. Recordemos cómo se nos dice en el libro de los Hechos de los Apóstoles que la ciudad de Éfeso era la que custodiaba a Diana-Artemisa. (Ver Hechos 19:35). En vista de las posibilidades socio-políticas que representaba este sistema, el imperio fomentó al máximo la erección de templos locales consagrados al culto de los emperadores.

La evolución del culto de Roma al del emperador pasa por Julio Cesar, quien ya se había considerado “divino”, haciendo que su estatua fuese colocada en los templos de las demás divinidades, como una más. Una inscripción hallada en las ruinas de un templo de Éfeso reza así: “A la diosa Roma y al divino Julio”. César Augusto -(31 a.C. - 14 d.C.)- no insistió en que se le rindiera culto en Roma. De hecho, la práctica del culto imperial fue mucho más estricta en las provincias del imperio que en la propia Roma. En muchos casos, la insistencia en esta clase de adoración provenía de los jefecillos y reyezuelos locales, como herramienta para congraciarse con el emperador. Los procónsules romanos gobernaban las provincias administrando la justicia, garantizando el orden y cobrando los impuestos. Las cuestiones civiles estaban encomendadas a los nativos de las regiones dominadas. La autonomía era bastante importante. Y en materia de religión, el sacerdocio local se sometía a Roma, pero administraba sus asuntos de naturaleza religiosa con total autonomía, lo que convertía a los sacerdotes locales en general, y al alto clero en particular, en personas bastante poderosas. Éstos, pues, solían ser los más insistentes en la práctica del culto imperial, y no tanto los propios emperadores. Sin embargo, sabemos que Augusto César aceptó el título de “Sebastos” (digno de recibir veneración). En el 29 a.C., Augusto César había ordenado el levantamiento de templos dedicados a Roma, y Julio César había hecho lo propio en Éfeso y Nicea. En ese mismo año había comenzado el culto imperial en Pérgamo. Las semejanzas entre estos desarrollos evolutivos del culto romano y el sistema católico de beatificación son más que evidentes.

Sería Calígula -(37-41 d.C.)- quien de manera más formal u oficial reivindicó este derecho de adoración de su persona, incluso llegando a ordenar que su estatua fuese erigida en el templo de Jerusalem. Sus consejeros le instaron a que no hiciera semejante profanación, pues, sin duda, supondría un serio incidente con las autoridades religiosas y el pueblo judío. Fue entonces cuando las autoridades romanas decidieron eximir a los judíos de la práctica del culto imperial a cambio del pago de un impuesto especial. Esto favoreció temporalmente a los primeros cristianos, a quienes Roma consideró simplemente miembros de una secta judía.

En segundo lugar, los problemas socio-políticos internos aumentaban rápidamente. Las causas principales eran la incompetencia de los propios emperadores y la corrupción en todos los estamentos de la sociedad. Al mismo tiempo, el número de cristianos aumentaba en todos los rincones del imperio. Los seguidores de Jesús iban dejando de ser una mera secta judía expansionista, para ir convirtiéndose en un movimiento de alcance universalista.

Nerón acababa de lanzar una terrible persecución contra los cristianos de Roma. Sin embargo, no parece que fuese la negativa cristiana a adorar las efigies del emperador lo que causó esta persecución sangrienta, sino que, más bien, Nerón les utilizó como chivos

expiatorios, atribuyéndoles el gran incendio de Roma, con lo que pretendió desviar la atención del pueblo y de la nobleza laica, ante cuyos ojos Nerón se hallaba bastante desprestigiado.

Corría el año 64 después de Cristo. Por Tácito y Suetonio conocemos bastantes datos sobre la persecución de los cristianos. Tácito es quien más nos relata al respecto en sus “Anales”, XV.44). Suetonio lo hace en su obra “Nerón” XVI, y el tratado sobre “Domiciano”, V y XV. Suetonio cuenta que Domiciano era muy devoto de varios dioses, por lo que levantó diversos templos en honor de los divinidades de su devoción, pero dándoles su propio nombre. Domiciano mandó matar a Flavio Clemens, y su esposa fue desterrada bajo el cargo de ser “atea”. En realidad ese fue la acusación formal contra los cristianos del momento. Legalmente no se presentaron cargos contra ellos por ser seguidores de Jesús de Nazaret, sino por negarse a adorar las efigies del emperador y los dioses de Roma. Por Suetonio conocemos que Domiciano ordenó un impuesto especial a los judíos del imperio por su exención de rendir culto al emperador. En “Domiciano”, XII, el historiador Suetonio comenta que el decreto imperial añadía que serían perseguidos todos aquellos que no reconocieran públicamente ser judíos, pero vivieran como ellos, lo que, evidentemente, hace referencia a los cristianos.

Algunos años después, Vespasiano promulgó un edicto por el cual todos cuantos rehusaran adorar la efigie del emperador serían sentenciados a muerte. Los cristianos, por tanto, se veían ante dos opciones: o bien caer en un ostracismo absoluto o participar en las ceremonias paganas. En el primer caso, serían ejecutados al ser descubiertos. En el segundo, salvarían su vida cometiendo apostasía.

Durante el reinado de Domiciano, tan cruel y enloquecido como Nerón, la persecución de los cristianos no se limitó a Roma, sino que se extendió por todo el imperio. Corría el año 93 después de Cristo. De esa época nos llegan los escritos de Clemente de Roma (1ª Clemente I, 1; V), fechados hacia el 95-96 d.C., en los que Clemente habla de “las repentinas y repetidas calamidades y reveses que caen sobre nosotros”, una clara alusión a la persecución por la que pasaban los cristianos. Tertuliano y Lactancio nos hablan también de la persecución en los días del emperador Domiciano, comparándola con la de los días de Nerón. Muchos cristianos fueron asesinados. Otros fueron deportados y castigados a trabajos forzados. Entre estos últimos, hallamos a Juan, el apóstol de Jesús, deportado por los tribunales de Domiciano al campo de trabajo penitenciario -de exterminio, diríamos hoy- en la minúscula isla del archipiélago griego llamada Patmos, en el Mar Egeo, a unos 60 kilómetros al oeste-suroeste de Mileto; un islote en el que hasta el día de hoy sólo hay piedras y lagartos. Patmos es la antigua Sporades, entre Icaria y el promontorio de Mileto, mencionada ya por los antiguos cartógrafos. Hoy recibe el nombre de Patino o Patmoso. Su longitud es de unos 11 kilómetros de largo por un kilómetro y medio de ancho, con una circunferencia de unos 21 kilómetros. Sigue sin haber en este islote ni árboles ni arroyos, por lo que no existen tampoco cultivos. En la antigüedad que nos ocupa había algo de vid, y algunos registros históricos hablan de un vino de Patmos de excelente calidad.

Eusebio, en su “Historia de la Iglesia” (III.18), hace referencia al exilio de Juan a la isla de Patmos, así como a su liberación después de que Domiciano fuera reemplazado por Nerva (op. cit. III.20). No sabemos los cargos presentados contra el apóstol Juan, pero por el testimonio interno de Apocalipsis, es evidente que la causa era la predicación del Evangelio y el testimonio de Jesús: “Yo Juan, vuestro hermano, y copartícipe vuestro en la tribulación, en el reino y en la paciencia de Jesucristo, estaba en la isla llamada Patmos, por causa de la palabra de Dios y el testimonio de Jesucristo.” (Apocalipsis 1:9).

Conviene tener presente que predicar a Jesucristo amenazará siempre a todo estado imperialista. Y esto implica que los cristianos siempre estaremos enfrentados a la tentación de entrar en maridaje desigual con el estado, o bien mantenernos libres, con el riesgo de ser perseguidos y maltratados. Acerca de estos tiempos nos llegan las palabras de Plinio el Joven, entre los años 111 y 113 d.C., relatando cómo muchos cristianos que se negaban a presentar sacrificios en los templos paganos, ante las estatuas del emperador, eran llevados a la muerte. (Epístolas de Plinio X. 96).

El Apocalipsis de San Juan es un tratado escrito desde el exilio, y es dirigido a los cristianos del imperio, estimulándoles a no caer en la apostasía de adorar al emperador, a un hombre como si fuera Dios, sino a mantenerse fieles hasta el fin. Por eso es que las similitudes entre el libro de Apocalipsis y el de Daniel son tan grandes: Un mensaje consolador para los creyentes en medio de aflicciones y persecuciones, revelándoles las grandes y maravillosas promesas que Dios tiene para los fieles, y proponiéndoles ser mártires antes que apóstatas; antes entregar la vida percedera que dejarse arrastrar por las exigencias de las autoridades romanas a adorar a hombres mortales, endiosados por su poder y soberbia. Con razón Apocalipsis ha sido denominado el mejor manual para la formación de los mártires por la fe de Jesucristo.

El título “Apocalipsis de San Juan” es del siglo segundo. El título original de la obra no nos ha llegado, a menos que, como muchos eruditos aseguran, se encuentre en las palabras iniciales de la misma: “La revelación de Jesucristo”. (Apocalipsis 1:1). Aquí es pertinente tener en consideración que el artículo determinado no figura en el texto original griego, probablemente con la intención de no inducir al lector a pensar que esta revelación fuese la única de nuestro Señor Jesucristo. Es más, la propia construcción gramatical de la frase “revelación de Jesucristo” permite entenderla en dos sentidos, en función de que tomemos el nombre de “Jesucristo” como sujeto o como complemento. Es caso subjetivo, Jesucristo sería quien se revelaba, mientras que en caso objetivo, sería una revelación hecha por Jesús acerca de las cosas que habrían de suceder.

La fecha de redacción de Apocalipsis suele considerarse hacia el año 95 ó 96 d.C., ya que en ese año la persecución de los cristianos alcanzó su punto culminante. Este es uno de los factores de la evidencia externa o histórica, a la que es importante añadir el testimonio casi uniforme al respecto de parte de los padres de la Iglesia, quienes coinciden en atribuir la redacción del libro en la última parte de vida del apóstol Juan, hacia el final del reinado del emperador Domiciano. El testimonio más directo, en este sentido, nos llega de Ireneo,

discípulo de Policarpo, obispo de Esmirna, quien por su parte fue discípulo del apóstol Juan. Este testimonio lo confirma Clemente de Alejandría. Jerónimo también se refiere al libro de Apocalipsis como “lo que Juan vio en la isla de Patmos, donde fue enviado por Domiciano”; y después añade que “esto aconteció en el año catorce del reinado de Domiciano. Otro testimonio interesante nos llega de Epifanio, obispo de Chipre, en la segunda mitad del siglo cuarto, quien hablando del apóstol Juan, dice que “profetizó en la isla de Patmos, en los días del emperador Claudio (41-54 d.C.). Esto significaría que Juan habría sido deportado bastante antes. El problema surge entonces al considerar que durante el reinado de Claudio no hubo persecución imperial de los cristianos. Esto ha hecho suponer a los estudiosos que pudiera tratarse de un error de transcripción del nombre del emperador.

En cuanto a la autenticidad y canonicidad del libro, sólo hallamos notas discordantes en el siglo III, cuando el presbítero romano Cayo mostró cierta reticencia a su inclusión en el canon, probablemente a causa del abuso de Apocalipsis que hacían los montanistas. Dionisio de Alejandría (247-265 d.C.) también mostró ciertas dudas respecto a la inclusión de Apocalipsis, probablemente por su recelo del mileniarismo. Estas dudas penetraron en algunas de las iglesias de Oriente, razón por la que el libro que nos ocupa fue omitido de la versión Armenia del Nuevo Testamento, así como en los catálogos o cánones de Cirilo de Jerusalem, Juan Crisóstomo y Teodoreto. En Occidente, sin embargo, fue aceptado sin dificultad, así como por los griegos Atanasio, Cirilo de Alejandría, Epifanio y los capadocios Basilio y Gregorio Niseno. Su aceptación en las iglesias de Oriente no ocurriría hasta el siglo VI.

El mensaje es dirigido a las siete iglesias de Asia Menor, todas ellas dentro de la circunscripción de Éfeso. Sin embargo, nosotros sabemos que eran más las iglesias de Asia Menor. ¿Por qué, entonces, dirige el Señor su mensaje a estas siete en particular? No ha revelado el Señor la razón de ello, al menos de forma explícita. Pero si tomamos un mapa de la región y trazamos una línea, partiendo de Éfeso y pasando por las iglesias mencionadas, podemos comprobar que el resultado es un círculo. Quizás en esa figura se encuentre la razón. Al fin y al cabo, el círculo, al igual que el número siete, que tan frecuentemente aparecerá en el texto de Apocalipsis, es un inequívoco símbolo de plenitud, de aquello que está completo.

De hecho, el apóstol Juan nos da en Apocalipsis una clave del siete en toda su estructura. Siete son las visiones: Siete los mensajes a las iglesias (capítulos 2 y 3); siete son las visiones de los sellos (6:1 - 8:5); siete también las visiones de las trompetas (8:6 - 11:19); y siete igualmente las plagas (15:1 - 16:21).

De manera más sutil, pero bellísima, hallamos esta clave del siete en las bienaventuranzas de Apocalipsis:

“Bienaventurado el que lee, y los que oyen las palabras de esta profecía, y guardan las cosas en ella escritas; porque el tiempo está cerca.” (1:3).

“Oí una voz que desde el cielo me decía: Escribe: Bienaventurados de aquí en adelante los muertos que mueren en el Señor. Sí, dice el Espíritu, descansarán de sus trabajos, porque sus obras con ellos siguen.” (14:13).

“He aquí, yo vengo como ladrón. Bienaventurado el que vela, y guarda sus ropas, para que no ande desnudo, y vean su vergüenza.” (16:15).

“Y el ángel me dijo: Escribe: Bienaventurados los que son llamados a la cena de las bodas del Cordero. Y me dijo: Estas son palabras verdaderas de Dios.” (19:9).

“Bienaventurado y santo el que tiene parte en la primera resurrección; la segunda muerte no tiene potestad sobre éstos, sino que serán sacerdotes de Dios y de Cristo, y reinarán con él mil años.” (20:6).

“¡He aquí, vengo pronto! Bienaventurado el que guarda las palabras de la profecía de este libro.” (22:7).

“Bienaventurados los que lavan sus ropas, para tener derecho al árbol de la vida, y para entrar por las puertas en la ciudad.” (22:14).

LA VISIÓN DE CRISTO:

Vamos, pues, a situarnos en el lugar y en el momento en que Juan recibe esta visión en la isla de Patmos. Juan está en profunda adoración en el día del Señor. La expresión (Apocalipsis 1:10) hace referencia a un éxtasis místico que nos hace recordar la visión y llamamiento de los profetas del Antiguo Testamento, como en el caso de Isaías, en el capítulo 6 de su libro, o en Ezequiel:

“En el año que murió el rey Uzías vi yo al Señor sentado sobre un alto y sublime, y sus faldas llenaban el templo... Después oí la voz del Señor, que decía: ¿A quién enviaré, y quién irá por nosotros? Entonces respondí yo: Heme aquí, envíame a mí.” (Isaías 6:1, 8).

“Y me levantó el Espíritu, y oí detrás de mí una voz de gran estruendo, que decía: Bendita se la gloria de Jehová desde su lugar. Oí también el sonido de las alas de los seres vivientes que se juntaban la una con la otra, y el sonido de las ruedas delante de ellos, y sonido de gran estruendo. Me levantó, pues, el Espíritu, y me tomó; y fui en amargura, en la indignación de mi espíritu, pero la mano de Jehová era fuerte sobre mí.” (Ezequiel 3:12-14).

Es Jesucristo resucitado -el templo de Dios Todopoderoso en carne glorificada- quien habla

a Juan, y le ordena que escriba en un libro el mensaje que tiene para las siete iglesias de Asia. Nosotros vamos a considerar las principales figuras que aparecen en el texto, y que nos servirán como clave para acercarnos a la comprensión de estos textos apocalípticos.

Juan describe la voz que escucha como “voz de trompeta” (Apocalipsis 1:10). Este instrumento siempre se asocia a las expectativas mesiánicas y al triunfo del pueblo de Dios. Naturalmente, debemos desechar la imagen de una trompeta metálica. Se trata del “sofar”, el cuerno de carnero utilizado en la exaltación del Señor, así como para las convocatorias y llamadas de peligro:

“Y los siete sacerdotes, llevando las siete bocinas de cuerno de carnero, fueron delante del arca de Jehová, andando siempre y tocando las bocinas, y los hombres armados iban delante de ellos, y la retaguardia iba tras el arca de Jehová, mientras las bocinas tocaban continuamente.” (Josué 6:13).

La designación del Señor como “Yo soy el Alfa y la Omega” (Apocalipsis 1:11) es como una tarjeta de visita de parte del Señor Jesucristo resucitado y glorificado, y que se repetirá a lo largo del texto de Apocalipsis.

La siguiente figura descrita por Juan es la visión de los “siete candeleros de oro”, en medio de los cuales aparece el Hijo del Hombre. (Apocalipsis 1:12-13). Los candeleros son las iglesias, en tanto son portadoras de la luz del Santo Espíritu de Dios:

“Y del trono salían relámpagos y truenos y voces; y delante del trono ardían siete lámparas de fuego, las cuales son los siete espíritus de Dios.” (Apocalipsis 4:5).

La figura del candelero es la “menorá”, el candelero de oro que el Señor ordenó a Moisés hacer para el tabernáculo:

“Harás además un candelero de oro puro; labrado a martillo se hará el candelero; su pie, su caña, sus copas, sus manzanas y sus flores, serán de lo mismo. Y saldrán seis brazos de sus lados; tres brazos del candelero a un lado, y tres brazos al otro lado... Y le harás siete lamparillas, las cuales encenderás para alumbren hacia adelante... Mira y hazlos conforme al modelo que te ha sido mostrado en el monte.” (Éxodo 25:31-32, 37, 40).

La figura del candelero está también presente en una maravillosa visión que nos llega del profeta Zacarías:

“Volvió el ángel que hablaba conmigo, y me despertó, como un hombre que es despertado de su sueño. Y me dijo: ¿Qué ves? Y respondí: He mirado, y he aquí un candelabro todo de oro, con un depósito encima, y sus siete lámparas encima del candelabro, y siete tubos para las lámparas que están encima de él.” (Zacarías 4:1-2).

Jesús camina entre los candeleros como “Hijo del Hombre”, una expresión que en el

momento histórico que nos ocupa tenía un claro sentido mesiánico-apocalíptico, y estrechamente relacionado con el texto del profeta Daniel:

“Miraba yo en la visión de la noche, y he aquí con las nubes del cielo venía uno como un hijo de hombre, que vino hasta el Anciano de días, y le hicieron acercarse delante de él. Y le fue dado dominio, gloria y reino, para que todos los pueblos, naciones y lenguas le sirvieran; su dominio es dominio eterno, que nunca pasará, y su reino uno que no será destruido.” (Daniel 7:13-14).

Esta impresionante escena describe la llegada de Jesucristo resucitado para ser glorificado por toda la eternidad. El Verbo, que es Dios, y se ha hecho carne, ahora permanece ya encarnado por los siglos de los siglos. La Divinidad encarnada permanece encarnada, aunque glorificada, en la persona de Cristo Jesús.

El candelero, con su vástago central, y los seis brazos, tres a cada lado, es una figura representativa de Cristo Jesús y los suyos, como estructura arbórea que nos hace recordar las palabras del Maestro en el Evangelio:

“Yo soy la vid, vosotros los pámpanos; el que permaneciere en mí, y yo en él, éste lleva mucho fruto; porque separados de mí nada podéis hacer.” (Juan 15:5).

La descripción que a continuación nos da Juan del aspecto y la indumentaria del Señor está cargada de muy rico simbolismo: “Vestido de una ropa que llegaba hasta los pies, y ceñido por el pecho con un cinto de oro” (Apocalipsis 1:13). Evidentemente, se trata del atuendo sacerdotal.

La blancura del cabello (Apocalipsis 1:14) nos recuerda el texto apocalíptico de Daniel:

“Estuve mirando hasta que fueron puestos tronos, y se sentó un Anciano de días, cuyo vestido era blanco como la nieve, y el pelo de su cabeza como lana limpia; su trono llama de fuego, y las ruedas del mismo, fuego ardiente.” (Daniel 7:9).

“Los ojos como llama de fuego”, en este versículo 14 del capítulo primero de Apocalipsis, nos hablan de la mirada de Aquél para quien nada queda en oculto, y nos recuerdan el texto de Zacarías: “Estos siete son los ojos de Jehová, que recorren toda la tierra.” (Zacarías 4:10b).

Esta es una referencia que aparecerá varias veces a lo largo de Apocalipsis. (Ver Ap. 2:18; 19:12).

“Los pies semejantes al bronce bruñido, refulgente como en un horno”, del versículo 15, nos recuerdan la descripción de la visión de la gloria del Señor que nos llega de la pluma de Ezequiel: “Y centelleaban (sus pies) a manera de bronce muy bruñido.” (Ezequiel 1:7). La figura del bronce nos habla de la firmeza e inmutabilidad del Señor: “Jesucristo es el mismo

ayer, y hoy, y por los siglos.” (Hebreos 13:8).

“Su voz como estruendo de muchas aguas”, en este mismo versículo 15, nos recuerda el texto del profeta Ezequiel: “Me llevó luego a la puerta, a la puerta que mira hacia el oriente; y he aquí la gloria del Dios de Israel, que venía del oriente; y su sonido era como el sonido de muchas aguas, y la tierra resplandecía a causa de su gloria.” (Ezequiel 43:1-2).

En el versículo 16 se nos dan las figuras de “las siete estrellas”, la “espada aguda de dos filos”, y su “rostro resplandeciente como el sol en su fuerza”. Vamos a considerarlas una por una:

Respecto de las “estrellas”, es el propio Señor quien le da a Juan, y a nosotros, la clave interpretativa: “El misterio de las siete estrellas que has visto en mi diestra, y de los siete candeleros de oro: las siete estrellas son los ángeles de las siete iglesias, y los siete candeleros que has visto, son las siete iglesias.” (Apocalipsis 1:20). Sin embargo, aquí aparece un elemento novedoso y digno de consideración. Se trata de la mención a “su diestra”. (vv. 16 y 20). Esta alusión a su mano derecha se refiere al poder del Señor sobre toda la creación. De ahí también se desprende el uso de la figura de “estrellas” para designar el alcance cósmico de la potestad del Señor.

Conviene tener presente que el Amado está corrigiendo a los cristianos gentiles que habían caído, o quizá vuelto, a su costumbre de adorar a los espíritus elementales del universo, lo que sería una explicación al mensaje del apóstol Pablo a los creyentes de Colosas, cuando les advierte: “Mirad que nadie os engañe por medio de filosofías y huecas sutilezas, según las tradiciones los hombres, conforme a los rudimentos del mundo, y no según Cristo.” (Colosenses 2:8). Estos “rudimentos del mundo” -(griego “stojieia)- son los espíritus rudimentarios o elementales que rigen el cosmos para la mentalidad pagana; una actitud que un pseudo-cristianismo cultural, sin la transformación generada por el Espíritu Santo, no puede borrar del corazón de los hombres. Esto explica por qué, tras una apariencia de sociedad occidental cristiana, tan pronto se desvincula la religión oficial de ciertos estamentos del poder secular, vuelven a aflorar todas las prácticas paganas que perduraron y sobrevivieron bajo la superficie de una finísima capa de barniz cristiano, impuesto por la fuerza o por ganarse el favor del poder. Esto da por resultado una sociedad “sacramentalizada”, pero no evangelizada. Y nosotros, por consiguiente, continuamos afirmando que una iglesia estatal producirá muchos profesantes, pero pocos creyentes. Hoy, como ayer, la realidad confirma nuestra postura.

El apóstol Pablo es quien dedicó más tiempo y tinta a corregir esta tendencia errónea de los primeros cristianos gentiles, tras la cual se encuentra toda la enredada maraña del ocultismo y de todas las mancias, hoy tan extendidas. De ahí que el apóstol de los gentiles escriba a los cristianos de Colosas y les diga contundentemente:

“Porque en él (Cristo Jesús) fueron creadas todas las cosas, las que hay en los cielos y las que hay en la tierra, visibles e invisibles, sean tronos, sean dominios, sean principados, sean

potestades, todo fue creado por medio de él y para él. Y él es antes de todas las cosas, y todas cosas en él subsisten.” (Colosenses 1:16-17).

“La espada aguda de dos filos” que sale de boca del Señor es una figura que se repetirá dos veces en uno de los mensajes a las siete iglesias de Asia Menor -concretamente en el dirigido a la iglesia en Pérgamo- y dos veces más en el pasaje apocalíptico del jinete del caballo blanco. Veámoslos:

“Y escribe al ángel de la iglesia en Pérgamo: El que tiene la espada aguda de dos filos dice esto... Por tanto, arrepíentete, pues si no, vendré a ti pronto, y pelearé contra ellos con la espada de mi boca... De su boca sale una espada aguda, para herir con ella a las naciones, y él las regirá con vara de hierro; y él pisa el lagar del vino del furor y de la ira del Dios Todopoderoso... Y los demás fueron muertos con la espada que salía de la boca del que montaba el caballo, y todas las aves se saciaron de las carnes de ellos.” (Apocalipsis 2:12, 16; 19:15, 21).

El apóstol Pablo también alude a la espada que sale de la boca del Señor, en su Segunda Carta a los Tesalonicenses, profetizando sobre el advenimiento del “hombre de pecado”, y los acontecimientos finales: “Y entonces se manifestará aquel inicuo, a quien el Señor matará con el espíritu de su boca, y destruirá con el resplandor de su venida.” (2ª Tesalonicenses 2:8).

La última figura es la de “su rostro, como el sol cuando resplandece en su fuerza”. Esta expresión nos recuerda el pasaje de la transfiguración del Señor ante sus más íntimos discípulos:

“Y se transfiguró delante de ellos, y resplandeció su rostro como el sol.” (Mateo 17:2a).

Jesús pone su mano diestra, su unción de poder, sobre Juan, y vuelve a manifestarle que Él es el Alfa y la Omega, el que estuvo muerto, y vivió, y ahora vice por los siglos de los siglos. Jesucristo es el vencedor de la muerte. Por eso se presenta como “el que tiene las llaves de la muerte y del Hades”. (Apocalipsis 1:18). Conviene tener presente que “Hades” es la forma griega del hebreo “Sheol”. Y, por lo tanto, no se trata de un lugar de castigo y tormento, sino donde descansan las almas de los difuntos, de los finados, con la excepción de los que no pasaron por la muerte, sino que fueron trasladados al cielo directamente, como es el caso revelado de Enoc y de Elías:

“Caminó, pues, Enoc con Dios, y desapareció, porque le llevó Dios.” (Génesis 5:24).

“Por la fe Enoc fue traspuesto para no ver muerte, y no fue hallado, porque lo traspuso Dios, y antes que fuese traspuesto, tuvo testimonio de haber agradado a Dios.” (Hebreos 11:5).

El resto de los redimidos esperarán descansando ante la presencia del Señor hasta el día de la primera resurrección, mientras que los demás muertos esperarán a que transcurran los mil años para volver a su vida vieja, en la segunda resurrección, y ser juzgados:

“Y vi tronos, y se sentaron sobre ellos los que recibieron facultad de juzgar; y vi las almas de los decapitados por causa del testimonio de Jesús y por la palabra de Dios, los que no habían adorado a la bestia ni a su imagen, y que no recibieron la marca en sus frentes ni en sus manos; y vivieron y reinaron con Cristo mil años. Pero los otros muertos no volvieron a vivir hasta que se cumplieron mil años. Esta es la primera resurrección. Bienaventurado y santo el que tiene parte en la primera resurrección; la segunda muerte no tiene potestad sobre éstos, sino que serán sacerdotes de Dios, y de Cristo, y reinarán con él mil años... Y vi a los muertos, grandes y pequeños, de pie ante Dios; y los libros fueron abiertos, y otro libro fue abierto, el cual es el libro de la vida; y fueron juzgados los muertos por las cosas que estaban escritas en los libros, según sus obras. Y el mar entregó los muertos que había en él, y la muerte y el Hades entregaron los muertos que había en ellos, y fueron juzgados cada uno según sus obras. Y la muerte y el Hades fueron lanzados al lago de fuego. Esta es la muerte segunda. Y el que no se halló inscrito en el libro de la vida fue lanzado al lago de fuego.” (Apocalipsis 20:4-6, 12-15).

El Hades o Sheol nunca fue explicado o definido en las Escrituras con la misma claridad con que son expuestas otros puntos doctrinales. Antes bien, todos los textos alusivos al estado intermedio son bastante difusos. De ahí que los difuntos sean presentados como dormidos o descansando, como sombras:

“El hombre nacido de mujer, corto de días, y hastiado de sinsabores, sale como una flor y es cortado, y huye como la sombra y no permanece.” (Job 14:1-2).

“Ciertamente como una sombra es el hombre; ciertamente en vano se afana; amontona riquezas, y no sabe quién las recogerá... Mis días son como sombra que se va, y me he secado como la hierba... Me voy como la sombra cuando declina... El hombre es semejante a la vanidad; sus días son como la sombra que pasa.” (Salmo 39:6; 102:11; 109:23a; 144:4).

“Porque ¿quién sabe cuál es el bien del hombre en la vida, todos los días de la vida de su vanidad, los cuales él pasa como sombra? Porque ¿quién enseñará al hombre qué será después de él debajo del sol?” (Eclesiastés 6:12).

“Porque ahora dormirá en el polvo, y si me buscares de mañana, ya no existiré... Yo sé quemí Redentor vive, y al fin se levantará sobre el polvo; y después de deshecha esta mi piel, en mi carne he de ver a Dios, al cual veré por mí mismo, y mis ojos lo verán, y no otro, aunque mi corazón desfallece dentro de mí.” (Job 7:21; 19:25-27).

La muerte es presentada como el estado o condición en que se hallan los finados; el Sheol, como el lugar de los muertos. También podemos ver personificaciones de ambos, como es el caso en dos textos de Apocalipsis:

“Miré, y he aquí un caballo amarillo, y el que lo montaba tenía por nombre Muerte, y el Hades le seguía; y le fue dada potestad sobre la cuarta parte de la tierra, para matar con espada, con hambre, con mortandad, y con las fieras de la tierra... Y la muerte y el Hades

entregaron los muertos que había en ellos.” (Apocalipsis 6:8; 20:13).

Jesús en los Evangelios afirma la doctrina del reposo, al igual que hace después el apóstol Pablo:

“Entrando en la casa, no dejó (Jesús) entrar a nadie consigo, sino a Pedro, a Jacobo, a Juan, y al padre y a la madre de la niña. Y lloraban todos y hacían lamentación por ella. Pero él dijo: No lloréis; no está muerta, sino que duerme. Y se burlaban de él, sabiendo que estaba muerta. Mas él, tomándola de la mano, clamó diciendo: Muchacha, levántate. Entonces su espíritu volvió, e inmediatamente se levantó; y él mandó que se le diese de comer.” (Lucas 8:51-55).

“Nuestro amigo Lázaro duerme; mas voy para despertarle. Dijeron entonces sus discípulos: Señor, si duerme, sanará. Pero Jesús decía esto de la muerte de Lázaro; y ellos pensaron que hablaba del reposar del sueño. Entonces Jesús les dijo claramente: Lázaro ha muerto; y me alegro por vosotros, de no haber estado allí, para que creáis; mas vamos a él.” (Juan 11:11-15).

“Después apareció (Jesús resucitado) a más de quinientos hermanos a la vez, de los cuales muchos viven aún, y otros ya duermen... Y si Cristo no resucitó, vana es entonces nuestra predicación, vana es también nuestra fe. Y somos hallados falsos testigos de Dios; porque hemos testificado de Dios que él resucitó a Cristo, al cual no resucitó, si en verdad los muertos no resucitan. Porque si los muertos no resucitan, tampoco Cristo resucitó; y si Cristo no resucitó, vuestra fe es vana; aún estáis en vuestros pecados. Entonces también los que durmieron en Cristo perecieron... Mas ahora Cristo ha resucitado de los muertos; primicias de los que durmieron es hecho. Porque por cuanto la muerte entró por un hombre, también por un hombre la resurrección de los muertos.” (1ª Corintios 15:6, 14-18, 20-21).

“Tampoco queremos, hermanos, que ignoréis acerca de los que duermen, para que no os entristezcáis como los otros que no tienen esperanza. Porque si creemos que Jesús murió y resucitó, así también traerá Dios con Jesús a los que durmieron en él. Por lo cual os decimos esto en palabra del Señor: que nosotros que vivimos, que habremos quedado hasta la venida del Señor, no precederemos a los que durmieron. Porque el Señor mismo con voz de mando, con voz de arcángel, y con trompeta de Dios, descenderá del cielo, y los muertos en Cristo resucitarán primero. Luego nosotros los que vivimos, los que hayamos quedado, seremos arrebatados juntamente con ellos en las nubes para recibir al Señor en el aire, y así estaremos siempre con el Señor. Por tanto, alentaos los unos a los otros con estas palabras.” (1ª Tesalonicenses 4:13-18).

“Y así estaremos siempre con el Señor” no significa, obviamente, que “así” pueda interpretarse como que “siempre y por siempre vamos a estar con el Señor en el aire”, sino, antes bien, y como todo el contexto bíblico demuestra, que “así” es la explicación de cómo vamos a estar con el Señor para siempre; es decir, en y por su Segunda Venida en poder y gran gloria. Si el mismo-espiritualista, de factura inequívocamente neo-platónica, tuviera

sentido conforme a las Escrituras, ¿por qué habrían de haber perecido los que durmieron en Cristo? ¿Qué necesidad tendrían de la resurrección para no perecer, si sus almas hubieran sido inmortales? Basta una sencilla aproximación a la Biblia en busca de los términos “inmortalidad” e “inmortal” para comprobar que sólo Dios es inmortal. Nosotros somos mortales. Y la inmortalidad o vida eterna nos es dada en Jesucristo. No es un derecho nuestro, ni una característica de nuestro ser, sino, antes bien, un don que jamás mereceremos, pero que nos es otorgado por la misericordia de Dios, mediante el arrepentimiento y la fe en Jesucristo:

“O menosprecias las riquezas de su benignidad (de Dios), paciencia y longanimidad, ignorando que su benignidad te guía al arrepentimiento? Pero por tu dureza y por tu corazón no arrepentido, atesoras para ti mismo ira para el día de la ira y de la revelación del justo juicio de Dios, el cual pagará a cada uno conforme a sus obras: Vida eterna a los que, perseverando en bien hacer, buscan gloria y honra e inmortalidad, pero ira y enojo a los que son contenciosos y no obedecen a la verdad, sino que obedecen a la injusticia.” (Romanos 2:4-8).

“Palabra fiel y digna de ser recibida por todos: que Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores, de los cuales yo soy el primero... Por tanto, al Rey de los siglos, inmortal, invisible, al único y sabio Dios, sea honor y gloria por los siglos de los siglos. Amén... “Te mando delante de Dios, que da vida a todas las cosas, y de Jesucristo, que dio testimonio de la buena profesión delante de Poncio Pilato, que guardes el mandamiento sin mácula ni reprensión, hasta la aparición de nuestro Señor Jesucristo, la cual a su tiempo mostrará el bienaventurado y solo Soberano, Rey de reyes, y Señor de señores, el único que tiene inmortalidad, que habita en luz inaccesible; a quien ninguno de los hombres a visto ni puede ver, al cual sea la honra y el imperio sempiterno. Amén.” (1ª Timoteo 1:15-17; 6:13-16).

“Porque es necesario que esto corruptible se vista de incorrupción, y esto mortal se vista de inmortalidad. Y cuando esto corruptible se haya vestido de incorrupción, y esto mortal se haya vestido de inmortalidad, entonces se cumplirá la palabra que está escrita: Sorbida es la muerte en victoria.” (1ª Corintios 15:53-54).

“La palabra que está escrita” es el texto de Isaías, donde dice: “Destruirá a la muerte para siempre; y enjugará Jehová el Señor toda lágrima de todos los rostros; y quitará la afrenta de su pueblo de toda la tierra; porque Jehová lo ha dicho. Y se dirá en aquel día: He aquí, éste es nuestro Dios, le hemos esperado, y nos salvará; este es Jehová a quien hemos esperado, nos gozaremos y nos alegraremos en su salvación.” (Isaías 25:8-9).

No hay ninguna duda, a la luz de estos textos, que el cumplimiento de la promesa de incorrupción e inmortalidad será en el Gran Día de Dios, en la Segunda Venida de nuestro Señor Jesucristo:

“Nadie subió al cielo, sino el que descendió del cielo; el Hijo del Hombre, que está en el cielo... Entonces Jesús dijo: Todavía un poco de tiempo estaré con vosotros, e iré al que me

envió. Me buscaréis, y no me hallaréis; y a donde yo estaré, vosotros no podréis venir... Otra vez les dijo Jesús: Yo me voy, y me buscaréis, pero en vuestro pecado moriréis; a donde yo voy, vosotros no podéis venir.” (Juan 3:13; 7:33-34; 8:21).

Y si pensamos que estas palabras van dirigidas a los judíos incrédulos, sólo tenemos que seguir en nuestra lectura del Evangelio de Juan para comprobar que lo mismo les dice Jesús a sus discípulos, a quienes se dirige tiernamente: “Hijitos, aún estaré con vosotros un poco. Me buscaréis, pero como dije a los judíos, así os digo ahora a vosotros: A donde yo voy, vosotros no podéis ir.” (Juan 13:33).

¿Cómo podremos estar con Jesús para siempre? Y el Señor responde con pristina claridad: “No se turbe vuestro corazón; creéis en Dios, creed también en mí. En la casa de mi Padre muchas moradas hay, si así no fuera, yo os lo hubiera dicho; voy, pues, a preparar lugar para vosotros. Y si me fuere y os preparare lugar, vendré otra vez, y os tomaré a mí mismo, para que donde yo estoy, vosotros también estéis.” (Juan 14:1-3).

Tan pronto fue invadida la cristiandad por el pensamiento de los filósofos griegos, la esperanza bienaventurada de la aparición de nuestro bendito Señor y Salvador en su Segunda Venida, y la resurrección de la carne, como reza el Credo Apostólico, fueron cediendo y dando paso a toda clase de ideas inmortalistas que cada día se asemejan más a las abominaciones espiritistas del mundo oscurantista.

Volviendo a nuestro texto de Apocalipsis, el apóstol Juan cae como muerto ante esta visión gloriosa (vv. 17-18). Es una reacción idéntica a la que hallamos en otros relatos del encuentro del hombre con la gloria y majestad divinas. Veamos unos ejemplos:

“Como parece el arco iris que está en las nubes el día que llueve, así era el parecer del resplandor alrededor. Esta fue la visión de la semejanza de la gloria de Jehová. Y cuando yo la vi, me postré sobre mi rostro, y oí la voz de uno que hablaba.” (Ezequiel 1:28).

“Pero oí el sonido de sus palabras; y al oír el sonido de sus palabras, caí sobre mi rostro en un profundo sueño, con mi rostro en tierra. Y he aquí una mano me tocó, e hizo que me pusiese sobre mis rodillas y sobre las palmas de mis manos.” (Daniel 10:9-10).

En las páginas del Nuevo Testamento vamos a encontrar algunas experiencias muy semejantes:

“Mientras él (Jesús) aún hablaba, una nube de luz los cubrió; y he aquí una voz desde la nube, que decía: Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia; a él oíd. Al oír esto los discípulos, se postraron sobre sus rostros, y tuvieron gran temor. Entonces Jesús se acercó y los tocó, y dijo: Levantaos, y no temáis. Y alzando ellos los ojos, a nadie vieron sino a Jesús solo.” (Mateo 17:5-7).

“Ocupado en esto, iba yo (Pablo) a Damasco con poderes y en comisión de los principales

sacerdotes, cuando a mediodía, oh rey, yendo por el camino, vi una luz del cielo que sobrepasaba el resplandor del sol, la cual me rodeó a mí y a los que iban conmigo. Y habiendo caído todos nosotros en tierra, oí una voz que me hablaba, y decía en lengua hebrea: Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues? Dura cosa te es dar coces contra el aguijón. Yo entonces dije: ¿Quién eres, Señor? Y el Señor dijo: Yo soy Jesús, a quien tú persigues.” (Hechos 26:12-15).

En el versículo siguiente (Apocalipsis 1:19), el Señor Jesús repite su mandato del versículo 11, reafirmando su comisión: Juan ha de escribir las visiones. No contarlas, sino ponerlas por escrito: “Escribe las cosas que has visto, y las que son, y las que han de ser después de estas.” Estas palabras del Señor pueden ser la explicación de la simbiosis apocalíptico-profética de este libro: La visión, el presente y el futuro. Después, en el versículo 20, se nos da la interpretación de las figuras de las siete estrellas, que son los ángeles de las iglesias; y los siete candeleros, que son las propias iglesias.

Sólo nos queda algo por decir respecto de “los ángeles de las iglesias”, quienes han sido generalmente identificados como los ángeles guardianes, protectores o custodios de las congregaciones. De ahí que cada carta-mensaje a cada una de las iglesias vaya dirigido al “ángel de la iglesia” de cada lugar, y ambos, el ángel y la iglesia, comparten las amonestaciones y los encomios de parte del Señor. Esto hizo a muchos intérpretes creer que los “angeles de las iglesias” pudieran ser sus pastores, en lugar de seres celestiales, por cuanto la palabra “ángel” es el griego “angelos”, que es como los LXX tradujeron el hebreo “malak”, y que significa literalmente “un mensajero”, “un enviado”. Otros han creído ver en estos ángeles la personificación de las iglesias propiamente dichas.

INTRODUCCIÓN A LOS MENSAJES:

Las siete cartas a las iglesias son similares en su forma y estructura. Incluso respecto a su contenido hay muchísimos elementos comunes, como es el caso de la dirección, excepto el nombre de la iglesia particular. Lo mismo ocurre con el mensaje propiamente dicho, que siempre comienza diciendo “Yo conozco...”. Sin embargo, los rasgos distintivos son también perfectamente distinguibles, por cuanto transmiten un mensaje puntual a cada congregación. Sardis y Laodicea no reciben una sola palabra de encomio, mientras que Esmirna y Filadelfia no son censuradas en absoluto. La exhortación del Señor concluye en cada caso con la expresión “el que tiene oído, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias.” Y las promesas va dirigidas siempre a quienes venzan.

Los mensajes retratan con toda suerte de figuras las luchas por las que pasan las iglesias en un ambiente de persecución y peligro constantes. La sombra de amenaza pende sobre ellas ante la obligación de rendir culto al emperador. El endiosamiento de la gran ramera, Roma, bajo la figura de Babilonia, convierte este texto en un manual frente a todas las vicisitudes de los creyentes verdaderos a través de los tiempos. Y en medio de semejante caos, el Señor Jesucristo las encomia, advierte de los peligros, amonesta y reprende, llama al

arrepentimiento, y afirma su fe asegurándoles de la victoria final y sus recompensas y galardones.

La estructura de las epístolas sigue el siguiente modelo:

- a) Dirección;
- b) Identificación o presentación del Señor Jesucristo;
- c) Conocimiento de la iglesia y encomio por parte del Señor;
- d) Amonestación del Señor;
- e) Advertencia y exhortación del Señor; y
- f) Promesas.

Todos los mensajes comienzan con alguna referencia a los atributos del bendito Salvador, y generalmente se trata de algún atributo ya aludido en el capítulo primero, que actúa como cubierta de las epístolas a las siete iglesias. Conviene aquí considerar que los atributos mencionados corresponden igualmente a alguna de las situaciones o necesidades específicas de cada una de las iglesias receptoras.

A estas introducciones les sigue la expresión “Yo conozco tus obras”, con la que se introduce una descripción de aprobación o desaprobación de la conducta de cada iglesia. Sólo dos de ellas reciben una aprobación general de parte del Señor. Son Esmirna y Filadelfia:

“Yo conozco tus obras, y tu tribulación, y tu pobreza (pero tú eres rico)...”. (Apocalipsis 2:9).

“Por cuanto has guardado la palabra de mi paciencia, yo también te guardaré de la hora de la prueba que ha de venir sobre el mundo entero, para probar a los que moran sobre la tierra.” (Apocalipsis 3:10).

Después, y en todos los casos, el Señor da la palabra de su consejo y admonición. En todos los casos se advierte la trascendencia de tener oído dispuesto para oír la Palabra del Espíritu Santo a las iglesias. También da la impresión que las admoniciones no van dirigidas sólo a las iglesias destinatarias, sino a todo aquel capaz de escuchar atentamente la voz del Señor. Esta característica da magnitud universal a los mensajes.

Tras la llamada a oír la voz del Señor, hay una promesa o seguridad destinada a fortalecer la fe y la esperanza de los oyentes.

Después de esta introducción, pasaremos ahora al estudio de los mensajes epistolares de nuestro Señor Jesucristo, resucitado y glorificado, a las siete iglesias de Asia Menor, la provincia más destacada por el culto al emperador.

CAPÍTULO PRIMERO:

EL MENSAJE A EFESO: Apocalipsis 2:1-7:

1. “Escribe al ángel de la iglesia en Éfeso: El que tiene las siete estrellas en su diestra, el que anda en medio de los siete candeleros de oro, dice esto:
2. Yo conozco tus obras, y tu arduo trabajo y paciencia; y que no puedes soportar a los malos, y has probado a los que se dicen ser apóstoles, y no lo son, y los ha hallado mentirosos;
3. y has sufrido, y has tenido paciencia, y has trabajado arduamente por amor de mi nombre, y no has desmayado.
4. Pero tengo contra ti, que has dejado tu primer amor.
5. Recuerda, por tanto, de dónde has caído, y arrepíentete, y haz las primeras obras; pues si no, vendré pronto a ti, y quitaré tu candelero de tu lugar, si no te hubieras arrepentido.
6. Pero tienes esto, que aborreces las obras de los nicolaítas, las cuales yo también aborrezco.
7. El que tiene oído, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias. Al que venciere, le daré a comer del árbol de la vida, el cual está en medio del paraíso de Dios.” (Apocalipsis 2:1-7).

Versículo 1:

Éfeso era una de las más antiguas ciudades de Asia Menor, situada entre Mileto y Esmirna, en el valle del Caistro, a tan sólo 5 kilómetros del mar, con el que se comunicaba por medio de un puerto muy propenso a obstruirse por causa de los depósitos aluviales. Fue fundada por los griegos hacia el año mil antes de Cristo, pero estuvo sucesivamente bajo el dominio de los lidios (560 a.C.), persas (494 a.C.), macedonios y romanos (133 a.C.). Bajo el dominio romano llegó a ser el centro administrativo y religioso más importante de la provincia romana de Asia. En Éfeso terminaban muchas importantes calzadas romanas. Esta ciudad compartió su primacía sobre toda la cuenca mediterránea oriental con Alejandría y Antioquía. Además, el valle del Caistro, uno de los cuatro valles que conectaban el mar Egeo con el interior de Asia Menor, ofrecía la vía de comunicación terrestre más corta con Siria, pasando por Laodicea.

Su templo de Diana Artemisa fue considerado una de las siete maravillas de la antigüedad. El primero se construyó en fecha desconocida, pero el existente en el momento que nos ocupa, se había levantado hacia el 334 a.C., después de la visita de Alejandro a la ciudad. Además de sus funciones de carácter religioso, este templo actuaba como banco de depósito y préstamo, y como asilo para los fugitivos. Probablemente la imagen de la diosa había sido esculpida en un meteorito. De ahí la expresión que nos llega en Hechos de los Apóstoles 19:35: “¿Y quién es el hombre que no sabe que la ciudad de los efesios es guardiana del templo de la gran diosa Diana, y de la imagen venida de Júpiter?”. El templo de Diana sería destruido por los godos en el 262 d.C. Aunque los griegos habían identificado aquella diosa con Artemisa, y los romanos con Diana, la Diana Artemisa de los efesios fue siempre una deidad más oriental que occidental, vinculada a los ritos de la fertilidad. La designación de “Artemisa” corresponde al nombre de un mes del calendario griego, llamado “artemiso”, y que correspondería a nuestros marzo-abril, durante cuyo período los devotos acudían en gran

número para presentar ofrendas y exvotos.

El historiador Pausanias escribe a finales del siglo primero después de Cristo, y dice que los sacerdotes de Diana eran conocidos por el nombre de “esenios”. Sin embargo, no debemos confundirlos con los esenios de Qumrán, de quienes nos llegan noticias por Flavio Josefo, Filón de Alejandría y Plinio el Viejo; y desde 1947, en que se produjo el hallazgo de los manuscritos del Mar Muerto, conocemos bastante acerca de este movimiento cuyos orígenes se remontan al período macabeo. En este caso, “esenios” es la transliteración del griego “essénoi”, cuyo significado es “zánganos”, con el doble sentido de la figura de la diosa Diana representada como una abeja, especialmente en algunas monedas acuñadas en la urbe, y como alusión al comportamiento perezoso y corrupto del clero local.

Muchos comerciantes judíos se establecieron en Éfeso bastante antes de la era cristiana, probablemente después de la conquista macedónica. El contingente de la colonia judía debió llegar a ser muy importante en la época que nos ocupa. En el año 44 a.C., el consul Dolabella les había concedido a los judíos de Éfeso algunos privilegios especiales, que después ratificaría el propio Augusto, entre los cuales estaba el de poder observar el descanso sabático. También parece ser que no fueron muy populares, según se desprende de la reacción del pueblo cuando Alejandro, el escribano de la ciudad, trató de defender a Gayo y Aristarco, macedonios y compañeros del apóstol Pablo: “Entonces Alejandro, pedido silencio con la mano, quería hablar en su defensa ante el pueblo. Pero cuando le conocieron que era judío, todos a una voz gritaron casi por dos horas: ¡Grande es Diana de los efesios!” (Hechos 19:33-34). El Nuevo Testamento hace referencia a las sinagogas judías de la ciudad:

“Y llegó a Éfeso (Pablo), y los dejó allí; y entrando en la sinagoga, discutía con los judíos... Y esto fue notorio a todos los que habitaban en Éfeso, así judíos como griegos; y tuvieron temor todos ellos, y era magnificado el nombre del Señor Jesús.” (Hechos 18:19; 19:17).

Éfeso era la ciudad más importante de Asia Menor y una de las principales urbes del imperio romano. La guarnición militar romana era también importante durante el tiempo en que el apóstol Pablo fundó la primera iglesia cristiana en la ciudad. Su primera visita fue durante su segundo viaje misionero, con Aquila y Priscila (Hechos 18:18-21). Y su segunda estancia en la ciudad de Éfeso, durante su tercer viaje misionero, duró casi tres años (Hechos cap. 19), durante cuyo período Pablo se mantuvo trabajando en su oficio de fabricante de tiendas de campaña. Pablo debió escoger este lugar como “cuartel general” desde el cual diseminar el Evangelio, ya que su posición era extraordinariamente estratégica. Después del alboroto organizado por Demetrio el platero, Pablo salió de Éfeso. El siguiente contacto de Pablo con los hermanos de la iglesia en Éfeso fue su encuentro con los ancianos de la congregación en Mileto (Hechos 20:16-17). La Epístola a los Efesios la redactaría Pablo desde Roma.

Timoteo residió también en Éfeso, como representante apostólico, ayudando a los ancianos de las iglesias (ver 1ª y 2ª Timoteo). Por los escritos de Ireneo y Eusebio sabemos que el apóstol Juan pasó en Éfeso su último año de vida entre los hombres, y que fue desde allí

donde escribió sus cinco libros comprendidos en el Nuevo Testamento.

Sabemos que en el año 29 después de Cristo se fundó en la ciudad de Éfeso un templo dedicado a la diosa Roma y al recién deificado Julio Cesar, lo que significa que el culto imperial estaba desde entonces establecido en la urbe, si bien el culto a Diana Artemisa sobrepujaba por mucho. Además, la ciudad de Éfeso era famosa en los días que nos ocupan por sus artes de magia y de todo tipo de prácticas ocultistas. De ahí proviene la designación de “cartas efesias”. En este contexto nos llega el relato de Hechos 19:13-20, donde se menciona a algunos judíos, exorcistas ambulantes, entre los cuales estaban los siete hijos de un tal Esceva, judío y jefe de los sacerdotes, que practicaban los ritos mágicos, todo lo cual nos habla de la incidencia del ocultismo de la ciudad incluso dentro del pueblo hebreo, incluso en una familia sacerdotal. Después de la predicación del Evangelio realizada por Pablo, y tras la conversión de muchos de ellos, les vemos “confesando y dando cuenta de sus hechos. Asimismo muchos de los que habían practicado la magia trajeron los libros y los quemaron delante de todos; y hecha la cuenta de su precio, hallaron que era cincuenta mil piezas de plata. Así crecía y prevalecía poderosamente la palabra del Señor.” (Hechos 19:18-20).

La población de la ciudad, cuando se escribe Apocalipsis, superaba los trescientos mil habitantes. Sin embargo, Éfeso, al igual que todos los lugares donde se estable y arraiga la magia y el ocultismo, entraría en franca decadencia a partir del período bizantino, hasta no llegar a ser nada más que un montón de ruinas.

Las “estrellas” son los ángeles de las iglesias, es decir, sus ángeles custodios, guardianes, protectores; los “candeleros” son las propias iglesias:

“El misterio de las siete estrellas que has visto en mi diestra, y de los siete candeleros de oro: las siete estrellas son los ángeles de las siete iglesias, y los siete candeleros que has visto, son las siete iglesias.” (Apocalipsis 1:20).

“La diestra” es el símbolo de autoridad y de poder de Cristo Jesús:

“Y Jesús se acercó y les habló diciendo: Toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra.” (Mateo 28:18).

El sentido del oro de los candeleros es la capacidad dada a las iglesias por el Espíritu Santo para testificar del amor de Dios en Cristo Jesús. Es su tesoro y su luz. Y el Señor se mueve entre las iglesias. Los hechos y las motivaciones del pueblo de Dios no pueden escapar de su mirada.

Versículo 2:

El Señor conoce el trabajo de la iglesia en Éfeso. Sólo Él puede juzgar las obras de su Iglesia, por cuanto sólo el Señor tiene la autoridad y la competencia para poder hacerlo. También

encomia el Señor su bien obrar al pobrar los ministerios. Aquí los “apóstoles” no son, evidentemente, los doce, sino los apóstoles en sentido general. Recordemos que el término griego “apóstolos” es sencillamente “enviado”.

Sobre los “falsos apóstoles”, hallamos una referencia muy específica de la pluma de Pablo en 2ª Corintios: “Mas lo que hago, lo haré aún, para quitar la ocasión a aquellos que la desean, a fin de que en aquello en que se glorían, sean hallados semejantes a nosotros. Porque éstos son falsos apóstoles, obreros fraudulentos, que se disfrazan como apóstoles de Cristo. Y no es maravilla, porque el mismo Satanás se disfraza como ángel de luz. Así que no es extraño si también sus ministros se disfrazan como ministros de justicia, cuyo fin será conforme a sus obras.” (2ª Corintios 11:12-15). Sin embargo, nada se desprende del texto como para justificar la persecución de los falsos apóstoles, y mucho menos su trato inquisitorial, por cuanto el juicio sólo le corresponde al Señor.

En cualquier caso, el fruto y los dones del Espíritu Santo serán siempre las mejores credenciales de todo verdadero ministro del Evangelio de Jesucristo, genuinamente enviado por el Señor:

“Mas el fruto del Espíritu es amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza.” (Gálatas 5:22-23).

Los requisitos y sus características nos son dadas con toda minuciosidad en las Epístolas Pastorales: “Palabra fiel: Si alguno anhela obispado, buena obra desea. Pero es necesario que el obispo sea irreprensible, marido de una sola mujer, sobrio, prudente, decoroso, hospedador, apto para enseñar; no dado al vino, no pendenciero, no codicioso de ganancias deshonestas, sino amable, apacible, no avaro; que gobierne bien su casa, que tenga a sus hijos en sujeción con toda honestidad (pues el que no sabe gobernar su propia casa, ¿cómo cuidará de la iglesia de Dios?; no un neófito, no sea que envaneciéndose caiga en la condenación del diablo. También es necesario que tenga buen testimonio de los de afuera, para que no caiga en descrédito y en lazo del diablo.” (1ª Timoteo 3:1-7).

“Buscad, pues, hermanos, de entre vosotros a siete varones de buen testimonio, llenos del Espíritu Santo y de sabiduría, a quienes encarguemos de este trabajo.” (Hechos 6:3).

No bastan las buenas intenciones, ni la preparación intelectual. Es imprescindible la obra del Espíritu Santo. Y la norma para probar los ministerios es la Sagrada Escritura. Ningún otro criterio debe ocupar el lugar de la Palabra de Dios para discernir el llamamiento de quienes pretendan ser ministros llamados y enviados por el Señor. Todo cuanto no sea conforme con la Sagrada Escritura debe ser rechazado.

Versículos 3-4:

La iglesia en Éfeso mantenía un buen testimonio de trabajo y de paciencia ante las

adversidades y las persecuciones. Esta “paciencia” no debe confundirse con la resignación cristiana. La resignación suele asociarse a la debilidad, a la impotencia. Por el contrario, la paciencia que obra es fruto de la fortaleza. La paciencia es absolutamente imprescindible para poder perseverar. “Quien espera, desespera” es un refrán mundano y falso. Desesperar es dejar de esperar. Por tanto, quien espera es precisamente quien no desespera. ¿Cómo lo habían logrado? No negando el nombre de Cristo. Algunos años después, Ignacio de Antioquía escribiría a esta misma iglesia de Éfeso, encomiándoles a los hermanos por no haber prestado oído a las falsas doctrinas que circulaban ya entonces. (Epístola de Ignacio de Antioquía a los Efesios 9:1).

Sin embargo, habían dejado su primer amor. Y esto se refiere tanto al amor al Señor como al amor entre los hermanos. Habían dejado el ferviente amor que el Espíritu Santo produce en el corazón de quien se sabe perdonado y amado por el Señor Jesucristo. Incluso estar muy ocupados en la obra del Señor puede apartarnos del primer amor. Los efesios le servían, pero no le amaban en primer lugar. Jesús había dejado de tener la primacía entre ellos. Le servían, pero no le amaban ante todo y sobre todo. Amaban su obra, trabajaban para Él, pero no con Él ni en Él. Es decir, no lo hacían mirándole a Él. Y cuando apartamos de Jesucristo nuestra mirada, perdemos nuestro rumbo, incluso estando activos en la obra del Señor :

“Yo soy la vid verdadera, y mi Padre es el labrador. Todo pámpano que en mí no lleva fruto, lo quitará; y todo aquel que lleva fruto, lo limpiará para que lleve más fruto. Ya vosotros estáis limpios por la palabra que os he hablado. Permaneced en mí, y yo en vosotros. Como el pámpano no puede llevar fruto por sí mismo, si no permanece en la vid, así tampoco vosotros, si no permanecéis en mí. Yo soy la vid, vosotros los pámpanos; el que permanece en mí, y yo en él, éste lleva mucho fruto; porque separados de mí nada podéis hacer.” (Juan 15:1-5).

No hay cosa creada que pueda ocupar el lugar del amor al Señor con sentido de primacía, de primeros frutos. Tampoco existe una apostasía más sutil que seguir profesando ser creyentes, mientras nuestro corazón ha dejado de tener a Jesucristo como único Señor.

Conviene aquí tener presente que en el hebreo bíblico el “discípulo”, “talmid”, responde a su sentido semántico; es decir, “aquel que busca fruto”.

“Por tanto, nosotros también, teniendo en derredor nuestro tan grande nube de testigos, despojémonos de todo peso y del pecado que nos asedia, y corramos con paciencia la carrera que tenemos por delante, puestos los ojos en Jesús, el autor y consumador de la fe, el cual por el gozo puesto delante de él sufrió la cruz, menospreciando el oprobio, y se sentó a la diestra del trono de Dios.” (Hebreos 12:1-2).

Trabajar para Cristo sin que Él sea nuestro primer amor produce un inmenso desgaste físico, emocional y espiritual. El resultado es nerviosismo, auto-conmiseración, queja, amargura y la constante tendencia a acusar a los demás o a las circunstancias de todos nuestros fracasos y frustraciones. Pero trabajar en Cristo y con Cristo nos conduce siempre a la renovación

espiritual, al gozo, a la paz, al amor a los hermanos, a la salud psico-afectiva, y también a la salud de nuestros pobres cuerpos mortales.

La relación de amor al Señor es el romance cristiano; la mística que frecuentemente nos falta, volviendo todo árido, y haciéndonos caer en la terrible trampa de substituir tal carencia con nuestro desenfrenado activismo, a semejanza de todas las empresas humanas.

Recordemos que el cielo está lleno de ángeles que sirven al Señor; pero nuestro bendito Salvador y Señor anhela el amor de su Novia, de su Desposada, de la Iglesia de los Redimidos, de la que tú y yo formamos parte por la sangre del Cordero que murió en nuestro lugar. Conviene aquí tener presente que el nombre “Éfeso” significa “deseable”.

“Toda tú eres hermosa, amiga mía, y en ti no hay mancha... Mas una es la paloma mía, la perfecta mía.” (Cantares 4:7; 6:9a).

“Oye, hija, y mira, e inclina tu oído; olvida tu pueblo, y la casa de tu padre; y deseará el rey tu hermosura; e inclínate a él, porque él es tu señor.” (Salmo 45:10-11).

“Maridos, amad a vuestras mujeres, así como Cristo amó a la iglesia, y se entrega sí mismo por ella, para santificarla, habiéndola purificado en el lavamiento del agua por la palabra, a fin de presentársela a sí mismo, una iglesia gloriosa, que no tuviese mancha ni arruga ni cosa semejante, sino que fuese santa y sin mancha... Por esto dejará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer, y los dos serán una sola carne. Grande es este misterio; mas yo digo esto respecto de Cristo y de la iglesia.” (Efesios 5: 25-27, 31-32).

Versículo 5:

Esta es la llamada al arrepentimiento, a darse la vuelta hacia el primer amor; hacia el celo y el entusiasmo que un día tuvieron. “Arrepentimiento” es el griego “metanoia”, que corresponde al hebreo “teshuvá”, de la raíz “shav”, que es “retornar”, “volver”, “darse la vuelta hacia el centro del cual se ha partido”. De lo contrario el candelero será removido de su lugar. Esta figura significa que el Señor dejará de reconocerles a partir de ese momento, o bien en su Segunda Venida.

La llamada al arrepentimiento no hace acepción de personas. Es una llamada dirigida tanto al santo como al pecador: “Os digo: No; antes si no os arrepentís, todos pereceréis igualmente.” (Lucas 13:3).

Los tres verbos que aparecen en este versículo son muy clarificadores: “Recuerda... arrepíentete... haz...”. En las Sagradas Escrituras hallamos muy frecuentemente esta llamada del Señor al arrepentimiento, comenzando por la amonestación a recordar. Y es lógico que sea así. El arrepentimiento es siempre regreso, retorno, y, por consiguiente, el recuerdo ha de tener necesariamente un papel importante. El arrepentimiento para con Dios es, además, imprescindible para que podamos arrepentirnos de nuestros pecados. Es nuestra posición con

relación al Señor la que determina nuestra actitud hacia la vida, hacia nuestros prójimos, y hacia los mandamientos del Amado. Donde Dios concede el arrepentimiento, espera recoger fruto.

Versículo 6:

Las palabras de amonestación del Señor se convierten ahora en un reconocimiento. Los creyentes de Éfeso aborrecían las obras de los nicolaítas. Probablemente sea a éstos a quienes se refiere el versículo 2, donde se menciona a los “falsos apóstoles”. Según algunos de los escritos de la patrística, como es el caso de Ireneo, los nicolaítas fueron los seguidores de Nicolás, un prosélito de Antioquía, al que se menciona en el libro de los Hechos de los Apóstoles 6:5. Allí aparece su nombre, entre los otros escogidos para la diaconía en la iglesia de Jerusalem. Se convirtió en apóstata y fundó la secta que llevaba su nombre. Para otros estudiosos, el nombre fue adoptado por los fundadores de esta herejía con el propósito de darle un credibilidad mayor. Incluso hay quienes consideran que el término “nicolaítas” debe entenderse aquí de forma simbólica.

El nicolaitismo, por su proximidad textual al baalamismo (vv.14-15), parece haber preconizado la asimilación de los cristianos a las formas y maneras del mundo, estableciendo un compromiso carnal que significaría una traición al Evangelio de Jesucristo y sus normas éticas.

La tentación de armonizar el cristianismo con el paganismo es muy antigua. Y los efesios recibieron la influencia de los nicolaítas y su propósito de vincularse a la doctrina del imperio. Esta tentación nos alcanza también a nosotros: Tratar de hacer que la iglesia resulte agradable y aceptable a los hombres, al precio de comprometer el Evangelio. A veces, con la intención de establecer vínculos para evitar la persecución. Y en otros momentos, para alcanzar una posición en la sociedad que nos es negada por ser fieles al Señor Jesucristo.

El “nicolaitismo” es una sutil tendencia que puede sobrevivir agazapada dentro de nuestros corazones. En resumidas cuentas, y poniendo las cosas en lenguaje bien sencillo, los nicolaítas enseñaban que “nada es pecado para los salvos”. Muchos han caído y caen en esta trampa hasta el día de hoy. Y a veces lo hacen de manera bien intencionada. Desean ganar a muchos para Cristo. Pero olvidan que es el Espíritu Santo el único que puede regenerar a los hombres, tocando nuestros corazones con arrepentimiento y fe, y llevándonos a los pies de Jesucristo. Nuestros compromisos con el mundo y sus principios y formas nunca producirán una sola conversión genuina. Bajar el listón del Evangelio no es hacer favor alguno a la causa de Cristo:

“Y cuando él (el Espíritu Santo) venga, convencerá al mundo de pecado, de justicia y de juicio.” (Juan 16:8).

“Pero cuando se manifestó la bondad de Dios nuestro Salvador, y su amor para con los

hombres, nos salvó, no por obras de justicia que nosotros hubiéramos hecho, sino por su misericordia, por el lavamiento de la regeneración y por la renovación en el Espíritu Santo, el cual derramó en nosotros abundantemente por Jesucristo nuestro Salvador, para que justificados por su gracia, viniésemos a ser herederos conforme a la esperanza de la vida eterna.” (Tito 3:4-7).

Para que el Evangelio resulte comprensible y aceptable a los inconversos, con el propósito bienintencionado de ganar miembros y apoyo, siempre tendríamos que traicionar a Jesucristo y a su Palabra. Separar el cuerpo de la Cabeza, que es Cristo Jesús, significará siempre muerte espiritual.

Conviene aquí tener presente que el término “nicolaíta” se compone de dos voces griegas: “conquistar” y “pueblo”. Conquistar al pueblo predicando todo el consejo de Dios, el puro Evangelio de la gracia y del reino de Dios, es lo que la Iglesia de Jesucristo debe hacer en todo momento, hasta la Segunda Venida de Cristo, dejando que el Espíritu Santo haga la obra en los corazones de los hombres. Pero conquistar a los hombres reconciliando el Evangelio con los caminos del mundo perdido, pervirtiendo el Evangelio hasta reducirlo a una mera filosofía humanista, es caer en la red tenebrosa del nicolaitismo. Esto es aborrecible a los ojos del Señor.

Muchas autoridades creen que el término “nicolaítas” tiene también un alcance más amplio, atribuyéndole el sentido de una forma de proto-gnosticismo, ya que el gnosticismo, propiamente dicho, no maduraría hasta el período comprendido entre los años 135-160. No obstante, el gnosticismo tiene sus orígenes en muchas y muy diversas latitudes. La astrología babilónica y el dualismo persa penetraron en la corriente cultural egipcia, con las correspondientes contribuciones del misticismo judío y después cristiano. Esta convergencia de elementos tan dispares puede ser la principal explicación de la evidente inestabilidad del gnosticismo como sistema. Al igual que otros sistemas formados por gran variedad de corrientes, el gnosticismo fue, y es, de naturaleza eminentemente sincretista, aspecto que resulta fácilmente comprobable al considerar movimientos actuales como es el caso de “New Age” (“Nueva Era”). Realmente, hasta el siglo pasado, todo el conocimiento que poseíamos sobre el gnosticismo provenía de las críticas y condenas del mismo realizadas por los autores cristianos. Los recientes descubrimientos de los pergaminos del Mar Muerto, en Qumrán, han servido para derramar mucha más luz sobre el pensamiento gnóstico. Después, serían los descubrimientos de escritos gnósticos en Egipto los que proporcionarían mucha más información al respecto. Estas aportaciones han servido para comprender el sentido anti-gnóstico de muchos fragmentos del Nuevo Testamento, y según algunos eruditos, el propio Apocalipsis puede considerarse un escrito eminentemente anti-gnóstico. Sin embargo, aunque no somos quienes para negar este planteamiento, podemos asegurar que, al menos cuantitativamente, Apocalipsis se dirige primordialmente contra el culto al emperador: la deificación del estado, del imperio, y del monarca.

El gnosticismo, generalizando, forma un sistema religioso-filosófico esotérico y misterioso, de naturaleza dualista, en el que la salvación se alcanza mediante la “gnosis”, es decir, “el

conocimiento”. El hombre precisa de la iluminación mística de la “gnosis” para alcanzar su salvación de un mundo material absolutamente perdido e irrecuperable.

Sin embargo, y después de todo lo dicho, hemos de tener cuidado de no cometer el error de confundir este proto-gnosticismo, posiblemente presente como germen en las herejías de las iglesias de Asia Menor, con el auténtico gnosticismo, ya plenamente desarrollado en el siglo segundo.

Versículo 7:

La fórmula “El que tiene oído, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias” es la introducción de las promesas que el Señor tiene para los vencedores. Con esta fórmula concluye el Señor cada uno de los mensajes. La expresión la utilizó el Señor en diversas ocasiones durante su ministerio terrenal. No olvidemos que es el Señor Jesucristo, resucitado y glorificado, quien está hablando con Juan:

“El que tiene oídos para oír, oiga.” (Mateo 11:15; 13:9, 43; Marcos 4:9, 23; 7:16; Lucas 8:8; 14:35).

Ahora llegamos al primer galardón prometido a los vencedores: “Al que venciere, le daré a comer del árbol de la vida, el cual está en medio del paraíso de Dios.” (Apocalipsis 2:7).

Los vencedores no se postrarán ante las efigies del emperador romano. No doblarán sus rodillas ante los ídolos, sean de carácter religioso o bien de hombres o instituciones endiosadas. Y en el contexto histórico de Apocalipsis, tal victoria representaba la muerte. De donde podemos deducir que el “vencedor” es el “mártir”, el testigo fiel.

Las menciones al “árbol de la vida” en las Sagradas Escrituras son muy numerosas y ricas de significado:

“Y Jehová Dios hizo nacer de la tierra todo árbol delicioso a la vista, y bueno para comer; también el árbol de la vida en medio del huerto...” (Génesis 2:9).

“Será como árbol plantado junto a corrientes de aguas, que da su fruto en su tiempo, y su hoja no cae; y todo lo que hace, prosperará.” (Salmo 1:3).

“Porque será como el árbol plantado junto a las aguas, que junto a la corriente echará sus raíces, y no verá cuando viene el calor, sino que su hoja estará verde; y en el año de sequía no se fatigará, ni dejará de dar fruto.” (Jeremías 17:8).

“Ella (la sabiduría divina) es árbol de vida a los que de ella echan mano, y bienaventurados son los que la retienen.” (Proverbios 3:18).

“El fruto del justo es árbol de vida, y el que gana almas es sabio.” (Proverbios 11:30).

“El Espíritu de Jehová el Señor está sobre mí, porque me ungió Jehová; me ha enviado a predicar buenas nuevas a los abatidos, a vendar a los quebrantados de corazón, a publicar libertad a los cautivos, y a presos apertura de la cárcel; a proclamar el año de la buena voluntad de Jehová, y el día de venganza del Dios nuestro; a consolar a todos los enlutados; a ordenar que a todos los afligidos de Sión se les dé gloria en lugar de ceniza, óleo de gozo en lugar de luto, manto de alegría en lugar de espíritu angustiado, y serán llamados árboles de justicia, plantío de Jehová, para gloria suya.” (Isaías 61:1-3).

“En medio de la calle de la ciudad (la Nueva Jerusalem), y a uno y otro lado del río, estaba el árbol de la vida, que produce doce frutos, dando cada mes su fruto; y las hojas del árbol eran para la sanidad de las naciones... Bienaventurados los que lavan sus ropas, para tener derecho al árbol de la vida, y para entrar por las puertas en la ciudad.” (Apocalipsis 22:2, 14).

En las páginas del Antiguo Testamento encontramos frecuentemente la figura del árbol como instrumento de la acción de Dios para con su pueblo. Para manifestar cómo premiará el Señor a los suyos, se nos dice que el Señor mandará la lluvia a su tiempo, y “el árbol dará su fruto”:

“Si anduviereis en mis decretos y guardareis mis mandamientos, y los pusiereis por obra, yo daré vuestra lluvia en su tiempo, y la tierra rendirá sus productos, y el árbol del campo dará su fruto.” (Levítico 26:3-4).

Lo mismo, sólo que a la inversa, se nos dice respecto a la desobediencia del pueblo: “Pero acontecerá, si no oyeres la voz de Jehová tu Dios, para procurar cumplir todos sus mandamientos y sus estatutos que to te intimo hoy, que vendrán sobre ti todas estas maldiciones, y te alcanzarán... Toda tu arboleda y el fruto de tu tierra serán consumidos por la langosta.” (Deuteronomio 28: 15, 42).

El árbol es usado para simbolizar tanto al hombre justo, como al que aparta su corazón de Dios: “Será como árbol plantado junto a corrientes de aguas, que da su fruto en su tiempo, y su hoja no cae; y todo lo que hace, prosperará.” (Salmo 1:3).

“En un buen campo, junto a muchas aguas, fue plantada, para que hiciese ramas y diese fruto, y para que fuese vid robusta.” (Ezequiel 17:8).

“Será como la retama en el desierto, y no verá cuando viene el bien, sino que morará en los sequedales en el desierto, en tierra despoblada y deshabitada.” (Jeremías 17:6).

“Yo seré a Israel como rocío; él florecerá como lirio, y extenderá sus raíces como el Líbano. Se extenderán sus ramas, y será su gloria como la del olivo, y perfumará como el Líbano. Volverán y se sentarán bajo su sombra; serán vivificados como trigo, y florecerán como la vid; su olor será como de vino del Líbano. Efraín dirá: ¿Qué más tendré ya con los ídolos? Yo lo oiré, y miraré; yo seré a él como la haya verde; de mí será hallado tu fruto.” (Oseas 14:5-8).

A veces hallamos textos en los que los árboles son personificados. En Isaías les vemos aplaudir, y en otras ocasiones los árboles se alegran y llegan incluso a comprender las obras del Creador:

“Porque con alegría saldréis, y con paz seréis vueltos; los montes y los collados levantarán canción delante de vosotros, y todos los árboles del campo darán palmadas de aplauso.” (Isaías 55:12).

“Regocíjese el campo, y todo lo que en él está; entonces todos los árboles del bosque rebosarán de contento, delante del Señor que vino; porque vino a juzgar la tierra. Juzgará al mundo con justicia, y a los pueblos con su verdad.” (Salmo 96:12-13).

“Se llena de savia los árboles de Jehová, los cedros del Líbano que él plantó.” (Salmo 104:16).

“En el monte alto de Israel lo plantaré, y alzaré ramas, y dará fruto, y se hará magnífico cedro; y habitarán debajo de él todas las aves de toda especie; a la sombra de sus ramas habitarán. Y sabrán todos los árboles del campo que yo Jehová abatí el árbol sublime, levanté el árbol bajo, hice secar el árbol verde, e hice reverdecir el árbol seco. Yo Jehová lo he dicho, y lo haré.” (Ezequiel 17:23-24).

Son numerosísimos los grandes acontecimientos que suceden cerca o en relación con los árboles, como es el caso del encino de Moré, en Siquem, donde el Señor se apareció a Abraham (Génesis 12:1-9); la encina de Betel (1º Reyes 13:14); la encina en Jabes, donde fueron enterrados Saúl y sus hijos (1º Crónicas 10:12); la encina en Ofra, donde el ángel de Jehová se le apareció a Gedeón (Jueces 6:11), etc., etc. En el Nuevo Testamento, el árbol aparece también en algunos pasajes como es el caso del sicómoro al que Zaqueo se sube para poner ver a Jesús (Lucas 19:1-10); el hombre ciego que ve a los hombres como si fueran árboles, al comenzar a recuperar la vista (Marcos 8:22-26); Natanael es visto por el Señor debajo de una higuera (Juan 1:48-50). También podemos pensar en las parábolas de Jesús, en las que el árbol y otras figuras vegetales, tales como semillas y flores, son usadas para explicar los misterios del Reino. Incluso el propio Señor Jesús es proféticamente el “renuevo” o “brote verde”:

“He aquí que vienen días, dice Jehová, en que levantaré a David renuevo justo, y reinará como Rey, el cual será dichoso, y hará juicio y justicia en la tierra...En aquellos días y en aquel tiempo haré brotar a David un Renuevo de justicia, y hará juicio y justicia en la tierra.” (Jeremías 23:5; 33:15).

“Escucha pues, ahora, Josué sumo sacerdote, tú y tus amigos que se sientan delante de ti, porque son varones simbólicos. He aquí, yo traigo a mi siervo el Renuevo... Y le hablarás diciendo: Así ha hablado Jehová de los ejércitos, diciendo: He aquí el varón cuyo nombre es el Renuevo, el cual brotará de sus raíces, y edificará el templo de Jehová.” (Zacarías 3:8; 6:12).

“Porque si en el árbol verde (“renuevo”) hacen estas cosas, ¿en el seco, qué no se hará?” (Lucas 23:31).

El hebraísmo “árbol de la vida” está constituido por las voces “ets” (“árbol”), palabra formada por las consonantes “ayin”, que es “ojo”, y “tzade”, que es “justicia”. De ahí se deduce que el “árbol de la vida” es el “árbol que contempla la justicia”. Y el término “árbol” es también figura que nos habla de la fertilidad de la obra divina. Luego tenemos la palabra “vida” que es el hebreo “jayim”, término plural -inexistente en el singular- por cuanto para la gestación de una vida siempre hacen falta dos. La figura del árbol de la vida la toma el Señor del contexto edénico, al igual que hallamos en el texto de Ezequiel:

“Y junto al río, en la ribera, a uno y otro lado, crecerá toda clase de árboles frutales; sus hojas nunca caerán, ni faltará su fruto. A su tiempo madurará, porque sus aguas salen del santuario; y su fruto será para comer, y su hoja para medicina.” (Ezequiel 47:12).

El simbolismo apunta hacia la inmortalidad. Quienes coman del árbol de la vida no perecerán jamás. Los vencedores serán admitidos al paraíso de Dios y comerán del árbol de la vida. Las bendiciones prometidas nos hacen recordar que aunque Adam perdió el paraíso y la inmortalidad por comer del árbol de la ciencia del bien y del mal, el vencedor vivirá para siempre comiendo del árbol de la vida en el paraíso de Dios.

El término “paraíso” es de origen sánscrito, y se encuentra en todas las lenguas orientales. En sánscrito se trata de la voz “paradésa”, y originalmente significaba una porción de tierra elevada y apropiada para el cultivo. Al pasar al armenio adoptó la forma de “pardes” y adquirió el significado de “jardín que rodea a una casa solariega” y que solía estar sembrado de hierbas aromáticas, árboles frutales y ornamentales. Pasó al hebreo en la misma forma de “pardes”, y al griego como “paradeisos”, aplicándose para referirse a los parques y jardines públicos. Los persas emplearon la palabra que nos ocupa para referirse a los jardines de flores y arboleda, con animales salvajes, en torno a las residencias rurales de los monarcas. Así aparece en el texto hebreo de Nehemías 2:8: “Y carta para Asaf guarda del bosque del rey...”. El “bosque” es aquí el hebreo “HaPardés”. En el texto de Apocalipsis que estudiamos, “paraíso” es sinónimo de “cielo”, con toda su carga semántica de lugar de belleza indescriptible, asociada siempre a la naturaleza y a la vegetación del Edén.

¡Quiera el Señor darnos de su gracia para que siempre tengamos oído presto a la voz del Santo Espíritu!

CAPÍTULO SEGUNDO:

EL MENSAJE A ESMIRNA: Apocalipsis 2: 8-11:

8. Y escribe al ángel de la iglesia en Esmirna: El primero y el postrero, el que estuvo muerto y vivió, dice esto:

9. Yo conozco tus obras, y tu tribulación, y tu pobreza (pero tú eres rico), y la blasfemia de los que se dicen ser judíos, y no lo son, sino sinagoga de Satanás.

10. No temas en nada lo que vas a padecer. He aquí, el diablo echará a algunos de vosotros en la cárcel, para que seáis probados, y tendréis tribulación por diez días. Sé fiel hasta la muerte, y yo te daré la corona de la vida.

11. El que tiene oído, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias. El que venciere, no sufrirá daño de la segunda muerte.” (Apocalipsis 2:8-11).

Versículo 8:

Esmirna, la moderna Izmir, en Turquía, era una importante ciudad de la costa occidental de Asia Menor, emplaza al fondo del golfo del mismo nombre, al pie del monte Pagos, a cincuenta kilómetros de Éfeso, y a la entrada del valle del río Hermos. Habitada por los griegos, fue destruida por el rey Alyattes, de Lidia, hacia el año 580 antes de Cristo, y permaneció en ruinas hasta su reconstrucción realizada por los sucesores de Alejandro Magno. Se convirtió en un centro importante de actividad comercial, pasando a ser parte de la provincia romana de Asia hacia el 133 antes de Cristo. Sus calles, diseñadas en ángulos rectos, estaban artísticamente pavimentadas. Una de ellas, denominada “Calle Aúrea”, cruzaba la urbe de oeste a este, rodeando el monte Pagos, con un templo a cada extremo. Su belleza era tal que la ciudad era conocida bajo el sobrenombre de “el adorno de Asia”. En algunas de las monedas acuñadas en Esmirna se puede leer esta inscripción: “Primera en Asia en belleza y tamaño”. Su prestigio también se debía a que en ella habían nacido varios destacados hombres del imperio, entre los cuales estaba el propio Homero. La población de Esmirna en el momento que nos ocupa superaría los doscientos mil habitantes. Su diosa principal era Cibele. El culto a la diosa Roma se celebraba en la ciudad desde el año 195 a.C., cuando Tito Livio le dedicó un magnífico templo. En el año 26 d.C. hallamos las primeras referencias al culto imperial, pues en ese año la ciudad obtuvo el derecho a erigir templos a Tiberio, Livia y al propio Senado de Roma. La destrucción de la antigua Esmirna ocurrió en el terremoto del año 178 d.C.

Desconocemos cuándo fue establecida la iglesia en Esmirna. Pero sí sabemos que en el siglo segundo era una iglesia de cierta importancia. En Esmirna también había sido levantado un templo en honor de la diosa Roma, y durante el reinado de Tiberio se edificó también un templo dedicado al culto del emperador. De modo que podemos suponer que los cristianos en Esmirna se sentirían muy presionados ante el creciente endiosamiento del emperador y del estado.

La iglesia de la ciudad de Esmirna no se menciona en ningún otro pasaje del Nuevo Testamento, razón por la que no sabemos quién fundó la primera iglesia cristiana en dicha localidad. Por el texto de Hechos 19:10, pudiera desprenderse que el apóstol Pablo estuvo cerca de la ciudad, pero no tenemos ninguna referencia explícita de que lo hiciera:

“Así continuó (Pablo) por espacio de dos años, de manera que todos los que habitaban en Asia, judíos y griegos, oyeron la palabra del Señor Jesús.” (Hechos 19:10).

Esmirna fue muy conocida en la cristiandad primitiva por causa de su obispo Policarpo, quemado vivo en fecha incierta. Su edad en el momento del martirio era de 86 años, y consecuentemente era contemporáneo del apóstol Juan, muerto hacia el año 98 d.C. Sólo nos ha llegado una muestra de sus escritos: La Epístola a los Filipenses. Durante el tiempo que permaneció en Esmirna, Policarpo escribió al menos cuatro epístolas, de las cuales, como dijimos, sólo nos ha llegado una. El relato del martirio de Policarpo lo hallamos en la “Historia Eclesiástica”, de Eusebio, así como en una carta dirigida desde Esmirna a las iglesias en el Ponto. En su relato histórico, Eusebio cuenta que cuando Policarpo fue arrestado y conducido ante el procónsul romano de Esmirna, muchos de los judíos fueron los principales hostigadores, y quienes más exigieron su condena. Ignacio visitó también esta iglesia en su camino a Roma para ser allí martirizado por su fe en Cristo Jesús como único Señor.

“El primero y el último”, así como “el que estuvo muerto y vivió” son expresiones contra el endiosamiento o deificación imperial. El título de “augusto”, auto-concedido por los emperadores, significa “divino”, es decir, “inmortal”, “eterno”. Pero el Señor le recuerda a la iglesia en Esmirna que el Señor Jesucristo es “primero y último”:

“Yo soy el Alfa y la Omega, principio y fin, dice el Señor, el que es y que era y que ha de venir, el Todopoderoso.” (Apocalipsis 1:8).

Evidentemente, aquí el primero y el último, utilizando la primera y la última letras del alfabeto griego, aparece de forma enfática en el texto de Apocalipsis 22:13: “Yo soy el Alfa y la Omega, el principio y el fin, el primero y el último.” Las tres expresiones se funden en una manifestación tri-unitaria. Conviene aquí tener presente que entre los rabíes de la antigüedad existía la costumbre de emplear las letras “álef” y “tav”, primera y última del alfabeto hebreo, como una especie de contraseña para referirse a algo que estaba entero, completo, pleno. En el texto de Apocalipsis objeto de nuestro estudio, es una clara referencia a la eternidad de aquel que habla. Para los lectores primeros, no hay duda que implicaba la divinidad de Jesucristo. Comparémoslo con otros textos:

“¿Quién hizo y realizó esto? ¿Quién llama las generaciones desde el principio? Yo Jehová, el primero; y yo mismo con los postreros.” (Isaías 41:4).

“Así dice Jehová Rey de Israel, y su Redentor, Jehová de los ejércitos: Yo soy el primero, y yo soy el postrero, y fuera de mí no hay Dios.” (Isaías 44:6).

“Oyeme, Jacob, y tú, Israel, a quien llamé: Yo mismo, yo el primero, yo también el postrero.” (Isaías 48:12).

“Y respondió Dios a Moisés: YO SOY EL QUE SOY. Y dijo: Así dirás a los hijos de Israel: YO SOY me envió a vosotros.” (Éxodo 3:14).

La palabra “Esmirna” significa “mirra”, utilizada en el embalsamamiento de los muertos. Este nombre hace referencia a la tribulación, el dolor y las pruebas” por las que habían de pasar aquellos creyentes y todo verdadero discípulo de Jesucristo en cualquier momento de la historia:

“Estas cosas os he hablado para que en mí tengáis paz. En el mundo tendréis aflicción; pero confiad, yo he vencido al mundo.” (Juan 16:33).

Cristo Jesús, “primero y último”, “el que estuvo muerto y ahora vive”, son expresiones que nos quieren decir que nuestra victoria sobre las tribulaciones sólo es posible por la fidelidad del Señor y el poder de su resurrección gloriosa. La victoria es para el fiel que se aferra a la promesa: “Jesucristo es el autor y el consumidor de la fe.” (Hebreos 12:2).

Versículo 9:

Los creyentes de Esmirna eran trabajadores. Habían sufrido por el Reino de Dios. Y ninguna de esas cosas le pasan inadvertidas al Señor. Él conoce nuestras obras y nuestras actitudes, nuestras tribulaciones y nuestras angustias. El término “tribulación” es perfectamente posible traducirlo por “persecución”.

La descripción que hace el Señor de la iglesia de Esmirna gira en torno a estos dos conceptos: “Persecución” y “pobreza”. Los creyentes de Esmirna eran pobres, pero ricos en misericordia. Así debe ser la iglesia en cualquier tiempo y lugar: Pobre en lo temporal, pero rica en lo espiritual; pobre en lo percedero, pero rica en lo eterno; pobre en la transacción terrenal, pero rica en los dones de la gracia. Tengamos presente que las riquezas del mundo traen muchas penas, ansiedades, preocupaciones y distracciones:

“Porque raíz de todos los males es el amor al dinero, el cual codiciando algunos, se extraviaron de la fe, y fueron traspasados de muchos dolores.” (1ª Timoteo 6:10).

Sin embargo, las riquezas según Dios traen paz, seguridad, felicidad y un futuro lleno de luz:

“No os hagáis tesoros en la tierra, donde la polilla y el orín corrompen, y donde ladrones minan y hurtan; sino haceos tesoros en el cielo, donde ni la polilla ni el orín corrompen, y donde ladrones no minan ni hurtan. Porque donde esté vuestro tesoro, allí estará también vuestro corazón.” (Mateo 6:19-21).

El Señor conoce la blasfemia -el término griego “blasfemia” conlleva el sentido de “calumnia”- de los que se dicen pertenecer al Señor y a su pueblo, pero no lo son, y se oponen al Espíritu de Cristo. Pretenden ser cristianos, pero viven en fornicación, en violencia, en el embrujo del amor al dinero, en brujerías y rebeldías, malicias e idolatrías. Quienes así actúan, son sinagoga de Satanás:

“Porque el que siembra para su carne, de la carne segará corrupción; mas el que siembra para el Espíritu, del Espíritu segará vida eterna.” (Gálatas 6:8).

“Porque si vivís conforme a la carne, moriréis; mas si por el Espíritu hacéis morir las obras de la carne, viviréis.” (Romanos 8:13).

“Pelea la buena batalla de la fe, echa mano de la vida eterna, a la cual asimismo fuiste llamado, habiendo hecho la buena profesión delante de muchos testigos.” (1ª Timoteo 6:12).

Por el contrario, el verdadero cristiano, nacido de lo alto, de simiente incorruptible, del Espíritu Santo, se manifiesta en la santidad de su conducta: “Hijitos, nadie os engañe; el que hace justicia es justo, como él es justo.” (1ª Juan 3:7).

Estos que se decían “ser judíos”, pero no lo eran, quizá fuesen cristianos que se hacían pasar por judíos para evitar tener que rendir culto al emperador. Tengamos presente que los judíos estaban exentos del culto imperial, por cuanto el judaísmo era una de las religiones oficialmente autorizadas por el imperio, mientras que la fe de los cristianos no lo estaba.

Versículo 10:

Los creyentes de Esmirna estaban a punto de experimentar una terrible persecución. El temor podía apoderarse de ellos muy fácilmente. Henry C. Sheldon escribe en su famosa “Historia de la Iglesia Cristiana”, y nos dice que “muchos cristianos fueron lazados a las fieras y otros quemados vivos en la hoguera.” (Henry C. Sheldon, “History of the Christian Church”, Thomas Y. Crowell, New York, 1894, Vol. I, p.146.).

“No temer” es mandamiento del Señor. Y para experimentarlo necesitamos buscar su rostro: “Busqué al Señor, y él me oyó, y me libró de todos mis temores.” (Salmo 34:4).

“Porque no nos ha dado Dios espíritu de cobardía, sino de poder, de amor, y de dominio propio.” (2ª Timoteo 1:7).

Pasaremos por prisiones para ser probados. La prueba será de algunos, no de todos, por cuanto el Señor es misericordioso, y sabe quienes son capaces de resistir las durezas de la persecución, y quienes no podrían permanecer fieles. Es por eso que el Señor no permitirá que todos pasen por la tribulación que se avecina a los cristianos de Esmirna. Además, nuestra tribulación será breve, momentánea. Y esa brevedad está representada por los “diez

días”. Pero, ¿por qué diez días y no tres o cinco? Se han dado muchas y muy variadas respuestas a esta pregunta. Unos han dicho que realmente fueron diez los días durante los que la persecución fue más sangrienta. Así lo expresa la “Historia Eclesiástica”, de Eusebio, en la que se nos da un relato muy detallado de la tribulación de los cristianos de Esmirna, y particularmente del fiel pastor Policarpo (año 155-156). Pero la gracia del Señor fue muy superior a sus sufrimientos:

“Amados, no os sorprendáis del fuego de prueba que os ha sobrevenido, como si alguna cosa extraña os aconteciese, sino gozaos por cuanto sois participantes de los padecimientos de Cristo, para que también en la revelación de su gloria os gocéis con gran alegría.” (1ª Pedro 4:12-13).

“Bienaventurado el varón que soporta la tentación; porque cuando haya resistido la prueba, recibirá la corona de vida, que Dios ha prometido a los que le aman.” (Santiago 1:12).

La alusión a la fidelidad al Señor pudiera ser un elemento de contraste con la fidelidad a Roma, de la que la ciudad había hecho gala durante más de dos siglos. La recompensa a la fidelidad al Señor será la “corona de la vida”. El término traducido por “corona” es el griego “stéfanon”, que no corresponde a una corona metálica, al estilo de los reyes medievales, sino que más bien hace referencia la “corona de laurel” o “guirnalda” ofrecida a los vencedores en el atletismo y el pugilismo. A los fieles de Éfeso, la promesa es en la forma de comer del fruto del árbol de la vida. (Apocalipsis 2:7). A los de Esmirna, la promesa es la “corona de la vida”, una señal, no sólo de su victoria definitiva, sino también de la bendición eterna que espera a los vencedores. La figura está probablemente tomada de las imágenes de los dioses del panteón griego, sobre quienes aparecen coronas de luz. De ahí se tomaría después la figura pictórica del halo sobre las cabeza de los santos en el arte cristiano de siglos posteriores.

“Y cuando aparezca el Príncipe de los pastores, vosotros recibiréis la corona incorruptible de gloria.” (1ª Pedro 5:4).

Cuando rendimos nuestro corazón a Jesucristo, la vida eterna nos es implantada como semilla. Nosotros debemos cultivarla para que llegue a ser cosecha de fruto abundante. Recordemos que el discípulo es un buscador de fruto para honrar a su Maestro.

Versículo 11:

Si sufrimos con Cristo, también reinaremos con Él. Así lo expresa Pablo en su segunda carta al pastor Timoteo:

“Palabra fiel es esta: Si somos muertos con él, también viviremos con él; si sufrimos, también reinaremos con él; si le negáremos, él también nos negará. Si fuéremos infieles, él permanece fiel: Él no puede negarse a sí mismo.” (2ª Timoteo 2:11-13).

Si sufrimos con Cristo, no sufriremos el daño irreparable de la segunda muerte. Aquí muchos cristianos se sorprenden al no haber sido instruidos acerca de las dos resurrecciones, de las cuales Jesús habló claramente:

“No os maravilléis de esto; porque vendrá hora cuando todos los que están en los sepulcros oirán su voz; y los que hicieron lo bueno, saldrán a resurrección de vida; mas los que hicieron lo malo, a resurrección de condenación.” (Juan 5:28-29).

En Apocalipsis hallamos también la descripción detallada de los acontecimientos de las dos resurrecciones:

“Pero los otros muertos no volvieron a vivir hasta que se cumplieron mil años... Bienaventurado y santo el que tiene parte en la primera resurrección; la segunda muerte no tiene potestad sobre éstos, sino que serán sacerdotes de Dios y de Cristo, y reinarán con él mil años. Cuando los mil años se cumplan, Satanás será suelto de su prisión, y saldrá a engañar a las naciones que están en los cuatro ángulos de la tierra, a Gog y a Magog, a fin de reunirlos para la batalla; el número de los cuales es como la arena del mar. Y subieron sobre la anchura de la tierra, y rodearon el campamento de los santos y la ciudad amada, y de Dios descendió fuego del cielo, y los consumió. Y el diablo que los engañaba fue lanzado al lago de fuego y azufre, donde estaban la bestia y el falso profeta; y serán atormentados día y noche por los siglos de los siglos.” (Apocalipsis 20:5-10).

En Apocalipsis 20:14-15 podemos comprobar que la segunda muerte, que acontece después de la segunda resurrección y del juicio general, es el lago que arde con fuego y azufre, donde serán lanzados Satanás las dos bestias, y la muerte y el Hades.

“Y vi un gran trono blanco y al que estaba sentado en él, de delante del cual huyeron la tierra y el cielo, y ningún lugar se encontró para ellos. Y vi a los muertos, grandes y pequeños, de pie ante Dios; y los libros fueron abiertos, y otro libro fue abierto, el cual es el libro de la vida; y fueron juzgados los muertos por las cosas que estaban escritas en los libros, según sus obras. Y el mar entregó los muertos que había en él, y la muerte y el Hades entregaron los muertos que había en ellos, y fueron juzgados cada uno según sus obras. Y la muerte y el Hades fueron lanzados al lago de fuego. Esta es la muerte segunda. Y el que no se halló inscrito en el libro de la vida fue lanzado al lago de fuego.” (Apocalipsis 20:11-15).

“Porque la paga del pecado es la muerte, mas la dádiva de Dios es vida eterna en Cristo Jesús Señor nuestro.” (Romanos 6:23).

“Porque si vivís conforme a la carne, moriréis; mas si por el Espíritu hacéis morir las obras de la carne, viviréis. (Romanos 8:13).

El testimonio bíblico es innegable: La primera resurrección es sólo, única y exclusivamente para los creyentes fieles: “Bienaventurado y santo el que tiene parte en la primera resurrección.” (Apocalipsis 20:6).

“Porque el Señor mismo con voz de mando, con voz de arcángel, y con trompeta de Dios, descenderá del cielo; y los muertos en Cristo resucitarán primero.” (1ª Tesalonicenses 4:16).

Resumiendo: El fiel creyente, el vencedor, habrá descubierto a los falsos profetas, a los falsos apóstoles, habrá trabajado arduamente en la extensión del Reino de Dios, no habrá perdido su primer amor -y si lo ha hecho, habrá procedido al arrepentimiento- habrá sufrido la persecución por amor y fidelidad a Jesucristo, y habrá permanecido fiel hasta la muerte. El vencedor habrá rechazado el compromiso del Evangelio con el mundo -el nicolaitismo- renunciando al sostén, apoyo y entendimiento con las potestades de la maldad.

La victoria final es participar en la primera resurrección. Vida eterna es el galardón para los vencedores. La segunda muerte es la consecuencia de la segunda resurrección. Y sólo la fidelidad a Cristo nos hace inmunes al peligro de la “segunda muerte”, expresión muy bien conocida por los escritores apocalípticos de la época.

Una vez más hallamos la expresión “el que tenga oído, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias.” Es una forma utilizada por el Señor para captar la atención de los discípulos antes o después de haber pronunciado alguna verdad de particular importancia. (Ver las notas sobre el versículo 7).

En medio de tantas voces como se elevan hoy, tengamos siempre presente que el Espíritu es la fuente de toda inspiración bíblica, así como de toda iluminación de los discípulos. Ignorar la voz del Espíritu Santo es caer en la oscuridad y en la herejía. Sólo el Santo Consolador puede abrir la verdad de Dios a nuestros ojos. De nuevo comprobamos que la expresión es de naturaleza general, aunque el mensaje sea dado primordialmente a una iglesia específica. Es para toda aquel que tenga oído para escuchar la voz del Amado. De ahí la importancia de estas epístolas dictadas por el propio Señor Jesucristo.

CAPÍTULO TERCERO:

EL MENSAJE A PERGAMO: Apocalipsis 2: 12-17:

12. Y escribe al ángel de la iglesia en Pérgamo: El que tiene la espada aguda de dos filos dice esto:

13. Yo conozco tus obras, y dónde moras, donde está el trono de Satanás; pero retienes mi nombre, y no has negado mi fe, ni aun en los días en que Antipas mi testigo fiel fue muerto entre vosotros, donde mora Satanás.

14. Pero tengo unas pocas cosas contra ti: que tienes ahí a los que retienen la doctrina de Balaam, que enseñaba a Balac a poner tropiezo ante los hijos de Israel, a comer de cosas sacrificadas a los ídolos, y a cometer fornicación.

15. Y también tienes a los que retienen la doctrina de los nocolaítas, la que yo aborrezco.

16. Por tanto, arrepíentete; pues si no, vendré a ti pronto, y pelearé contra ellos con la espada de mi boca.

17. El que tiene oído, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias. Al que venciere, daré a comer del maná escondido, y le daré una piedrecita blanca, y en la piedrecita escrito un nombre nuevo, el cual ninguno conoce sino aquel que lo recibe.” (Apocalipsis 2:12-17).

Versículo 12:

Pérgamo, situada sobre una colina sobre el fértil valle del río Caicos, en el sur de Misia, era la principal ciudad de región. Ubicada frente a la isla de Lesbos, a unos 25 kilómetros del mar Egeo, la ciudad de Pérgamo estaba comunicada con el mar por su vía fluvial navegable. Bajo la dinastía de los atálidas (283-133 a.C.) se había convertido en una de las más importantes ciudades del helenismo. En el año 241 antes de Cristo, sus gentes vencieron a los galos, estableciéndolos en Galacia. El rey Átalo III legó su reino a Roma al morir, en el 133 a.C., y así pasó a formar parte de la provincia imperial de Asia.. Uno de los aspectos de mayor belleza de la ciudad era su disposición sobre terrazas que cubrían toda la falda de la colina y el pie de la misma. Sabemos que en el año 29 antes de Cristo fue levantado un templo en Pérgamo en honor de la diosa Roma y el emperador Augusto, lo que significa que a partir de ese momento se extendió poderosamente el culto al emperador. La ciudad también contaba con importantes instituciones culturales, gimnasios, teatros, jardines y templos impresionantes en honor de Zeus, Atenea, Dionisio y Esculapio. También sabemos que Pérgamo era la capital de la provincia de Asia Menor. Su importancia desde la perspectiva comercial no era tan grande como la de Éfeso. Sin embargo, desde el punto de vista cultural y religioso, su fama llegó a ser mucho más notable, ya que el templo erigido al divino Augusto y a la diosa Roma era visitado por peregrinos de toda Asia. El templo de Esculapio -nombre latino del dios griego Asclepio, hijo de Apolo y de Coronis- dios de la sanidad, era, desde el siglo segundo antes de Cristo, la casa central de una orden de sacerdotes-médicos cuyo signo distintivo era una serpiente, figura heredada como emblema de la farmacopea. Allí llegaban miles de enfermos que abarrotaban el recinto del templo-hospital, donde pernoctaban, dejando que cientos y cientos de serpientes no venenosas les cubrieran, como parte de su

tratamiento terapéutico. La escuela de escultura de la ciudad contribuía notablemente a su fama.

Otro aspecto por el que Pérgamo era conocida en la antigüedad era su biblioteca, que competía con la de Alejandría, y que probablemente fuera la principal depositaria del acervo cultural helenista. Nuestra palabra “pergamino” toma su nombre de esta urbe, donde fue empleado en la fabricación de libros desde la antigüedad. Sin embargo, el significado etimológico del nombre de la ciudad es “matrimonio” o “elevación”. Ese es, precisamente, el sentido de la vida del fiel cristiano: Alguien que vive una vida elevada por estar unido en matrimonio con el Señor.

La expresión “espada aguda de dos filos” (el griego es “romfaía”, “espada grande y ancha”, y “dístomos”, “de dos filos”) hace referencia al poder victorioso del Señor, a quien no deben dejar de mirar los creyentes de Pérgamo. Su rechazo del culto al emperador les acarrearía una sangrienta persecución. Pero la victoria final será del Señor y los suyos.

“Porque la palabra de Dios es viva y eficaz, y más cortante que toda espada de dos filos; y penetra hasta partir el alma y el espíritu, las coyunturas y los tuétanos, y discierne los pensamientos y las intenciones del corazón. Y no hay cosa creada que no sea manifiesta en su presencia; antes bien todas las cosas están desnudas y abiertas a los ojos de aquel a quien tenemos que dar cuenta.” (Hebreos 4:12-13).

Versículo 13:

Algunos comentaristas manifiestan que el gobernador de Pérgamo fue particularmente violento y sanguinario en la persecución de los cristianos. De ahí la referencia a la ubicación del “trono de Satanás.” Ahora bien, la enseñanza del Señor es que podemos ser fieles a Dios incluso morando donde Satanás tenga su trono. Probablemente, la expresión “trono de Satanás” sea también una alusión al gran altar consagrado a Zeus Soter (“Zeus Salvador”) que coronaba la ciudad, aunque todo parece indicar que en este caso se está aplicando al culto imperial. También debemos considerar que la figura de la serpiente serviría para recordar la historia de Edén.

Una cosa es evidente: Dondequiera que nos hallemos podemos ser vencedores en el nombre de Jesús de Nazaret. Por eso, y a pesar de la proximidad del “trono de Satanás”, los creyentes verdaderos de Pérgamo había “retenido el nombre del Señor”, y “no habían negado su fe”. Las dos expresiones responden al paralelismo sinonímico, tan frecuente en las Escrituras. La primera pudiera significar el efecto, y la segunda su causa.

“Pues a sus ángeles mandará acerca de ti, que te guarden en todos tus caminos. En las manos te llevarán, para que tu pie no tropiece en piedra. Sobre el león y el áspid pisarás; hollarás al cachorro del león y al dragón. Por cuanto en mí ha puesto su amor, yo también lo libraré; le pondré en alto, por cuanto ha conocido mi nombre. Me invocará, y yo le responderé; con él

estaré yo en la angustia; lo libraré y le glorificaré. Lo saciaré de larga vida, y le mostraré mi salvación.” (Salmo 91:11-16).

“Le pondré en alto”; de ahí el sentido de “elevación” en el nombre de la ciudad de Pérgamo. A pesar de la persecución, los fieles de esta iglesia habían retenido el nombre del Señor, y no habían negado la fe. Entre ellos se destacaba la figura de Antipas (forma contracta de “Antípatro”, cuyo significado es “imagen viva del padre”), quien había muerto martirizado, como testigo fiel, y de quien no tenemos ninguna referencia más en las Sagradas Escrituras. La única información que nos llega acerca de este mártir se encuentra en “Acta Sanctorum” (“Los Hechos de los Santos”), una colección de acciones gloriosas de los primeros testigos de Jesucristo, pero que con el paso de los años fue deteriorándose mediante adiciones de fábulas y ficciones de todo tipo. En esta fuente se dice que Antipas fue obispo de aquella ciudad. El otro personaje neotestamentario con este nombre es el hijo menor de Herodes el Grande y Doris, llamado corrientemente Herodes Antipas. Su padre ordenó que le mataran cinco días antes de su propia muerte.

Antipas representa al cristiano, fiel discípulo de Jesucristo, que camina dirigido por el Espíritu Santo de Dios, en el nombre de Jesús, y que usa bien la Palabra del Señor, y que, por consiguiente, puede enfrentarse a todo. Un fiel discípulo de Jesús es más poderoso que todas las fuerzas del enemigo.

La tradición, a la que aludíamos antes, nos cuenta que Antipas fue martirizado durante la sangrienta persecución de Domiciano, siendo introducido vivo en una figura hueca de hierro, en forma de toro, calentada hasta ponerla al rojo vivo... Antipas gozará de la victoria de Jesucristo en el Gran Día de Dios... Pero, ¿dónde estarán Domiciano y sus siervos?

La tradición (Constituciones Apostólicas 7:46) dice que Gayo, el destinatario de las Tercera Epístola de San Juan, era obispo de Pérgamo.

Versículo 14:

A pesar de predominar la fidelidad hasta la muerte, en Pérgamo estaban quienes retenían las enseñanzas de Balaam, figura representativa y proverbial de los falsos maestros y profetas; de todos cuantos indujeron al pueblo de Israel a adorar a los ídolos, a la contaminación y a la fornicación. El Señor Jesucristo también emplea esta figura para tipificar a quienes inducían a los cristianos a participar en el culto al emperador.

El contexto escritural se encuentra registrado en los capítulos 22 al 25 del libro de los Números. Balaam no pudo ganarse su dinero maldiciendo a Israel, porque el poder y la bendición del Señor reposaban sobre ellos. Entonces, Balaam aconsejó a Balac, rey de los moabitas, que provocara la ira de Dios contra Israel, mandando a las jóvenes moabitas para que sedujeran e indujeran al pueblo de Israel a la fornicación y a la adoración de sus dioses, los demonios que los moabitas adoraban:

“Moraba Israel en Sitim; y el pueblo empezó a fornicar con las hijas de Moab, las cuales invitaban al pueblo a los sacrificios de sus dioses; y el pueblo comió, y se inclinó a sus dioses...

He aquí, por consejo de Balaam ellas fueron causa de que los hijos de Israel prevaricasen contra Jehová en lo tocante a Baal-peor, por lo que hubo mortandad en la congregación de Jehová.” (Números 25:1-2; 31:16).

Las falsas enseñanzas de los nicolaítas estaban logrando el mismo desastre espiritual en la iglesia de Pérgamo. Podemos comparar este texto con los pecados de la iglesia de Tiatira, en Apocalipsis 2:20. Las palabras del apóstol Pablo a los cristianos de Corinto derraman bastante luz sobre el alcance de estas herejías:

“De cierto se oye que hay entre vosotros fornicación, y tal fornicación cual ni aun se nombra entre los gentiles; tanto que alguno tiene la mujer de su padre... Antes digo que lo que los gentiles sacrifican, a los demonios lo sacrifican, y no a Dios; y no quiero que vosotros os hagáis partícipes con los demonios. No podéis beber la copa del Señor, y la copa de los demonios; no podéis participar de la mesa del Señor, y de la mesa de los demonios.” (1ª Corintios 5:1; 10:20-21). (Ver también 1ª Corintios 8:1 y sig.).

Aquí conviene tener presente que por “fornicación” no debemos entender sólo “inmoralidad sexual”, sino que abarca toda deslealtad o traición al Señor Jesucristo, al caer en la adoración de la efigie del emperador. La fornicación y la idolatría aparecen como sinónimos frecuentemente en las Escrituras. La prueba de este sentido se halla en este mismo libro de Apocalipsis, donde la participación en las ceremonias rituales de la religión estatal romana se denomina puntualmente “fornicación”, lo que no excluye un sentido absolutamente literal, ya que en muchos de los ritos religiosos del paganismo, las comidas de los sacrificado a los ídolos, y las relaciones sexuales con las sacerdotisas-prostitutas, formaban parte del culto idolátrico.

“Después de esto oí una gran voz de gran multitud en el cielo, que decía: ¡Aleluya! Salvación y honra y gloria y poder son del Señor Dios nuestro; porque sus juicios son verdaderos y justos; pues ha juzgado a la gran ramera que ha corrompido a la tierra con su fornicación, y ha vengado la sangre de sus siervos de la mano de ella.” (Apocalipsis 19:1-2).

Balaam comprendió que si podía persuadir a Israel para que pecara, entonces el juicio de Dios caería sobre Israel. Balaam entonces podría levantarse y maldecir al pueblo hebreo. De ese modo, el rey Balac podría vencer al ejército de Israel, y Balaam podría cobrar su paga de adivino.

Esto es exactamente igual en la vida del cristiano. Nadie puede maldecir al cristiano fiel mientras el poder de la bendición del Señor reposa sobre él. Pero si el soldado de Cristo es inducido y se deja arrastrar por la codicia sexual o cualquier otra forma de idolatría, entonces las maldiciones hacen blanco en su vida. Si no hay arrepentimiento, entonces el poder y la bendición del Señor nos dejarán, y fácilmente seremos vencidos por los ataques del maligno.

El Espíritu Santo no puede usar la “Espada del Espíritu”, que es la Palabra de Dios, por medio de un cristiano, de una cristiana, que vive en pecado.

La maldición de Dios vino sobre Balaam por su amor al dinero, al igual que en los casos de Judas, y de Ananías y Safira. El final de Balaam se encuentra registrado en el libro de Josué:

“También mataron a espada los hijos de Israel a Balaam el adivino, hijo de Beor, entre los demás que mataron.” (Josué 13:22).

La Palabra del Señor es muy clara al respecto: No existe posibilidad de servir a Dios y a las riquezas:

“Ninguno puede servir a dos señores; porque o aborrecerá a uno y amará al otro, o estimará al uno y menospreciará al otro. No podéis servir a Dios y a las riquezas.” (La palabra “riquezas”

aquí es el griego “Mamón”, deidad fenicia, cuyo nombre fenicio significa literalmente “ganancia”, “beneficio”). (Mateo 6:24).

“Pero gran ganancia es la piedad acompañada de contentamiento; porque nada hemos traído a este mundo, y sin duda nada podremos sacar. Así que, teniendo sustento y abrigo, estemos contentos con esto. Porque los que quieren enriquecerse caen en tentación y lazo, y en muchas codicias necias y dañosas, que hundan a los hombres en destrucción y perdición; porque raíz de todos los males es el amor al dinero, el cual codiciando algunos, se extraviaron de la fe, y fueron traspasados de muchos dolores... A los ricos de este siglo manda que no sean altivos, ni pongan la esperanza en las riquezas, las cuales son inciertas, sino en el Dios vivo, que nos da todas las cosas en abundancia para que las disfrutemos. Que hagan bien, que sean ricos en buenas obras, dadivosos, generosos; atesorando para sí buen fundamento para lo por venir, que echen mano de la vida eterna.” (1ª Timoteo 6:6-10, 17-19).

Versículo 15:

Jesús empareja a “balaamitas” y “nicolaítas”, ya que, además de su coexistencia en la iglesia de Pérgamo, el sentido etimológico de ambas palabras es muy semejante: “consumidores del pueblo” y “destructores del pueblo”, respectivamente.

El Señor Jesús vuelve a mencionar a los nicolaítas, es decir, probablemente los seguidores de la doctrina de Nicolás de Antioquía. Ya les mencionábamos al estudiar el mensaje del Señor a la iglesia en Éfeso. (Ver Apocalipsis 2:6). Básicamente, el nicolaitismo de todos los tiempos trata de reconciliar el mensaje del Evangelio con los valores de este mundo. Y no hay nada que más rechace el Señor que esta doctrina que acaba con la esencia de la Iglesia como Cuerpo de Jesucristo. El maridaje de la Iglesia con el sistema de valores del mundo destruye el poder de los santos e impide que la luz del testimonio de Jesucristo brille en esta época de oscuridad. Naturalmente, la llamada del Señor a los creyentes de Pérgamo es al arrepentimiento:

Versículo 16:

Jesús vendrá a combatir a los nicolaítas, a menos que procedan inmediatamente al arrepentimiento. El juicio de Dios vendrá sobre quienes adoran las ganancias materiales, quienes comiten fornicación con los “demonios” de este siglo, y sobre quienes comprometen el Evangelio con los poderes y los señores de este mundo, y empleará contra ellos la “espada de su boca.”

En el contexto hebreo, hallamos un pasaje en el Pirké Avot Matzliah (“La Ética de los Padres”), uno de los tratados talmúdicos, en 5:22, donde se dice que los seguidores de Balaam -figura representativa de los idólatras de todos los tiempos- están destinados a heredar la Gehena y decender al fuego de la destrucción. El apóstol Pablo concuerda al respecto en sus instrucciones a los cristianos de Corinto:

“Por tanto, amados míos, huid de la idolatría... Antes digo que lo que los gentiles sacrifican, a los demonios lo sacrifican, y no a Dios; y no quiero que vosotros os hagáis partícipes los demonios. No podéis beber la copa del Señor, y la copa de los demonios; no podéis participar de la mesa del Señor, y de la mesa de los demonios... Por lo cual hay muchos enfermos y debilitados entre vosotros, y muchos duermen.” (1ª Corintios 10:14, 20-21; 11:30).

La Palabra de Dios viene con prontitud siempre. Su puntualidad no puede medirse con nuestros valores cronológicos, sino con la eficacia de su propósito. Así pues, el Señor promete venir a pelear con la espada de su boca, a menos que haya arrepentimiento. Y cuando la Palabra del Eterno llega a las vidas sólo hay dos opciones: convicción al corazón dispuesto al arrepentimiento, o confusión y juicio al impenitente.

Versículo 17:

Por tercera vez, la fórmula conclusiva del Señor precede a la promesa de bendición. El vencedor será recompensado con dos galardones más: A Éfeso se le promete el alimento del árbol de la vida (Apocalipsis 2:7); a Esmirna se le promete la corona de la vida (Apocalipsis 2:10); y a Pérgamo se le anuncian dos galardones más de la primera resurrección: “El maná escondido”, y “una piedrecita blanca con un nombre nuevo”.

El maná es el alimento del cielo con que el Señor sostuvo a su pueblo durante el peregrinaje por el desierto, camino de la tierra prometida. Así también, el cristiano fiel recibirá el maná escondido en el mundo venidero, después de haber sido librado de la muerte. Ese alimento es la voluntad perfecta del Señor para nuestras vidas. Esa fue la nutrición de Jesús en los días de la carne en este mundo, y debe ser también nuestro alimento:

“Jesús les dijo: Yo tengo una comida que comer, que vosotros no sabéis. Entonces los discípulos decían unos a otros: ¿Le habrá traído alguien de comer? Jesús les dijo: Mi comida es que haga la voluntad del que me envió, y que acabe su obra.” (Juan 4:32-34).

El segundo galardón es la piedra blanca con un nombre nuevo que sólo conoce quien la recibe. Aquí es muy interesante ir al original griego, donde hallamos el término “psifon”, y que corresponde al castellano “canto rodado”. No podemos entender, al menos uno de los significados de esta figura, a menos que tengamos presente el uso civil de estas piedras en las asambleas griegas, donde se empleaban cantos redondeados, pulidos y pintados de diversos colores, como si fueran papeletas para votar en los concilios y demás organismos. Los jueces votaban con piedras blancas para eximir de culpa, y con piedras negras para condenar. A los atletas vencedores se les entregaban también piedras blancas con sus nombres, las cuales les daban derecho a participar libremente en comidas y banquetes. En este caso, la figura nos sugiere la entrada al gran festejo de la cena de bodas del Cordero. Algunos han visto en esta figura de las piedras blancas una referencia a las piedras preciosas y semi-preciosas del pectoral del Sumo Sacerdote. En cualesquiera de los casos, el emblema señala el libre acceso a la presencia del Señor. El apóstol Pablo usa este mismo término en el relato al rey Agripa de su participación en la persecución de los cristianos, antes de su conversión al Señor:

“Yo ciertamente había creído mi deber hacer muchas cosas contra el nombre de Jesús de Nazaret; lo cual también hice en Jerusalem. Yo encerré en cárceles a muchos de los santos, habiendo recibido poderes de los principales sacerdotes, y cuando los mataron, yo di mi voto.” (Hechos 26:9-10). Literalmente: “Yo di mi piedra”.

La figura de la “piedra blanca” significa, pues, que el Señor nos ha dado su voto. Hemos sido elegidos para ser la Novia del Cordero. El “nombre nuevo” hace referencia a la nueva naturaleza que se nos ha dado al entregar nuestro corazón a Jesucristo, recibéndole como único Señor y Salvador personal, eterno y todo-suficiente. Es una nueva personalidad, fruto de la gracia divina, que ha de crecer y desarrollarse en conformidad con la voluntad del Señor, hasta alcanzar la estatura del varón perfecto. Ese es el nombre nuevo por el que el Señor nos conoce.

Es una figura hermosa de la intimidad personal a la que hemos sido llamados en nuestra relación con el Amado. Esto ya había sido anunciado al profeta Isaías:

“Entonces verán las gentes tu justicia, y todos los reyes tu gloria; y te será puesto un nombre nuevo, que la boca de Jehová nombrará.” (Isaías 62:2).

El “nombre nuevo” habla también de una intimidad profunda y entrañable entre el Señor y los suyos. Nos recuerda el sentido místico de nuestra pertenencia al Señor y de nuestra relación con Él.

CAPÍTULO CUARTO:

EL MENSAJE A TIATIRA: Apocalipsis 2: 18-29:

18. Y escribe al ángel de la iglesia en Tiatira: El Hijo de Dios, el que tiene ojos como llama de fuego, y pies semejantes al bronce bruñido, dice esto:

19. Yo conozco tus obras, y amor, y fe, y servicio, y tu paciencia, y que tus obras prosteras son más que las primeras.

20. Pero tengo unas pocas cosas contra ti: que toleras que esa mujer Jezabel, que se dice profetisa, enseñe y seduzca a mis siervos a fornicar y a comer cosas sacrificadas a los ídolos.

21. Y le he dado tiempo para que se arrepienta, pero no quiere arrepentirse de su fornicación.

22. He aquí, yo la arrojo en cama, y en gran tribulación a los que con ella adulteran, si no se arrepienten de las obras de ella.

23. Y a sus hijos heriré de muerte, y todas las iglesias sabrán que yo soy el que escudriña la mente y el corazón; y os daré a cada uno según vuestras obras.

24. Pero a vosotros y a los demás que están en Tiatira, a cuantos no tienen esa doctrina, y no han conocido lo que ellos llaman las profundidades de Satanás, yo os digo: No os impondré otra carga;

25. Pero lo que tenéis, retenedlo hasta que yo venga.

26. Al que venciere y guardare mis obras hasta el fin, yo le daré autoridad sobre las naciones,

27. y las regirá con vara de hierro, y serán quebradas como vaso de alfarero; como yo también la he recibido de mi Padre;

28. y le daré la estrella de la mañana.

29. El que tiene oído, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias.

Versículo 18:

Tiatira era una próspera ciudad proconsular al sur de Lidia, en Asia Menor, al sureste de Pérgamo, limitando al norte con la frontera de Misia, junto al río Lico. El rey Seleuco Nicátor (301-281 a.C.) La llamó “Tiatira” por colonizarla con población griega. Anteriormente, la ciudad había recibido los nombres de Euhippia y Pelopia. El dios solar Apolo era su divinidad tutelar, y quien recibía adoración junto con el culto al emperador, aunque todavía no contaba con un templo específicamente dedicado al monarca. La ciudad contaba con más agrupaciones gremiales que ninguna otra de Asia Menor. La fama de la urbe y su comarca se debía a su incipiente industria del teñido de los paños. La tintura de púrpura de Tiatira era famosa en toda Asia y muchos lugares del imperio. Lidia, la vendedora de púrpura, convertida en Filipos bajo la predicación del apóstol Pablo, era natural de Tiatira, de lo que también deducimos que en la ciudad existía una colonia judía de cierta importancia.

“Entonces una mujer llamada Lidia, vendedora de púrpura, de la ciudad de Tiatira, que adoraba a Dios, estaba oyendo; y el Señor abrió el corazón de ella para que estuviese atenta a lo que Pablo decía.” (Hechos 16:14).

Jesús resucitado y glorificado aparece con ojos como llama de fuego y pies semejantes al bronce bruñido: Dos figuras que nos hablan del Señor Jesucristo. La primera, la mirada del Verbo encarnado, como llama de fuego capaz de penetrar en lo más profundo del corazón humano; la segunda, sus pies semejantes al bronce bruñido, nos muestra la estabilidad y permanencia de la providencia divina: “Jesucristo es el mismo ayer, y hoy, y por los siglos.” (Hebreos 13:8).

Versículo 19:

Los cristianos de Tiatira se caracterizaban por sus buenas obras: Amor, fe, servicio, paciencia y crecimiento, por cuanto sus obras postreras eran más que sus primeras. Es evidente que las buenas obras de los cristianos son los atributos de Cristo Jesús.

No es suficiente para el cristiano mantener su posición como tal, sino que el propósito divino para nuestras vidas al llamarnos al arrepentimiento y a la fe es que crezcamos y nos desarrollemos. Por eso es que el Señor Jesucristo encomia a los creyente de Tiatira por cuanto sus obras actuales en el seguimiento de Cristo eran mayores que las primeras.

El Evangelio de nuestro Señor Jesucristo no puede darse donde no reina la caridad, el amor, las obras de beneficencia que glorifican al Amado. Tampoco puede darse el fruto del Espíritu donde no reina la paciencia.

Sin embargo, había entre ellos una enfermedad que les amenazaba con la muerte espiritual:

Versículo 20:

Esta tercera enfermedad está relacionada con una mujer llamada Jezabel. Pero vamos a recordar las enfermedades anteriores: La primera es la doctrina de los nicolaítas: La reconciliación de nuestra vida consagrada a Cristo Jesús con la forma de vida de los paganos: el compromiso del Evangelio con los valores del mundo. La segunda es la doctrina de los balaamitas: La seducción a la fornicación, no sólo como acto de inmoralidad sexual, sino como relación íntima con todo cuanto separa de la comunión de los hijos de Dios con el Señor. En este contexto, naturalmente, se refiere en primer lugar al culto imperial. Y esta tercera enfermedad mortal es la doctrina de la reina Jezabel. Aquí no es llamada “reina”, sino “profetisa” (no por serlo, sino que “se dice profetisa”). Y de la misma manera que Balaam aparece como prototipo del falso profeta, Jezabel lo hace desempeñando esa función como mujer. Pero vamos a recordar un poco la historia de esta mujer de carácter maléfico. Jezabel fue una reina idólatra e inmoral. Era hija del rey de Tiro, princesa de Sidón y sacerdotisa del templo de Baal. Se casó con el rey Acab de Israel, quien sucedió a su padre, Omri, hacia el año 875 antes de Cristo, y pronto logró cambiar el culto a Jehová por la adoración a los baales. El dominio de Jezabel sobre su esposo, ciertamente voluble y débil, fue total.

La relación de Jezabel con Elías, Nabot y Jehú ilustran perfectamente el carácter inmoral e

idolátrico de esta sacerdotisa pagana, con quien el rey Acab contrajo matrimonio, desobedeciendo al Señor en su Palabra:

“No emparentarás con ellas (con las naciones paganas); no darás tu hija a su hijo, ni tomarás a su hija para tu hijo. Porque desviará a tu hijo de en pos de mí, y servirán a dioses ajenos; y el furor del Señor se encenderá sobre vosotros, y te destruirá pronto.” (Deuteronomio 7:3-4).

“No os unáis en yugo desigual con los incrédulos; porque ¿qué compañerismo tiene la justicia con la injusticia? ¿Y qué comunión la luz con las tinieblas? ¿Y qué concordia Cristo con Belial? ¿O qué parte el creyente con el incrédulo? ¿Y qué acuerdo hay entre el templo de Dios y los ídolos? Porque vosotros sois el templo del Dios viviente, como Dios dijo: Habitaré y andaré entre ellos, y seré su Dios, y ellos serán mi pueblo. Por lo cual, salid de en medio de ellos, y apartaos, dice el Señor, y no toquéis lo inmundo; y yo os recibiré, y seré para vosotros por Padre, y vosotros me seréis hijos e hijas, dice el Señor Todopoderoso. Así que, amados, puesto que tenemos tales promesas, limpiémonos de toda contaminación de carne y de espíritu, perfeccionando la santidad en el temor de Dios.” (2ª Corintios 6:14-7:1).

“Comenzó a reinar Acab hijo de Omri sobre Israel el año treinta y ocho de Asa rey de Judá. Y reinó Acab hijo de Omri sobre Israel en Samaria veintidós años. Y Acab hijo de Omri hizo lo malo ante los ojos de Jehová, más que todos los que reinaron antes de él. Porque le fue ligera cosa andar en los pecados de Jeroboam hijo de Nabat, y tomó por mujer a Jezabel, hija de Et-baal rey de los sidonios, y fue y sirvió a Baal, y lo adoró. E hizo altar a Baal, en el templo de Baal que él edificó en Samaria. E hizo también Acab una imagen de Asera, haciendo así Acab más que todos los reyes de Israel que reinaron antes que él, para provocar la ira de Jehová Dios de Israel.” (1º Reyes 16:29-33).

“Porque cuando Jezabel destruía a los profetas de Jehová, Abdías tomó a cien profetas y los escondió.” (1º Reyes 18:4).

La principal fuente de información sobre la actuación de Jezabel la hallamos en 1º Reyes 18:19-19:3; 21:1-16. El fin de Jezabel fue dramático. El justo juicio de Dios se cumplió según lo prometido: 2º Reyes 9:30-37. Igualmente dramática fue la muerte de Acab. (Ver 1º Reyes 22:32-40). Después de su muerte, sus hijos Ocozías y Joram le sucedieron y reinaron durante un período de 35 años de miseria y vileza. Además, la influencia de Jezabel penetró profundamente en Judá a través de una de sus hijas: “Y anduvo Joram en el camino de los reyes de Israel, como hizo la casa de Acab, porque una hija de Acab fue su mujer: e hizo lo malo ante los ojos de Jehová.” (2º Reyes 8:18).

La advertencia del Señor Jesucristo a la iglesia en Tiatira nos alcanza a nosotros también: Hemos de cuidar que no penetre el espíritu de Jezabel en nuestro medio.

Versículo 21:

La llamada del Señor es inequívocamente al arrepentimiento. Además, la misericordia del Señor se manifiesta en su paciencia. Él da tiempo para el arrepentimiento:

“Porque grande es hasta los cielos tu misericordia, y hasta las nubes tu verdad.” (Salmo 57:10).

El Señor es muy misericordioso y compasivo; pero, aunque Él concede tiempo para el arrepentimiento, si no nos volvemos de nuestros malos caminos, el juicio divino vendrá sobre los impenitentes. Las enseñanzas de Balaam y de Jezabel no pueden continuar en la Iglesia del Señor durante mucho tiempo, por cuanto siempre conducen a la adoración de los demonios. El nicolaísmo y el balaamismo no son sino formas de satanismo, la abominación por excelencia. Y si no hay arrepentimiento urgentemente, habrá destrucción:

Versículo 22:

El griego “klíne” es “lecho” o “cama” del enfermo, con la que la mujer tiene que reemplazar el lecho de su voluptuosidad. A veces la obstinación impenitente conduce a la enfermedad e incluso a la muerte prematura. El Señor parece estar aquí estableciendo un claro contraste entre la muerte de los mártires, para bendición, y la de los empecinados en no arrepentirse de su pecado. Mientras que los primeros reciben la garantía de poder acceder a la Nueva Jerusalén, los segundos pueden estar seguros de que si rechazan la misericordiosa llamada del Señor al arrepentimiento, terminarán en el lago que arde con fuego y azufre, que es la muerte segunda, de la cual ciertamente no es caparán, y en la cual cesa toda esperanza futura:

“Pero los cobardes e incrédulos, los abominables y homicidas, los fornicarios y hechiceros, los idólatras y todos los mentirosos tendrán su parte en el lago que arde con fuego y azufre, que es la muerte segunda.” (Apocalipsis 21:8).

“No te impacientes a causa de los malignos, ni tengas envidia de los que hacen iniquidad. Porque como hierba serán pronto cortados, y como la hierba verde se secarán... Porque los malignos serán destruidos, pero los que esperan en Jehová, ellos heredarán la tierra. Pues de aquí a poco no existirá el malo; observarás su lugar, y no estará allí. Pero los mansos heredarán la tierra, y se recrearán con abundancia de paz... Mas los impíos perecerán, y los enemigos de Jehová como la grasa de los carneros serán consumidos; se disiparán como el humo... Porque los benditos de él heredarán la tierra; y los malditos de él serán destruidos... Porque Jehová ama la rectitud, y no desampara a sus santos. Para siempre serán guardados; mas la descendencia de los impíos será destruida. Los justos heredarán la tierra, y vivirán para siempre sobre ella... Espera en Jehová, y guarda su camino, y él te exaltará para heredar la tierra; cuando sean destruidos los pecadores, lo verás. Vi yo al impío sumamente enaltecido, y que se extendía como laurel verde. Pero él pasó, y he aquí ya no estaba; lo busqué, y no fue hallado... Mas los transgresores serán todos a una destruidos; la posteridad de los impíos será extinguida.” (Salmo 37:1-2, 10-11, 20, 22, 28-29, 34-36, 38).

“Y no temáis a los que matan el cuerpo, mas el alma no pueden matar; temed más bien a aquel que puede destruir el alma y el cuerpo en el infierno.” (Mateo 10:28).

“Porque he aquí, viene el día ardiente como un horno, y todos los soberbios y todos los que hacen maldad serán estopa; aquel día que vendrá los abrasará, ha dicho Jehová de los ejércitos, y no les dejará ni raíz ni rama.” (Malaquías 4:1).

“Porque todos vosotros sabéis perfectamente que el día del Señor vendrá así como ladrón en la noche; que cuando digan: Paz y seguridad, entonces vendrá sobre ellos destrucción repentina, como los dolores a la mujer encinta, y no escaparán.” (1ª Tesalonicenses 5:2-3).

El Señor Jesucristo resucitado y glorificado es quien escudriña nuestras mentes y corazones con sus ojos como llama de fuego. Nada se escapa a su mirada. El Señor es el único que conoce lo que hay en nuestras conciencias. Y Él no puede ser burlado:

“Fenezca ahora la maldad de los inicuos, mas establece tú al justo; porque el Dios justo prueba la mente y el corazón.” (Salmo 7:9).

“Yo Jehová, que escudriño la mente, que pruebo el corazón, para dar a cada uno según su camino, según el fruto de sus obras.” (Jeremías 17:10).

Versículo 23:

Cuando no hay arrepentimiento puede haber muerte prematura entre los creyentes. Este es un aspecto del alcance de la mesa del Señor que suele pasar inadvertido en muchos círculos cristianos:

“De manera que cualquier comiere este pan o bebiere esta copa del Señor indignamente, será culpado del cuerpo y de la sangre del Señor. Por tanto, pruébese cada uno a sí mismo, y coma así del pan, y beba de la copa. Porque el que come y bebe indignamente, sin discernir el cuerpo del Señor, juicio come y bebe para sí. por lo cual hay muchos enfermos y debilitados entre vosotros, y muchos duermen.” (1ª Corintios 11:27-30).

El Señor escudriña las mentes y los corazones de los hombres. Esta es una prerrogativa divina reivindicada en muchos textos de las Escrituras:

“Y tú, Salomón, hijo mío, reconoce al Dios de tu padre, y sírvele con corazón perfecto y con ánimo voluntarioso; porque Jehová escudriña los corazones de todos, y entiende todo intento de los pensamientos. Si tu le buscares, lo hallarás; mas si lo dejares, él te desechará para siempre.” (1º Crónicas 28:9).

“Fenezca ahora la maldad de los inicuos, mas establece tú al justo; porque el Dios justo prueba la mente y el corazón.” (Salmo 7:9).

“Jehová está en su santo templo; Jehová tiene en el cielo su trono; sus ojos ven, sus párpados examinan a los hijos de los hombres.” (Salmo 11:4).

“Él (Jehová) conoce los secretos del corazón... Oh Jehová, tú me has examinado y conocido. Tú has conocido mi sentarme y mi levantarme; has entendido desde lejos mis pensamientos. Has escudriñado mi andar y mi reposo, y todos mis caminos te son conocidos. Pues aún no está la palabra en mi lengua, y he aquí, oh Jehová, tú la sabes toda.” (Salmo 44:21; 139: 1-4).

“Los ojos de Jehová están en todo lugar, mirando a los malos y a los buenos.” (Proverbios 15:3).

“Pero, oh Jehová de los ejércitos, que juzgas con justicia, que escudriñas la mente y el corazón... Yo Jehová, que escudriño la mente, que pruebo el corazón, para dar a cada uno según su camino, según el fruto de sus obras... Oh Jehová de los ejércitos, que pruebas a los justos, que ves los pensamientos y el corazón, vea yo tu venganza en ellos; porque a ti he encomendado mi causa... Porque tuis ojos están abiertos sobre todos los caminos de los hijos de los hombres.” (Jeremías 11:20; 17:10; 20:12; 32:19).

“Porque la palabra de Dios es viva y eficaz, y más cortante que toda espada de dos filos; y penetra hasta partir el alma y el espíritu, las coyunturas y los tuétanos, y discierne los pensamientos y las intenciones del corazón. Y no hay cosa creada que no seas manifiesta en su presencia; antes bien todas las cosas están desnudas y abiertas a los ojos de aquel a quien tenemos que dar cuenta.” (Hebreos 4:12-13).

La expresión traducida por “mente y corazón”, en este versículo 23 del capítulo 2 de Apocalipsis, es el griego original “nefroùs kai kardías”, y conviene tener presente que “nefroùs” es literalmente “riñón”, y es un hebraísmo que lleva el sentido de “lo más íntimo y profundo del ser humano”, “los secretos más hondos del alma”. En las Escrituras, “los riñones y el corazón” son antropomorfismos para denotar la sede de los sentimientos, afectos y pensamientos del ser humano:

“Pero, oh Jehová de los ejércitos, que juzgas con justicia, que escudriñas la mente y el corazón, vea yo tu venganza en ellos; porque ante ti he expuesto mi causa.” (Jeremías 11:20).

Los “riñones” no han pasado a nuestra cultura occidental, mientras que el “corazón” seguimos usándolo con este significado.

Versículos 24 y 25:

Los no contaminados por las doctrinas de los nicolaítas y los balaamitas -lo que ellos mismos llaman “las profundidades de Satanás”- son instados por el Señor a proseguir adelante, fieles al Señor Jesucristo. No hay ninguna carga más sobre ellos.

Ahora bien, aquí conviene tener presente que esta situación de “satanismo” se produce, no

en un círculo alejado de la iglesia, sino en el seno de la misma comunidad de los creyentes. Recordemos que todo brote de gnosticismo, de afán por llegar a conocer las cosas profundas de Dios por nosotros mismos -mediante filosofías y vanas sutilezas de la especulación carnal- condujo siempre al distanciamiento de la verdad de Dios. No somos nosotros, sino el Santo Espíritu de Dios, quien ilumina nuestras mentes espirituales para que podamos discernir las enseñanzas de las Sagradas Escrituras. Es el Señor quien abre nuestros ojos, no unas prácticas iniciáticas para unos pocos selectos, ocultas para el común de los mortales.

El Señor Jesucristo insta a los no contaminados a perseverar en el amor, la fe, el servicio, la paciencia y el crecimiento en el conocimiento y en la gracia divinas hasta la Segunda Venida de Cristo. La expresión “hasta que yo venga” nos habla de la necesidad de fe y perseverancia como las marcas genuinas de quien ha nacido de nuevo.

Versículos 26-27:

El Señor pronuncia ahora dos recompensas seguras para el vencedor, para el cristiano fiel al Señor y perseverante hasta el fin: “Autoridad sobre las naciones”. Este es el primer galardón para todos los participantes en la primera resurrección: La participación con Cristo en su triunfo y gloria, y en el reinado sobre las naciones de la tierra. En este sentido, muchos eruditos afirman que la promesa comprende la asignación de oficios y dignidades de autoridad en el gobierno del Reino venidero.

El instrumento para el ejercicio de dicha autoridad se denomina “rábdos”, “cetro” y “siderous”, “férreo”, es decir, “vara de hierro”. Esta es la fuerza irresistible del Santo Espíritu de Dios, concedida bajo el discipulado de Jesucristo:

“No con ejército, ni con fuerza, sino con mi Espíritu, ha dicho Jehová de los ejércitos.” (Zacarías 4:6).

Hay aquí una clara alusión al Salmo 2:8-9: “Pídemelo, y te daré por herencia las naciones, y como posesión tuya los confines de la tierra. Los quebrantarás con vara de hierro; como vasija de alfarero los desmenuzarás.” Hay, sin embargo, una ligera transformación del texto del Salmo, pues el sentido de “quebrantar” se define aquí como “regir”, por cuanto el gobierno del Mesías tendrá alcance universal, comenzando por el quebrantamiento de toda oposición, de toda injusticia y explotación, de todos los signos de pecado y muerte.

La “vara de hierro” es el cetro del Señor. No es el cetro ornamental de los reyes absolutistas y despóticos, sino una vara pastoril. El Señor no regirá a la manera de los tiranos, porque Dios es bueno, y para siempre es su misericordia. La alusión al “hierro” hace referencia al carácter de firmeza e inmutabilidad de su dominio.

“El vaso de alfarero” también alude a la fragilidad de los poderes mundiales, y la vulnerabilidad de las potencias de la tierra. Aunque no se dan fechas, todo parece indicar que estos acontecimientos tendrán lugar cuando el Hijo del Hombre venga a juzgar a los

hombres. Entonces será cuando a los redimidos de todos los tiempos se les dará participación en los triunfos del Resucitado.

Esta es la promesa mesiánica de la victoria del Señor sobre todos los enemigos de su pueblo. Y es de esa victoria de la que se nos hace participantes en el seguimiento perseverante del Señor Jesús. Recordamos aquí las palabras profundas de la visión dada por el Señor a su siervo Daniel:

“Pero se sentará el Juez, y le quitarán su dominio para que sea destruido y arruinado hasta el fin, y que el reino, y el dominio y la majestad de los reinos debajo de todo el cielo, sea dado al pueblo de los santos del Altísimo, cuyo reino es reino eterno, y todos los dominios le servirán y obedecerán.” (Daniel 7:26-27).

Versículo 28:

Este es el segundo galardón del Señor para el vencedor: “La estrella de la mañana”. En sentido literal, se trata del planeta Venus, el cual en determinadas épocas del año aparece deslumbrante en el firmamento oriental. El uso de esta ilustración es muy variado: Para hablar del paso de las tinieblas a la luz, como referente de la proximidad de la alborada, como heraldo de la proximidad de los primeros rayos solares. La figura es una clara imagen del resplandor prometido a los fieles perseverantes. Así es como se expresa el Señor en el libro de Daniel:

“Y muchos de los que duermen en el polvo de la tierra serán despertados, unos para vida eterna, y otros para vergüenza y confusión perpetua. Los entendidos resplandecerán como el resplandor del firmamento, y los que enseñan la justicia a la multitud, como las estrellas a perpetua eternidad.” (Daniel 12:2-3).

¿Quiénes son los “entendidos”? El hebreo original dice “hamaskilim”, lo que literalmente podríamos traducir por “los que llevan a cuestras” o “acarrear” el “mashal”, es decir, la “parábola” -no olvidemos que toda la Escritura es entendida en el pensamiento hebreo como la “gran parábola de Dios”- y la emplean como instrumento - “kli”, “instrumento”, de “shem”, el “Nombre del Señor”- para llevar la luz del Señor, su Nombre; es decir, su conocimiento y voluntad, a los demás hombres. Los “entendidos” son quienes discernen el “cuando”; es decir, la circunstancia, el momento propicio para completar la pacificación, la armonización integral - del espíritu, del alma y del cuerpo- que produce el perdón de los pecados y el don de la vida eterna. Esa pacificación es la paz de Dios - “shalom”- que produce la paz con Dios, con el prójimo y con uno mismo. Esa es la paz del Señor que excede a todo conocimiento de la carne, y que es imposible sin la iluminación divina.

Pudiera ser que el bendito Señor Jesucristo estuviera aquí recordando a los creyentes de Tiatira el inmenso contraste entre la esperanza en certidumbre dada a los santos fieles, y la superstición astral de muchos de los habitantes de Tiatira. Tengamos presente que la diosa

Ishtar, identificada como la estrella vespertina, simbolizaba la muerte. Por el contrario, para los discípulos de Jesucristo, el Señor es la “estrella de la mañana”, el emblema de la vida y de la inmortalidad.

Con viene aquí tener en cuenta que la expresión “estrella de la mañana” había sido utilizada como título real por diversos monarcas de la antigüedad, como es el caso del rey de Babilonia, detrás de quien se esconde la figura de Satanás:

“¡Cómo caíste del cielo, oh Lucero, hijo de la mañana! Cortado fuiste por tierra, tú que debilitabas a las naciones. Tú que decías en tu corazón: Subiré al cielo; en lo alto, junto a las estrellas de Dios, levantaré mi trono, y en el monte del testimonio me sentaré, a los lados del norte; sobre las alturas de las nubes subiré, y seré semejante al Altísimo. Mas tú derribado eres hasta el Seol, a los lados del abismo.” (Isaías 14:12-15).

La “estrella de la mañana” es el anuncio de un nuevo día de paz, justicia y libertad. Y nosotros, acomodados en nuestras seguridades y tranquilidades, hemos de realizar un esfuerzo para imaginar lo que este mensaje del Señor significaría para aquellos hermanos nuestros bajo la persecución y el derramamiento de sangre. Igualmente, lo que esta palabra significa hoy para quienes pasan con Cristo Jesús en sus corazones por angustias y persecuciones de parte de los actuales hijos de las tinieblas.

A Éfeso se le concede “comer del árbol de la vida” (Apocalipsis 2:7). A Esmirna se le otorga “la corona de la vida” (Apocalipsis 2:10). A Pérgamo se le da “el maná escondido” (Apocalipsis 2:17). Y a Tiatira, la “estrella de la mañana” (Apocalipsis 2:28).

No olvidemos nunca que un esclavo no puede seguir siendo esclavo cuando hay una estrella que brilla en su corazón:

“Yo -Jesucristo- soy la raíz y el linaje de David, la estrella resplandeciente de la mañana.” (Apocalipsis 22:16).

Ya había sido profetizado en tiempos del Oseas, en un texto corto, claro y conciso, en el que vemos al Dios Eterno revelándose en la encarnación de Jesucristo, y derramándose en la bendita persona del Espíritu Santo:

“Y conoceremos, y proseguiremos en conocer a Jehová; como el alba está dispuesta su salida, y vendrá a nosotros como la lluvia, como la lluvia tardía y temprana a la tierra.” (Oseas 6:3).

“Tenemos también la palabra profética más segura, a la cual hacéis bien en estar atentos como a una antorcha que alumbra en lugar oscuro, hasta que el día esclarezca y el lucero de la mañana salga en vuestros corazones.” (2ª Pedro 1:19).

“La estrella de la mañana” es el propio Señor Jesucristo unido al día de su venida, pues con Él viene la luz, el día grande del Señor. Con Él viene la luz de la gracia y de la gloria en toda

plenitud, para compartirla con los suyos, con los redimidos de todos los tiempos. El resplandor de su gloria será para glorificación de los fieles, y para destrucción de los infieles:

“Y entonces se manifestará aquel inicuo, a quien el Señor matará con el espíritu de su boca, y destruirá con el resplandor de su venida.” (2ª Tesalonicenses 2:8).

Versículo 29:

Al igual que en los tres mensajes anteriores, el Señor concluye instando a los creyentes de Tiatira, y a todos nosotros, a ser dóciles a la voz inequívoca del Amado.

CAPÍTULO QUINTO:

EL MENSAJE A SARDIS: Apocalipsis 3: 1-6:

1. Escribe al ángel de la iglesia en Sardis. El que tiene los siete espíritus de Dios, y las siete estrellas, dice esto: Yo conozco tus obras, que tienes nombre de que vives, y estás muerto.
2. Sé vigilante, y afirma las otras cosas que están para morir, porque no he hallado tus obras perfectas delante de Dios.
3. Acuérdate, pues, de lo que has recibido y oído; y guárdalo, y arrepíentete. Pues si no velas, vendré sobre ti como ladrón, y no sabrás a qué hora vendré sobre ti.
4. Pero tienes unas pocas personas en Sardis que no han manchado sus vestiduras, y andarán conmigo en vestiduras blancas, porque son dignas.
5. El que venciere será vestido de vestiduras blancas, y no borraré su nombre del libro de la vida, y confesaré su nombre delante de mi Padre, y delante de sus ángeles.
6. El que tiene oído, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias.

Versículo 1:

Sardis o Sardes era otra importante ciudad de Asia Menor, antigua capital de Lidia, situada al sureste de Tiatira, a las faldas del monte Tmolus, junto al más fértil de los valles de la región. Sus principales actividades estaban dedicadas al comercio y la incipiente industria. La ciudad había conocido mejores tiempos en su pasado, pero en este momento que nos ocupa, en el siglo primero, conservaba cierta importancia por su industria de la lana. Cinco calzadas romanas atravesaban la urbe, comunicándola con todos los grandes centros de Asia y Galacia. Ya desde la antigüedad más remota, la ciudad había estado vinculada a Persia por una ruta comercial que atravesaba la Anatolia central. Sardis había sido conquistada por diversos imperios: El reino lidio, cuyo final aconteció con Cresos (561-546 a.C.), el imperio persa, con Ciro II (546 a.C.), y la revuelta de los jonios (498 a.C.). Sabemos que en el año 17 después de Cristo la ciudad había sufrido grandes desperfectos por causa de un fuerte terremoto. Sin embargo, y gracias a las grandes donaciones que el emperador Tiberio había destinado a su reconstrucción, ésta había recuperado parte de su antigua belleza en muy breve tiempo. Sin embargo, todo parece indicar que el esplendor de la ciudad durante el período romano nunca llegó a alcanzar el nivel que tuvo en los siglos anteriores. Aquel favor imperial había promovido muchísimo el culto al emperador. El templo erigido en honor a Tiberio era un claro intento por emular la inmensa obra realizada por las autoridades y el pueblo de Esmirna, con quienes los lidios permanecían en constante competencia. También contaba con un famoso templo consagrado a la diosa Cibele, construido unos trescientos años después del templo de Jerusalem.

Cuando Juan escribe Apocalipsis, la ciudad de Sardis era famosa por su inmenso templo dedicado a Artemisa, dotado de 78 columnas jónicas de gran belleza. Su construcción, sobre el lugar que anteriormente ocupara un templo del siglo VI a.C., había comenzado en los días de Alejandro Magno, pero nunca fue terminado. En 1962, los arqueólogos hallaron una sinagoga del III d.C., cuyas dimensiones prueban que la colonia judía de la ciudad debía ser

de bastante importancia.

La iglesia naciente no floreció tan rápidamente en Sardis como lo hiciera en otras urbes de Asia Menor. Algunas autoridades creen que fue la primera iglesia fundada por el apóstol Juan, y también la primera sobre la que cayó el juicio del Señor ante su impenitencia.

En el mensaje a Sardis, el Señor Jesús se presenta como el que posee los “siete espíritus de Dios”. En el capítulo uno de Apocalipsis, los siete espíritus de Dios están ante el trono divino:

“Juan, a las siete iglesias que están en Asia: Gracia y paz a vosotros, del que es y que era y que ha de venir, y de los siete espíritus que están delante de su trono.” (Apocalipsis 1:4).

La misma situación se describe más adelante en este mismo escrito de la pluma de San Juan:

“Y del trono salían relámpagos y truenos y voces; y delante del trono ardían siete lámparas de fuego, las cuales son los siete espíritus de Dios.” (Apocalipsis 4:5).

“El que es y que era y que ha de venir” es una de las más claras confirmaciones escriturales de la plena divinidad de nuestro Señor Jesucristo. La expresión griega concuerda perfectamente con lo que hallamos en la revelación de Dios a Moisés, cuyo registro hallamos en el libro del Éxodo:

“Y respondió Dios a Moisés: YO SOY EL QUE SOY. Y dijo: Así dirás a los hijos de Israel: YO SOY me envió a vosotros. Además dijo Dios a Moisés: Así dirás a los hijos de Israel: Jehová, el Dios de vuestros padres, el Dios de Abraham, Dios de Isaac y Dios de Jacob, me ha enviado a vosotros. Este es mi nombre para siempre, con él se me recordará por todos los siglos.” (Éxodo 3:14-15).

Este sentido del que “es por excelencia, y que será siempre”, es lo que los targumim, las traducciones del hebreo al arameo, de las que se habla en la Biblia, en el libro de Esdras 4:7, vierten como “Yo soy el que es y el que era y el que será, y no hay ningún otro Dios aparte de mí.” Esta paráfrasis aparece en muchas otras fuentes rabínicas. Nos permite conocer el sentido que se daba a la Escritura. Y, naturalmente, eso es lo que se nos dice también en el Nuevo Testamento, afirmando la divinidad de Jesucristo, en un texto de pristina claridad, como es el caso de Hebreos 13:8: “Jesucristo es el mismo ayer, y hoy, y por los siglos.” Sólo Dios posee inmutabilidad. Su naturaleza y su carácter son eternos. Afirmar esto de Jesucristo es declarar el misterio de su divinidad.

“Yo soy el Alfa y la Omega, principio y fin, dice el Señor, el que es y que era y que ha de venir, el Todopoderoso.” (Apocalipsis 1:8).

Este mismo título aparece en Apocalipsis 21:6: “Y me dijo: Hecho está. Yo soy el Alfa y la Omega, el principio y el fin. Al que tuviere sed, yo le daré gratuitamente de la fuente del

agua de la vida.”. Luego vuelve a aparecer en Apocalipsis 22:13, donde no hay ninguna duda de que es el Señor Jesucristo quien se presenta con este título: “He aquí yo vengo pronto, y mi galardón conmigo, para recompensar a cada uno conforme sea su obra. Y soy el Alfa y la Omega, el principio y el fin, el primero y el último.” (Apocalipsis 22:12-13).

El que habla en Apocalipsis es Cristo Jesús, el mismo que lo hace en el texto del profeta Isaías:

“Así dice Jehová Rey de Israel, y su Redentor, Jehová de los ejércitos. Yo soy el primero, y yo soy el postrero, y fuera de mí no hay Dios.” (Isaías 44:6).

Ahora bien, ¿quiénes son estos siete espíritus? Evidentemente, están relacionados con las siete estrellas y con los siete candeleros de oro. También con los siete ojos del Cordero:

“Y miré, y vi que en medio del trono y de los cuatro seres vivientes, y en medio de los ancianos, estaba en pie un Cordero como inmolado, que tenía siete cuernos, y siete ojos, los cuales son los siete espíritus de Dios enviados por toda la tierra.” (Apocalipsis 5:6).

Más adelante, en Apocalipsis 8:2, los siete espíritus se convierten en siete ángeles: “Y vi a los siete ángeles que estaban en pie ante Dios, y se les dieron siete trompetas.” Esto pudiera estar relacionado con el texto del profeta Ezequiel en el que aparecen los siete mensajeros de Dios, y entre los cuales -entiéndase “en medio de los cuales”- está el varón vestido de lino que los sabios de Israel siempre identificaron con el Mesías:

“Y he aquí que seis varones venían del camino de la puerta de arriba que mira hacia el norte, y cada uno traía en su mano su instrumento para destruir. Y entre ellos había un varón vestido de lino, el cual traía a su cintura un tintero de escribano; y entrados, se pararon junto al altar de bronce.” (Ezequiel 9:2).

“El que tiene los siete espíritus” es un hebraísmo para decirnos que en Cristo Jesús reside la plenitud divina: “Porque en él (en Jesucristo) habita corporalmente toda la plenitud de La Deidad.” (Colosenses 2:9).

Cristo Jesús es el Señor de la Gloria. Él conoce las obras de sus hijos. Esta declaración la hace el Señor a cada una de las siete iglesias de Asia Menor: Éfeso: 2:2; Esmirna: 2:9; Pérgamo: 2:13; Tiatira: 2:19; Sardis: 3:1; Filadelfia: 3:8; y Laodicea: 3:15.

La iglesia de Sardis tenía nombre, reputación, pero el Santo Espíritu estaba ausente. Los cristianos de esta iglesia son descritos como “muertos”, “dormidos”, pues sus obras no son halladas perfectas. No obstante, esta triste descripción del estado de esta iglesia no es de alcance total. Jesús habla aquí de la generalidad de los creyentes, puesto que en Sardis había quienes no eran meros profesantes, sino verdaderos cristianos -“unos pocos”- que vivían en santidad, como se desprende del versículo 4, donde se nos dice que unas pocas personas en Sardis no habían manchado sus vestiduras.

Hay dos elementos curiosos en el mensaje del Señor Jesucristo a esta iglesia. El primero es que a diferencia de los demás, en los que el Señor comienza alabando a la iglesia por algún aspecto encomiable de su ministerio, para después pasar a amonestar y corregir, en este caso, al igual que en el mensaje a Laodicea, el Señor inicia su epístola reprobando a la iglesia con términos muy severos. El segundo elemento es el hecho de que el Amado no da una descripción detallada del pecado de esta congregación. A diferencia de Éfeso y Tiatira, al ángel de la iglesia en Sardis no se le menciona ninguna desviación o corrupción de la sana doctrina. Todo parece indicar, pues, que Sardis es la iglesia que representa la frialdad y el sopor, la hipocresía y la decadencia. Su doctrina puede que fuese ortodoxa, pero sólo descansaba sobre el papel.

Versículo 2:

La llamada del Señor es a despertar para poner en práctica las instrucciones que el Señor ya les había dado. Ser “vigilantes” significa volver a estar en vigilia, a despertar, a dejar de estar adormecidos por el sopor del mundo y su sistema de valores, por la auto-complacencia o la pereza. Sólo estando despiertos podemos estar atentos a la Palabra de Dios, a la voz del Espíritu Santo, en oración y auto-examen.

“Por tanto, pruébese cada uno así mismo... Si, pues, nos examinásemos a nosotros mismos, no seríamos juzgados...”. (1ª Corintios 11:28, 31).

Sólo estando despiertos no seremos sorprendidos por el Señor como ladrón en la noche. Tengamos presente que las iglesias de orientación humana substituyen la Escritura, la oración y la adoración por el activismo. Por eso tienen nombre de estar vivas, pero están espiritualmente muertas.

En este sentido, algunos estudiosos creen ver en la exhortación del Señor a “ser vigilante” una referencia a la posición física de la ciudadela de Sardis, emplazada sobre una elevada colina, lo que la convertía en una plaza inespugnable. Sin embargo, en dos ocasiones, concretamente en los años 549 y 218 antes de Cristo, había sido conquistada por sus enemigos por haber sido negligentes en cuanto a su vigilancia.

Sin embargo, siempre hay un remanente fiel, como veremos más adelante en nuestra estudio. Aquí conviene tener en cuenta el significado de la palabra “Sardis”, que es, precisamente, “restante”, “resto”, “remanente”.

Versículo 3:

De nuevo la llamada del Señor es al arrepentimiento, entendido aquí como un despertar del sueño, del sopor de la fría indiferencia. Es el imperativo a la vigilancia, a mantenerse alerta. Y este arrepentimiento tiene que acontecer pronto, antes de la venida del Señor:

“Pero sabed esto, que si el padre de familia supiese a qué hora el ladrón habría de venir,

velaría, y no dejaría minar su casa. Por tanto, también vosotros estad preparados; porque el Hijo del Hombre vendrá a la hora que no pensáis.” (Mateo 24:43-44).

“He aquí, yo vengo como ladrón. Bienaventurado el que vela, y guarda sus ropas, para que no ande desnudo, y vean su vergüenza.” (Apocalipsis 16:15).

“Lo que has recibido y oído” es una expresión que quedaría profundamente grabada en el corazón del apóstol Juan: “Lo que era desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que hemos contemplado, y palparon nuestras manos tocante al Verbo de vida (porque la vida fue manifestada, y la hemos visto, y testificamos, y os anunciamos la vida eterna, la cual estaba con el Padre, y se nos manifestó); lo que hemos visto y oído, eso os anunciamos, para que también vosotros tengáis comunión con nosotros; y nuestra comunión verdaderamente es con el Padre, y con su Hijo Jesucristo.” (1ª Juan 1: 1-3).

Versículo 4:

Sin embargo, no todos los creyentes de Sardis habían caído en la contaminación del pecado. En Sardis había un remanente fiel. Pero el remanente, el resto no contaminado, nunca es grande:

“No temáis, manada pequeña, porque a vuestro Padre le ha placido daros el reino.” (Lucas 12:32).

“Y todo aquel que invocare el nombre de Jehová será salvo; porque en el monte de Sión y en Jerusalem habrá salvación, como ha dicho Jehová, y entre el remanente al cual él habrá llamado.” (Joel 2:32).

Toda la Biblia da testimonio de que el remanente, y sólo el remanente fiel, es sensible a la voz del Señor. Recordemos cuando Jesús vino al mundo, y fue llevado por José y María al templo de Jerusalem para ser presentado al Señor, los escribas estaban ocupados en sus cuestiones legales, los sacerdotes en sus sacrificios y demás funciones sacerdotales, y cientos de estudiantes aprendían a los pies de los grandes sabios de Israel. La actividad del templo era impresionante. La religiosidad era espléndida. Sin embargo, la presencia del Señor Jesús les pasó completamente inadvertida a todos. Sólo dos representantes del remanente sintieron la llamada del Eterno. Los demás eran religiosos, celosos por la religión de Israel, estrictos cumplidores de la Ley del Señor, meticulosos en su estudio, en el cumplimiento de los preceptos. No podemos decir nada malo de ellos. No obstante, no tuvieron la sensibilidad de estos dos personajes sencillos, desapercibidos, carentes de brillo a los ojos de los hombres. Ellos dos son dos claras ilustraciones prácticas de la diferencia existente entre el activismo religioso y la unción. El primero es de los hombres, de factura carnal, por lícita y bien intencionada que sea; la segunda -la unción del Santo- es de Dios, de factura celestial, de simiente incorruptible:

“Cumplidos los ocho días para circuncidar al niño, le pusieron por nombre JESÚS, el cual le había sido puesto por el ángel, antes que fuese concebido. Y cuando se cumplieron los días de la purificación de ellos, conforme a la ley de Moisés, le trajeron a Jerusalem para presentarle al Señor (como está escrito en la ley del Señor: Todo varón que abriere la matriz será llamado santo al Señor), y para ofrecer conforme a lo que se dice en la ley del Señor. Un par de tórtolas, o dos palominos. Y he aquí había en Jerusalem un hombre llamado Simeón, y este hombre, justo y piadoso, esperaba la consolación de Israel; y el Espíritu Santo estaba sobre él. Y le había sido revelado por el Espíritu Santo, que no vería la muerte antes que viese al Ungido del Señor. Y movido por el Espíritu, vino al templo. Y cuando los padres del niño Jesús lo trajeron al templo, para hacer por él conforme al rito de la ley, él le tomó en sus brazos, y bendijo a Dios, diciendo:

Ahora, Señor, despides a tu siervo en paz, conforme a tu palabra; porque han visto mis ojos tu salvación, la cual has preparado en presencia de todos los pueblos; luz para revelación a los gentiles, y gloria de tu pueblo Israel. Y José y su madre estaban maravillados de todo lo que se decía de él. Y los bendijo Simeón, y dijo a su madre María: He aquí, éste está puesto para caída y para levantamiento de muchos en Israel, y para señal que será contradicha. (y una espada traspasará tu misma alma), para que sean revelados los pensamientos de muchos corazones. Estaba también allí Ana, profetisa, hija de Fanuel, de la tribu de Aser, de edad muy avanzada, pues había vivido con su marido siete años desde su virginidad, era viuda hacía ochenta y cuatro años; y no se apartaba del templo, sirviendo de noche y de día con ayunos y oraciones. Esta, presentándose en la misma hora, daba gracias a Dios, y hablaba del niño a todos los que esperaban la redención en Jerusalem.” (Lucas 2:21-38).

El remanente esperaba y espera la consolación y la redención del pueblo de nuestro Dios. El remanente fiel siempre espera. Es el pueblo de la esperanza. Y el Señor bendito afirma y subraya el conocimiento personal que tiene de todos y cada uno de los suyos mediante una sutileza en este mensaje, que puede pasar fácilmente inadvertida, a menos que vayamos al texto original, donde en lugar de decir “unas pocas personas”, se expresa literalmente “unos pocos nombres” (griego “olíga onomata”). Naturalmente, el sentido de “nombres” es de “personas”, pero la utilización del término “nombres” nos habla de un conocimiento muy personalizado. “Conocer por nombre” es un hebraísmo que sugiere siempre una relación personal e íntima.

Versículo 5:

El vencedor caminará vestido de “vestiduras blancas”. Y aquí resuenan las palabras que hallamos en el libro del profeta Daniel: “Muchos serán limpios, y emblanquecidos y purificados; los impíos procederán impiamente; y ninguno de los impíos entenderá, pero los entendidos comprenderán.” (Daniel 12:10).

Esta es la promesa para cuantos pasen fielmente por la tribulación de la persecución. El tiempo de prueba será el telar en el que se teja la vestidura blanca de los vencedores. En el lenguaje apocalíptico el color blanco es el símbolo de la justicia y de la inmortalidad. La

vestidura blanca es el cuerpo nuevo, regenerado, de la primera resurrección. Los vestidos blancos son la vida que absorbe a la muerte:

“Porque asimismo los que estamos en este tabernáculo gemimos con angustia; porque no quisiéramos ser desnudados, sino revestidos, para que lo mortal sea absorbido por la vida.” (2ª Corintios 5:4).

“Porque es necesario que esto corruptible se vista de incorrupción, y esto mortal se vista de inmortalidad. Y cuando esto corruptible se haya vestido de incorrupción, y esto mortal se haya vestido de inmortalidad, entonces se cumplirá la palabra que está escrita: Sorbida es la muerte en victoria.” (1ª Corintios 15:53-54).

“Y se les dieron vestiduras blancas, y se les dijo que descansasen todavía un poco de tiempo, hasta que se completara el número de sus consiervos y sus hermanos.” (Apocalipsis 6:11).

“Gocémonos y alegrémonos y démosle gloria; porque han llegado las bodas del Cordero, y su esposa se ha preparado. Y a ella se le ha concedido que se vista de lino fino, limpio y resplandeciente; porque el lino fino es las acciones justas de los santos.” (Apocalipsis 19:7-8).

“En gran manera me gozaré en Jehová, mi alma se alegrará en mi Dios; porque me vistió con vestiduras de salvación, me rodeó de manto de justicia, como a novio me atavió, y como a novia adornada con sus joyas.” (Isaías 61:10).

Las vestiduras blancas son siempre símbolo de victoria y pureza, relacionadas con la vida resucitada y triunfante.

“El libro de la vida” es otra preciosa figura ya anunciada en las páginas del Antiguo Testamento:

“Mi embrión vieron tus ojos, y en tu libro estaban escritas todas aquellas cosas que fueron luego formadas, sin faltar una de ellas.” (Salmo 139:16).

“Entonces volvió Moisés a Jehová, y dijo: Te ruego, pues este pueblo ha cometido un gran pecado, porque se hicieron dioses de oro, que perdones ahora su pecado, y si no, ráeme ahora de tu libro que has escrito.” (Éxodo 32:32).

“En aquel tiempo se levantará Miguel, el gran príncipe que está de parte de los hijos de tu pueblo; y será tiempo de angustia, cual nunca fue desde que hubo gente hasta entonces; pero en aquel tiempo será libertado tu pueblo, todos los que se hallen escritos en el libro.” (Daniel 12:1).

El Señor Jesús había hablado ya del libro de la vida a los setenta durante su ministerio terrenal:

“He aquí os doy potestad de hollar serpientes y escorpiones, y sobre toda fuerza del enemigo, y nada os dañará. Pero no os regocijéis de que los espíritus se os sujetan, sino regocijaos de que vuestros nombres están escritos en los cielos.” (Lucas 10:19-20).

La enseñanza del registro de los nombres de los redimidos en los cielos había pasado en Israel de la Escritura a la tradición, según se desprende de los textos del Salmo 69:28: “Sean raídos del libro de los vivientes, y no sean escritos entre los justos”, y del tratado talmúdico “Rosh Hashaná” (1:49), donde se recoge que los nombres de los justos están escritos para memoria de sus hechos, así como de los injustos e indecisos. El testimonio neotestamentario al respecto es muy amplio:

“Asimismo te ruego también a ti, compañero fiel, que ayudes a éstas que combatieron juntamente conmigo en el evangelio, con Clemente también y los demás colaboradores míos, cuyos nombres están en el libro de la vida.” (Filipenses 4:3).

“No entrará en ella (la Nueva Jerusalem) ninguna cosa inmunda, o que hace abominación y mentira, sino solamente los que están inscritos en el libro de la vida del Cordero.” (Apocalipsis 21:27).

El Señor Jesús promete confesar el nombre de quienes le confiesen delante de los hombres: “A cualquiera, pues, que me confiese delante de los hombres, yo también le confesaré delante de mi Padre que está en los cielos. Y a cualquiera que me niegue delante de los hombres, yo también le negaré delante de mi Padre que está en los cielos.” (Mateo 10:32-33). (Ver también Lucas 12:8).

“No borraré su nombre del libro de la vida” es la garantía absoluta que el Señor Jesucristo nos da respecto a la inscripción de nuestros nombres en el registro de la memoria del Altísimo. Allí se encontrarán en el Gran Día de Dios, y por toda la eternidad, por cuanto nadie puede acceder a ese libro, excepto aquel que lo guarda. La seguridad de nuestra salvación es firme. Este es nuestro mayor honor. La inscripción de nuestros nombres en otros registros, por brillantes en dignidad que puedan ser a los ojos de los hombres, palidece en comparación con el hecho de saber que Dios nos conoce personalmente, y que guardará memoria de nosotros por los siglos de los siglos. Podemos imaginar el gran consuelo de estas palabras de nuestro bendito Señor y Salvador para aquellos cristianos de las iglesias de Asia Menor, perseguidos y martirizados por no someterse al culto imperial. Esta promesa del Señor debió levantar el corazón de muchos discípulos, confrontados con la alternativa de confesar “¡César es el Señor!” para no perder la vida, fortaleciéndoles para confesar valientemente “¡Cristo es el Señor!”, y ser fieles hasta la muerte.

Versículo 6:

El mensaje a Sardis también concluye con la exhortación del Señor a prestar atención a la voz del Santo Espíritu.

CAPÍTULO SEXTO:**EL MENSAJE A FILADELFIA: Apocalipsis 3:7-13:**

7. Escribe al ángel de la iglesia en Filadelfia: Esto dice el Santo, el Verdadero, el que tiene la llave de David, el que abre y ninguno cierra, y cierra y ninguno abre.
8. Yo conozco tus obras; he aquí, he puesto delante de ti una puerta abierta, la cual nadie puede cerrar; porque aunque tienes poca fuerza, has guardado mi palabra, y no has negado mi nombre.
9. He aquí, yo entrego de la sinagoga de Satanás a los que se dicen ser judíos y no lo son, sino que mienten; he aquí, yo haré que vengan y se postren a tus pies, y reconozcan que yo te he amado.
10. Por cuanto has guardado la palabra de mi paciencia, yo también te guardaré de la hora de la prueba que ha de venir sobre el mundo entero, para probar a los que moran sobre la tierra.
11. He aquí, yo vengo pronto; retén lo que tienes, para que ninguno tome tu corona.
12. Al que venciere, yo lo haré columna en el templo de mi Dios, y nunca más saldrá de allí, y escribiré sobre él el nombre de mi Dios, y el nombre de la ciudad de mi Dios, la nueva Jerusalem, la cual descende del cielo, de mi Dios, y mi nombre nuevo.
13. El que tiene oído, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias.”

Versículo 7:

Filadelfia era, de estas siete ciudades de Asia Menor, la de menos importancia. Situada en la planicie de Hermos, sobre cuatro colinas, junto al río Kogamos, afluente del Hermos, en la provincia de Lidia, pertenecía, sin embargo, administrativamente al distrito de Sardis. Situada junto a la calzada real de Roma que cruzaba Troas y conducía hacia el este por Frigia, su ubicación en la ruta comercial le resultaba de gran beneficio para sus exportaciones. Su nombre anterior fue Kallatebos. Ciro el Grande la conquistó. Después, sería poblada por una colonia de macedonios, durante el reinado de Átalo II Filadelfo, de Pérgamo, en el siglo segundo antes de Cristo, de cuyo monarca tomó su nuevo nombre. Desde el punto de vista cultural y religioso, no parece haber habido en ella nada que le hiciera merecedora de ninguna mención especial. Los historiadores hablan de esta urbe de Lidia como de un centro comercial destacado por la producción y exportación de vino. Esto explicaría que su dios protector fuera, lógicamente, Dionisio. Los viñedos estaban sobre rico suelo volcánico, en los llanos alrededor de la urbe. La ciudad fue fundada como parte del programa helenista de expansión de la lengua y cultura griegas. Esto la convierte en un centro de población mucho más joven que los otros seis.

Filadelfia también sufrió bastantes daños durante el gran terremoto del año 17 después de Cristo. Estrabón visitó la ciudad tres años después del terremoto, y da cuenta del estado de ruina y desolación en que se hallaba. Sin embargo, sería ayudada en su reconstrucción, al igual que Sardis, por las generosas aportaciones de Tiberio. La gratitud de las autoridades y el pueblo se demostró en este caso con el cambio de nombre de la ciudad, que dejó de

llamarse Filadelfia para auto-designarse “Neo-Cesárea”. Sin embargo, su denominación original le sería devuelta algunos años después, durante el cruel reinado de Nerón. En el año 133 a.C., la ciudad había pasado a formar parte del dominio romano, junto con las tierras de sus alrededores. Un contingente importante de la población de Filadelfia vivía en las zonas agrícolas circundantes por causa del temor a los terremotos.

Los problemas de esta iglesia no parecen haber tenido su origen en la política del culto imperial, sino más bien su conflicto puede haber sido con la colonia judía.

En este mensaje hay, pues, un contraste implícito entre la falta de importancia de la ciudad y la ausencia de palabras de amonestación hacia esta iglesia por parte del Señor. En este sentido el mensaje a Filadelfia se asemeja al de Esmirna, ya que en ambos casos el Cristo glorificado no tiene para ellas ninguna palabra de censura, sino, antes bien, expresiones de encomio y ánimo. Filadelfia no era una iglesia en la que había algunos cristianos, sino una iglesia cristiana.

Filadelfia significa “amor fraterno”. Y las primeras palabras con que el Señor Jesucristo se presenta ante Juan son “El Santo” y “El Verdadero”. Aquí hallamos otra declaración inequívoca de la divinidad de nuestro Señor Jesucristo, por cuanto “El Santo” y “El Verdadero” son títulos escriturales reservados única y exclusivamente para Dios. Pero también vemos aquí que la santidad y la verdad son los atributos divinos para nuestra santificación, y nuestra santificación está íntimamente relacionada con la Palabra de Dios:

“Santificalos en tu verdad; tu palabra es verdad.” (Juan 17:17).

“Si sabéis que él es justo, sabéis también que todo el que hace justicia es nacido de él.” (1ª Juan 2:29).

“Hijos, nadie os engañe; el que hace justicia es justo, como él es justo. El que practica el pecado es del diablo; porque el diablo peca desde el principio. Para esto apareció el Hijo de Dios, para deshacer las obras del diablo.” (1ª Juan 3:7-8).

El segundo elemento en la presentación del Señor es “el que tiene la llave de David, el que abre y ninguno cierra, y cierra y ninguno abre.” El Señor está citando su propia palabra en el libro del profeta Isaías:

“Y pondré la llave de la casa de David en su hombro; y abrirá, y nadie cerrará; cerrará, y nadie abrirá.” (Isaías 22:22).

En el contexto de Isaías, se trata de una profecía sobre el siervo de Dios Eliaquim, hijo de Hilcías, a quien se le promete el cargo de gobernador o mayordomo real de Jerusalem. (Ver Isaías 22:20). Por lo tanto, en el contexto histórico, la “llave de David” es el símbolo de la autoridad necesaria para el desempeño de tal función de gobierno. Sin embargo, en este caso como en tantos otros, vemos que este acontecimiento histórico del pueblo de Israel, tiene un

cumplimiento posterior de naturaleza mesiánica y de alcance escatológico. Eliaquim es un tipo de Cristo. Pero Jesús, como hijo mesiánico de David, es quien tiene la verdadera llave para abrir y cerrar la Nueva Jerusalem, la ciudad celestial. Podemos comparar esta figura con la de las llaves de la muerte y del Hades: “No temas; yo soy el primero y el último; y el que vivo, y estuvo muerto; mas he aquí que vivo por los siglos de los siglos, amén. Y tengo las llaves de la muerte y del Hades.” (Apocalipsis 1:17-18).

En el curso de la historia del pueblo de Dios, muchos fueron los que recibieron “llaves” de autoridad. Recordemos también el momento en que el Señor Jesucristo le dio las llaves al apóstol Pedro para la apertura al Evangelio de judíos y gentiles:

“Y a ti te daré las llaves del reino de los cielos; y todo lo que atares en la tierra será atado en los cielos; y todo lo que desatares en la tierra será desatado en los cielos.” (Mateo 16:19).

La pretendida autoridad absoluta otorgada a Pedro carece de fundamento bíblico, y mucho menos a una línea de sucesión monárquica al estilo de los paganos y de los reyes paganizados de Israel y Judá. Conviene aquí, por tanto, considerar varios factores de suma importancia para nuestro entendimiento, tanto del significado de “las llaves” como de los términos “atar” y “desatar”. Primeramente, recordemos que el apóstol Pablo declara que Jesús es el único cimiento de la Iglesia: “Porque nadie puede poner otro fundamento que el que está puesto, el cual es Jesucristo.” (1ª Corintios 3:11).

Después, en la Carta de Pablo a los Efesios, los apóstoles y profetas aparecen como los cimientos o piedras fundacionales de la Iglesia, y Jesucristo como la piedra angular del edificio: “Así que ya no sois extranjeros ni advenedizos, sino conciudadanos de los santos, y miembros de la familia de Dios, edificados sobre le fundamento de los apóstoles, siendo la principal piedra del ángulo Jesucristo mismo.” (Efesios 2:19-20).

En el lenguaje rabínico de la época, “atar” y “desatar” significaba declarar ciertas acciones prohibidas o permitidas. Con el paso del tiempo, la cristiandad post-apostólica, helenizada y abismalmente distanciada de sus raíces judías, comenzó a desarrollar ideas extrañas al sentido original del texto, aplicándolo al perdón de los pecados. El poder de las “llaves” es una metáfora y símbolo de autoridad que corresponde a una potestad puntual que Jesucristo concede, pero que, naturalmente, no es nada más que una sombra de la autoridad del Señor Todopoderoso. Sólo Cristo tiene la llave del Reino de Dios. Sólo Él puede abrir y cerrar, atar y desatar, perdonar y retener los pecados.

Versículo 8:

Como podemos comprobar, las palabras del Señor a los cristianos de Filadelfia no tienen la severidad que para otras iglesias. El Señor conoce las obras de los filadelfos, y aunque eran débiles respecto a los poderes del mundo, no habían negado el Nombre del Señor, y habían guardado su Palabra. Por eso el Señor mantenía abierta una puerta que nadie podía cerrar. La puerta de la Jerusalem Nueva estaba abierta, franca, para aquellos cristianos sencillos,

humildes y débiles. No negar el Nombre del Señor y guardar su Palabra es la “puerta abierta”. Olvidar la trascendencia de estas actitudes es cerrarnos nosotros mismos la puerta de bendición. Los creyentes de Filadelfia no se habían cerrado la puerta, incluso en medio de durísimas pruebas, persecuciones y tribulaciones.

Las referencias a la “puerta abierta” son varias en las Sagradas Escrituras. Veamos algunos ejemplos:

“Y habiendo llegado, y reunido a la iglesia, refirieron (Pablo y Bernabé) cuán grandes cosas había hecho Dios con ellos, y cómo había abierto la puerta de la fe a los gentiles.” (Hechos 14:27).

“Pero estaré (Pablo) en Éfeso hasta Pentecostés; porque se me ha abierto puerta grande y eficaz, y muchos son los adversarios.” (1ª Corintios 16:8-9).

“Cuando llegué a Troas (Pablo) para predicar el evangelio de Cristo, aunque se me abrió puerta en el Señor, no tuve reposo en mi espíritu, por no haber hallado a mi hermano Tito; así, despidiéndome de ellos, partí para Macedonia.” (2ª Corintios 2:12-13).

“Perseverad en la oración, velando en ella con acción de gracias; orando también al mismo tiempo por nosotros, para que el Señor nos abra puerta para la palabra, a fin de dar a conocer el misterio de Cristo, por el cual también estoy preso, para que lo manifieste como debo hablar.” (Colosenses 4:2-4).

La “puerta abierta” es una figura que sugiere los más ilimitados privilegios para una iglesia consagrada al Señor y a la proclamación del Evangelio de Jesucristo. El templo de la salvación estaba abierto ante ellos, sin impedimentos, por cuanto no hay fuerza en el universo capaz de cerrar lo que Dios abre.

La “poca fuerza” puede ser una referencia a la pequeñez numérica de la iglesia en Filadelfia, o bien a su escasez de vigor. Sin embargo, el Señor ve en ellos las evidencias de la fe genuina: Habían guardado la palabra del Señor, y no habían negado su nombre. Recordemos que cuando los cristianos eran conducidos ante los magistrados del imperio romano, se les instaba a renunciar públicamente al nombre de Jesucristo. Por el siguiente versículo (v. 9), puede deducirse que quienes les habían denunciado e instado a renunciar al Señor habían sido aquellos que profesaban ser judíos, pero con sus actos demostraban no serlo, sino hombres dirigidos por el espíritu de Satanás.

Versículo 9:

Encontramos aquí de nuevo la mención de Apocalipsis 2:9 a los “judíos que no lo son” y a “la sinagoga de Satanás”, en el mensaje a la iglesia de Esmirna. Jesús está confirmando aquí una vez más que los verdaderos “judíos”, miembros del pueblo de Dios, son los descendientes espirituales de Abraham, y no los judíos según la carne:

“Porque no todos los que descienden de Israel son israelitas, ni por ser descendientes de Abraham, son todos hijos...Esto es: no los que son hijos según la carne son los hijos de Dios, sino que los que son hijos según la promesa son contados como descendientes.” (Romanos 9:6-8).

“Sabed, por tanto, que los que son de fe, éstos son hijos de Abraham... Pues todos sois hijos de Dios por la fe en Cristo Jesús.” (Gálatas 3:7, 26).

Pretender ser parte del pueblo de Dios, sin serlo, es un pecado muy grave. Suplantar al pueblo del Señor es algo que desagrade profundamente a Dios. Perseguir y maltratar al pueblo hebreo es un pecado que no quedará impune. Un día los falsos miembros del pueblo del Señor tendrán que postrarse (es el griego “proskunésousin”, futuro del verbo “proskunéo”, que es “adorar arrodillándose”) a los pies del Bendito:

“Reyes serán tus ayos, y sus reinas tus nodrizas; con el rostro inclinado a tierra te adorarán, y lamerán el polvo de tus pies; y conocerás que yo soy Jehová, que no se avergonzarán los que esperan en mí.” (Isaías 49:23).

“Y vendrán a ti humillados los hijos de los que te afligieron, y a las pisadas de tus pies se encorvarán todos los que te escarnecían, y te llamarán Ciudad de Jehová, Sión del Santo de Israel.” (Isaías 60:14).

Versículo 10:

Jesús nos da un paralelo de estas palabras en el Evangelio de Juan 17:15: “No ruego que los quites del mundo, sino que los guardes del mal.”. El Señor promete guardarlos en la hora de prueba final que vendrá sobre los habitantes de la tierra. El griego aquí es “oikouméne”, es decir, “el mundo habitado”. Los creyentes de Filadelfia, al igual que los demás destinatarios de los mensajes del Señor, se preguntarían cuál sería su destino en aquellos momentos terribles. Y el Señor Jesús les da, y nos da a nosotros igualmente, esta palabra de seguridad.

El Señor Jesús nos enseña en el Evangelio a orar por esa tentación que acontecerá en medio de la tribulación de la prueba final que vendrá sobre esta tierra: “Y no nos metas en tentación, mas líbranos del mal.” (Mateo 6:13).

¿Qué es la “palabra de la paciencia de Cristo”? El contexto de pruebas y persecuciones por las que pasaba la iglesia de Filadelfia apunta al entendimiento de la “palabra de la paciencia del Señor” como la esperanza que acompaña al cristiano en sus pruebas:

“El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán. Mirad también por vosotros mismos, que vuestros corazones no se carguen de glotonería y embriaguez y de los afanes de esta vida, y venga de repente sobre vosotros aquel día. Porque como un lazo vendrá sobre todos los que habitan sobre la faz de toda la tierra. Velad, pues, en todo tiempo orando que seáis tenidos por dignos de escapar de todas estas cosas que vendrán, y de estar en pie

delante del Hijo del Hombre.” (Lucas 21:33-36).

Versículo 11:

Van a venir muchos engañadores. Muchos ya han llegado. Están por todas partes. Y el clima de confusión reinante es un caldo de cultivo muy propicio para que proliferen las falsas doctrinas, los embaucadores y los que hacen de los creyentes simple mercadería. En definitiva, la apostasía. Por eso el Señor nos pide que retengamos lo que tenemos, lo que de Él hemos recibido de pura gracia, para que nadie nos robe nuestra corona.

¿Qué posesiones son esas? Por el contexto queda evidenciado que el Señor se refiere a la verdad y la piedad, sin las cuales la fe se convierte simplemente en una filosofía. Nuestra negligencia y pereza son los signos más obvios de la infidelidad al Salvador. Por eso debemos estar en actitud vigilante, para que en medio de un mundo de tentaciones engañosas y trampas disfrazadas de fulgores, seamos capaces de retener las bendiciones que Dios ha derramado copiosamente en los corazones de los redimidos por la sangre de Cristo Jesús.

Versículo 12:

Pocos textos bíblicos transmiten tanta esperanza como este versículo de Apocalipsis. Si vencemos, si perseveramos confiadamente en la victoria de Cristo Jesús, se nos promete que seremos hechos “columnas del templo de Dios.” El significado es muy claro: el Señor admitirá al vencedor, al mártir, al testigo fiel, dentro del templo, y ya no tendrá temor de salir de la presencia del Señor. Ahora bien, al terminar el libro de Apocalipsis, en la descripción de la Nueva Jerusalem, no se menciona la existencia de templo alguno hecho con manos humanas:

“Y no vi en ella templo; porque el Señor Dios Todopoderoso es el templo de ella, y el Cordero.” (Apocalipsis 21:22).

¿A qué “templo de Dios” se refiere el Señor? No olvidemos dos aspectos importantísimos: Primero, que en la Escritura, la palabra “templo” es nuestra traducción al castellano, pero en el original el término utilizado es siempre “casa” -- “casa de oración” o “casa de santidad” --; y en segundo lugar, que el Señor bendito no habita en templos hechos de manos humanas, como dice la Escritura: “Si bien el Altísimo no habita en templos hechos de mano... El Dios que hizo el mundo y todas las cosas que en él hay, siendo Señor del cielo y de la tierra, no habita en templos hechos por manos humanas.” (Hechos 7:48; 17:24). Evidentemente, el templo al que se refiere es la Iglesia de Cristo, el Cuerpo del Señor, la Nueva Jerusalem, la Esposa del Cordero:

“Edificados sobre el fundamento de los apóstoles y profetas, siendo la principal piedra del ángulo Jesucristo mismo, en quien todo el edificio, bien coordinado, va creciendo para ser un templo santo en el Señor; en quien vosotros también sois juntamente edificados para

morada de Dios en el Espíritu.” (Efesios 2:20-22).

“Pero estando ya presente Cristo, sumo sacerdote de los bienes venideros, por el más amplio y más perfecto tabernáculo, no hecho de manos, es decir, no de esta creación, y no por sangre de machos cabríos ni de becerros, sino por su propia sangre, entró una vez para siempre en el Lugar Santísimo, habiendo obtenido eterna redención.” (Hebreos 9:11-12).

El término “columnas” nos hace pensar en el templo de Salomón y las columnas que el Señor mandó construir en el pórtico, con propósito ornamental y de sostén: El creyente victorioso será una columna en el templo del Señor, como parte espiritual permanente en el edificio divino:

“Los capiteles que estaban sobre las columnas en el pórtico, tenían forma de lirios, y eran de cuatro codos. Tenían también los capiteles de las dos columnas, doscientas granadas en dos hileras alrededor en cada capitel, encima de su globo, el cual estaba rodeado por la red. Estas columnas erigió en el pórtico del templo; y cuando hubo alzado la columna del lado derecho, le puso por nombre Jaquín, y alzando la columna del lado izquierdo, llamó su nombre Boaz. Y puso en las cabezas de las columnas tallado en forma de lirios, y así se acabó la obra de las columnas.” (1º Reyes 7:19-22).

“Jaquín” es el hebreo “Yakín”, forma contraída de la expresión “Baal Yekolet”, es decir, “El Señor Todopoderoso”. La raíz es “kun”, “fundar” o “establecer”. Luego tenemos “Boaz”, que es el hebreo “Beoz”, que significa “casa de fuerza” o “casa de poder”. Luego, leemos de derecha a izquierda, como se escribe en hebreo, y el texto resultante es “El Señor Todopoderoso es la Casa de Poder”.

“Jehová dijo así: El cielo es mi trono, y la tierra estrado de mis pies, ¿dónde está la casa que me habréis de edificar, y dónde el lugar de mi reposo? (Isaías 66:1).

A su vez, estas palabras del Señor en Isaías nos hacen recordar la oración entrañable y conmovedora del propio Salomón en el momento de la inauguración del “templo” en Jerusalém:

“Ahora, pues, oh Jehová Dios de Israel, cúmplase la palabra que dijiste a tu siervo David mi padre. Pero ¿es verdad que Dios morará sobre la tierra? He aquí que los cielos, los cielos de los cielos, no te pueden contener; ¿cuánto menos esta casa que yo he edificado?... Mas ¿quién será capaz de edificarle casa, siendo que los cielos y los cielos de los cielos no pueden contenerlo? ¿Quién, pues, soy yo, para que le edifique casa, sino tan sólo para quemar incienso delante de él?” (1º Reyes 8:26-27; 2º Crónicas 2:6).

En las páginas del Evangelio, y en las palabras de Jesús, comprobamos cuál es el “templo” verdadero de Dios con los hombres:

“Pues yo os digo que uno mayor que el templo está aquí... Respondió Jesús y les dijo:

Destruid este templo, y en tres días lo levantaré. Dijeron luego los judíos: En cuarenta y seis años fue edificado este templo, ¿y tú en tres días lo levantarás? Mas él hablaba del templo de su cuerpo. Por tanto, cuando resucitó de entre los muertos, sus discípulos se acordaron que había dicho esto; y creyeron la Escritura y la palabra que Jesús había dicho.” (Mateo 12:6; Juan 2:19-22).

El paralelismo “templo” > “casa” < “cuerpo” > “carne” queda maravillosamente expuesto en el texto de Hebreos 10:5-7, donde se cita el Salmo 40:6-8: “Sacrificio y ofrenda no quisiste; mas me preparaste cuerpo.” Aquí el griego para “cuerpo” es “soma”, “carne”: “En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios... Y aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros.” (Juan 1:1, 14).

Jesucristo es el templo de Dios en carne, y nosotros somos “miembros de su cuerpo, de su carne y de sus huesos.” (Efesios 5:30).

El siguiente elemento digno de consideración en nuestro estudio es el “Nombre de mi Dios” que será escrito sobre el vencedor. El Nombre de Dios sobre nosotros es la señal de nuestra pertenencia. El nuevo Nombre de Dios es “Cristo”, y será inscrito en el discípulo fiel como columna del templo. El Nombre del Señor es la firma del Altísimo; la de la ciudad de Dios entre los hombres. La vida de Dios, la vida eterna, es la vida de Cristo Jesús, con la que el que estuvo muerto, ahora vive por los siglos de los siglos. El Verbo, que es Dios, y se ha hecho carne, es Dios encarnado, Dios en la historia de los hombres y como uno de ellos.

El problema para nuestra comprensión radica en el hecho de que el nombre no sea para nosotros lo que significaba para los antiguos semitas. Solía representar la expresión de alegría o de esperanza de los padres. A veces se tomaban los nombres del reino animal, como en el caso de “Lea”, que es “vaca salvaje”; Tabita es “gacela”; “Raquel” es “oveja”. A veces hallamos en la Biblia a personas que tienen dos nombres, en una mezcla de arameo y griego, como es el caso de “Tomás” y “Dídimo”, dos palabras con el mismo significado, cada una de ellas en una lengua. Es este caso el significado es de “gemelo”.

El Nombre del Señor inscrito sobre el creyente fiel es también una señal de protección contra toda clase de signo de muerte. En este sentido es interesante considerar la alusión que al respecto hallamos en la Carta de Ignacio a la iglesia de Filadelfia, redactada apenas unos pocos años después del incidente de Apocalipsis que estamos considerando. En su epístola, y al advertir a los cristianos de esta iglesia respecto de los judaizantes, les dice que, a menos que prediquen a Cristo Jesús, para él serán como piedras de sepulcro, sobre las que sólo pueden inscribirse los nombres de los hombres. (Carta de Ignacio a Filadelfia 6:1).

La mención del “Nombre nuevo de Cristo” es también de interés, por cuanto nos hace recordar el “Nombre Nuevo” del Mesías en su segunda venida:

“Entonces vi el cielo abierto, y he aquí un caballo blanco, y el que lo montaba se llamaba Fiel

y Verdadero, y con justicia juzga y pelea. Sus ojos eran como llama de fuego, y había en su cabeza muchas diademas; y tenía un nombre escrito que ninguno conocía sino él mismo. Estaba vestido de una ropa teñida en sangre; y su nombre es: EL VERBO DE DIOS... Y en su vestidura y en su muslo tiene escrito este nombre: REY DE REYES Y SEÑOR DE SEÑORES.” (Apocalipsis 19:11-13, 16).

“El Nombre Nuevo” es el Nombre que es sobre todo nombre: “Por lo cual Dios también le exaltó hasta lo sumo, y le dio un nombre que es sobre todo nombre, para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla de los que están en los cielos, y en la tierra, y debajo de la tierra; y toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor, para gloria de Dios Padre.” (Filipenses 2:9-11).

En Jesucristo, Dios se hace visible: “Él (Jesucristo) es la imagen del Dios invisible, el primogénito de toda creación.” (Colosenses 1:15). Aquí conviene tener presente que el término que hallamos en este texto de Colosenses 1:15 no es el griego “protoktistos”, que significa “el creado en primer lugar”, sino el griego “protokos”, que significa “heredero”, “primer patrón” y “primero en rango”.

El último elemento es la mención de Jerusalem, la ciudad amada, tan íntima y entrañable en todo el trato de Dios con su pueblo, y, naturalmente, también en la visita del Verbo Encarnado. Pero aquí el plano de la novedad también aparece evidenciado. Jerusalem, reconstruida y embellecida por Herodes, próspera durante el mandato de Agripa (41-44 d.C.), quien añadió belleza arquitectónica y urbanística a la ciudad, así como lo haría su hijo y heredero, no es la Jerusalem cuyo nombre aquí se anuncia que va a ser inscrito sobre el vencedor. No es la maravilla artística del año 64 después de Cristo, cuando las obras de ampliación y ornamentación del templo fueron concluidas, y de la cual en el año 70 d.C. no quedaría piedra sobre piedra tal y como Jesús lo había profetizado pocos años antes.

El “Nombre de la Nueva Jerusalem” es mucho más que el nombre de una ciudad. Es el nombre de la Novia del Cordero, y “Madre de todos los creyentes”:

“Y te llamarán Ciudad de Jehová, Sión del Santo de Israel... Mas la Jerusalem de arriba, la cual es madre de todos nosotros, es libre.” (Isaías 60:14; Gálatas 4:26).

Versículo 13:

El mensaje a esta iglesia concluye con la fórmula acostumbrada. Pidámosle al Señor oído para oír y ser dóciles a la voz del Espíritu del Santo.

CAPÍTULO SÉPTIMO:

EL MENSAJE A LAODICEA: Apocalipsis 3: 14-22:

14. Y escribe al ángel de la iglesia en Laodicea: He aquí el Amén, el testigo fiel y verdadero, el principio de la creación de Dios, dice esto:
15. Yo conozco tus obras, que ni eres frío ni caliente. ¡Ojalá fueses frío o caliente!
16. Pero por cuanto eres tibio, y no frío ni caliente, te vomitaré de mi boca.
17. Porque tú dices: Yo soy rico, y me he enriquecido, y de ninguna cosa tengo necesidad; y no sabes que tú eres un desventurado, miserable, pobre, ciego y desnudo.
18. Por tanto, yo te aconsejo que de mí compres oro refinado en fuego, para que seas rico, y vestiduras blancas para vestirte, y que no se descubra la vergüenza de tu desnudez; y unge tus ojos con colirio, para que veas.
19. Yo reprende y castigo a todos los que amo; sé, pues, celoso, y arrepíentete.
20. He aquí, yo estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré a él, y cenaré con él, y él conmigo.
21. Al que venciere, le daré que se siente conmigo en mi trono, así como yo he vencido, y me he sentado con mi Padre en su trono.
22. El que tiene oído, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias.

Versículo 14:

Laodicea es la séptima de las ciudades comerciales a cuyas iglesias dirige el Señor Jesucristo sus mensajes de amonestación y consuelo. Esta urbe, entre las principales de Frigia, debió ser fundada por Antioco II, dándole el nombre de su hermana y esposa, Laodike, entre el 261 y el 247 antes de Cristo. La ciudad fue poblada con sirios y judíos traídos de Babilonia. Después de que los romanos derrotaran a los seleucidas en la batalla de Magnesia (190 a.C.), el imperio romano entregó la administración de Laodicea al rey de Pérgamo, aliado de Roma. Al morir el rey Átalo III (133 a.C.), los romanos volvieron a ocupar militarmente la ciudad. Entre los años 88 y 84 antes de Cristo, la ciudad quedó sin guarnición romana, pero en el 84 a.C. el ejército imperial volvió a ocupar la urbe.

Situada al sur de Frigia, junto al río Lico, afluente del Meandro, y a unos 60 kilómetros de Éfeso, en las cercanías de Colosas y Hierápolis, había sufrido bastantes terremotos en los últimos años. Parece ser que la colonia judía en Laodicea era de un contingente importante. Hay un curioso acontecimiento que nos permite conocer con bastante aproximación las dimensiones de la población judía de la época. Se trata de una maniobra del gobernador romano de Laodicea, Flaccus, quien se apoderó de la contribución de ofrendas de la colonia judía al templo de Jerusalem, enviándola por su cuenta a Roma. El montante ascendía a veinte libras de oro, lo que permite calcular que la población judía de Laodicea sería de entre siete y siete mil quinientos habitantes. Entre ellos estaba Epafras, el fundador de la primera congregación cristiana en Colosas, quien, probablemente había llevado el mensaje de la fe en Jesucristo a Laodicea y Hierápolis.

“La palabra verdadera del evangelio, que ha llegado hasta vosotros, así como a todo el mundo, y lleva fruto y crece también en vosotros, desde el día que oísteis y conocisteis la gracia de Dios en verdad, como lo habéis aprendido de Epafras, nuestro consiervo amado, que es un fiel ministro de Cristo para vosotros, quien también nos ha declarado vuestro amor en el Espíritu.” (Colosenses 1:5-8).

Cuando Pablo fue encarcelado en Roma, fue Epafras quien le llevó noticias de la iglesia en Colosas. Él debió ser quien le informó a Pablo de los errores que circulaban por aquella congregación, y le pediría ayuda y corrección. Es lógico pensar, pues, que fuese Epafras quien llevase la Epístola de los Colosenses consigo de vuelta de Roma.

La iglesia cristiana había sido establecida en la ciudad de Laodicea en los días del ministerio del apóstol San Pablo. A ellos, al igual que a los cristianos de Colosas, les pide el apóstol que intercambien sus epístolas:

“Os saluda Epafras, el cual es uno de vosotros, siervo de Cristo, siempre rogando encarecidamente por vosotros en sus oraciones, para que estéis firmes, perfectos y completos en todo lo que Dios quiere; porque de él doy testimonio de que tiene gran solicitud por vosotros, y por los que están en Laodicea, y los que están en Hierápolis... Salud a los hermanos que están en Laodicea, y a Ninfas y a la iglesia que está en su casa. Cuando esta carta haya sido leída entre vosotros, haced que también se lea en la iglesia de los laodicenses, y que la de Laodicea la leáis también vosotros.” (Colosenses 4:12-13, 15-16).

Esta carta del apóstol Pablo a los Laodicenses debió perderse, al igual que algunas otras de sus epístolas, según se desprende de la alusión a una misiva anterior a los cristianos de Roma: “Os he escrito por carta, que no os juntéis con los fornicarios...”. (1ª Corintios 5:9). Sin embargo, muchos eruditos afirman que la carta a los Efesios, o al menos el cuerpo principal de la misma, es la epístola a los Laodicenses. Aquí conviene tener presente que las cartas paulinas, al igual que las demás misivas del Nuevo Testamento, eran intercambiadas por las iglesias, lo que las convertía en encíclicas.

Tres importantes calzadas romanas atravesaban esta urbe comercial, principalmente conocida por el paño de pelo de cabra que en ella se tejía y se embreaba para la confección de tiendas de campaña. También se fabricaban otros productos textiles, como alfombras y paños, para el consumo de la comarca y la exportación. Sus paños de lana negra eran famosos en todo el imperio. Era también importante, naturalmente, la cría de ganado lanar. Varias fuentes históricas de la época que nos ocupa se refieren a la gran riqueza de la comarca. Hay alguna referencia a la escuela médica del lugar y una incipiente industria farmacológica dedicada a la preparación de un colirio, conocido por el nombre de “polvos frigios”, muy populares para el tratamiento de las enfermedades oculares. Quizá de ahí se desprenda la mención del saludo de Lucas, el médico amado. (Ver Colosenses 4:14).

Las vías romanas que cruzaban la ciudad la convertían en un centro comercial de primera magnitud. De ahí se desprende las alusiones de varias fuentes sobre las finanzas de la

ciudad. Cicerón relata la existencia de varios bancos y empresas comerciales. Tal era su potencial económico que cuando sufrió enormes daños y desperfectos en el terremoto del año 60 d.C., las autoridades y principales ciudadanos de Laodicea rehusaron las ayudas imperiales para la reconstrucción de la ciudad y sus monumentos, financiándose semejante empresa con los recursos propios de los comerciantes de la urbe.

Laodicea era famosa también por su red de agua caliente procedente de las termas de las afueras de la ciudad. El agua era conducida mediante un sistema de bloques cúbicos de piedra, ligados con cemento. Cuando el caudal llegaba a la ciudad, la temperatura del agua no era tan elevada como para el baño caliente, pero tampoco estaba suficientemente fría como para beberla, por lo que al ingerirla producía los efectos de un emético. (Ver Apocalipsis 3:16). Laodicea contaba con tres impresionantes teatros de mármol, un magnífico estadio construido en tiempos del emperador Tito, gimnasios, termas, la acrópolis, y, al igual que Roma, estaba edificada sobre siete colinas. Del esplendor de la ciudad no queda nada en absoluto. Su decadencia alcanza su punto culminante en el siglo XIII d.C. El interés arqueológico por las ruinas de la ciudad comenzó bastante tarde, hacia 1961.

De todos los nombres de las iglesias en Asia menor, Laodicea es el único que no expresa ninguna virtud de la Novia de Cristo. “Laodicea” significa “los derechos del pueblo”. Es la iglesia de la apostasía. Es lo más opuesto a Filadelfia: La iglesia que no quiere saber nada de la autoridad del Señor. Representa a la iglesia que considera bueno lo que ella decide, sin buscar ni someterse a la soberanía de Jesucristo. Laodicea es la iglesia cuyos miembros aman más al placer que al Señor:

“También debes saber esto: que en los postreros días vendrán tiempos peligrosos. Porque habrá hombres amadores de sí mismos, avaros, vanagloriosos, soberbios, blasfemos, desobedientes a los padres, ingratos, impíos, sin afecto natural, implacables, calumniadores, intemperantes, crueles, aborrecedores de lo bueno, traidores, impetuosos, infatuados, amadores de los deleites más que de Dios, que tendrán apariencia de piedad, pero negarán la eficacia de ella; a éstos evita.” (2ª Timoteo 3:1-5).

Laodicea representa a la iglesia que no acepta la disciplina del Señor: “Y habéis olvidado ya la exhortación que como a hijos se os dirige, diciendo: Hijo mío, no menosprecies la disciplina del Señor, ni desmayes cuando eres reprendido por él; porque el Señor al que ama, disciplina, y azota a todo el que recibe por hijo. Si soportáis la disciplina, Dios os trata como a hijos, porque ¿qué hijo es aquel a quien el padre no disciplina? Pero si se os deja sin disciplina, de la cual todos han sido participantes, entonces sois bastardos, y no hijos.” (Hebreos 12:5-8).

En este mensaje aparece uno de los títulos menos habituales de nuestro Señor Jesucristo: “El Amén”. Nos hace recordar un texto del profeta Isaías:

“El que se bendijere en la tierra, en el Dios de verdad se bendecirá; y el que jurare en la tierra, por el Dios de verdad jurará; porque las angustias primeras serán olvidadas, y serán

cubiertas de mi ojos.” (Isaías 65:16).

El sentido hebreo nos suele pasar inadvertido, quizá porque desde pequeños nos dijeron que “amén” significa “así sea”. Sin embargo, nada más lejos de la verdad. ¿Por qué? Pues, precisamente, porque “Amén” significa “verdad” y “verdaderamente”, haciendo funciones de sustantivo y de adverbio. El “Dios de verdad” es Jesucristo: “Jesús le dijo: Yo soy el camino, y la verdad, y la vida; nadie viene al Padre, sino por mí.” (Juan 14:6).

“Amén” es la expresión que tantas veces usa el Señor Jesucristo en los Evangelios para introducir alguna declaración de extraordinaria importancia, y que solemos hallar en las versiones castellanas traducida por “De cierto, de cierto... os digo...”. Pero, como hemos visto, no se trata sólo de una frase adverbial, sino que también, y lo que es más importante, se trata de un título mesiánico:

“Porque todas las promesas de Dios son el él (en Jesucristo) Sí y en él Amén, por medio de nosotros, para la gloria de Dios.” (2ª Corintios 1:20).

“El que da testimonio de estas cosas dice: Ciertamente vengo en breve. Amén; sí, ven, Señor Jesús.” (Apocalipsis 22:20).

“Amén” es el hebreo “álef”, “mem” y “nun”, letras que llevan en sí una carga semántica riquísima: “Álef” es la primera letra del alfabeto hebreo. Su significado original es “buey-guía”, “jefe” y “encabezamiento”. Encarna la unidad, por lo que su valor numérico es “uno”, y habla de Dios: (“Elohim”, “Adonay”); la consonante “Mem” es la decimotercera letra del alfabeto hebreo. Ocupa el lugar central en el alfabeto, con tantas letras a su derecha como a su izquierda; su valor numérico es “cuarenta”, y su significado siempre se asocia a la “verdad”, la “estabilidad”, el “equilibrio” y la “plenitud”: (“Emet”). En tercer lugar hallamos la “Nun”, letra decimocuarta del alfabeto, cuyo significado es “generación”, “pez” y “niño”. De ahí su asociación con “Hijo del Hombre”: (“Ben Adam”). Así pues, “Amén” es el “Dios de verdad en el Hijo” o “El Hijo que revela al Dios de verdad”.

La voz que en hebreo significa “fe” y “confianza” es el término “Emuná”, cuya estructura es idéntica al vocablo “Amén”. Así podemos acercarnos mucho más a lo que se nos dice en la Escritura respecto de la fe:

“Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios... Puestos los ojos en Jesús, el autor y consumidor de la fe.” (Efesios 2:8; Hebreos 12:2).

El propio nombre “Adam” (“Álef”, “Dálet” y “Mem”), que es el “hombre”, no como “individuo”, sino como “humanidad” (ver Génesis 5:2), contiene la misma estructura interna que “Amén”, e indica así la posibilidad que se le concede al ser humano de unificarse a un mundo superior a éste.

Ahora, sabiendo que Jesucristo es el “Amén de Dios”, podemos comprender con nueva luz algunos pasajes de la Palabra:

“Encamíname en tu verdad, y enséñame, porque tú eres el Dios de mi salvación; en ti he esperado todo el día.” (Salmo 25:5).

“La misericordia y la verdad se encontraron; la justicia y la paz se besaron. La verdad brotará de la tierra, y la justicia mirará desde los cielos. Jehová dará también el bien, y nuestra tierra dará su fruto. La justicia irá delante de él, y sus pasos nos pondrá por camino.” (Salmo 85:10-13).

“Él (Jesús) respondió y les dijo: La generación mala y adúltera demanda señal, pero señal no le será dada, sino la señal del profeta Jonás. Porque como estuvo Jonás en el vientre del gran pez tres días y tres noches, así estará el Hijo del Hombre en el corazón de la tierra tres días y tres noches.” (Mateo 12:39-40).

“Jesús le dijo (a Tomás) Yo soy el camino, y la verdad, y la vida; nadie viene al Padre, sino por mí.” (Juan 14:6). (Ver también Juan 1:14, 17; 8:32; 16:13; 17:17; 2ª Corintios 4:1-6; 1ª Juan 3:14-19; 4:6).

Curiosamente, “Amén” es la forma hebrea del sanscrito “Aum”, nombre místico por el que se conoce al Mesías que ha de venir.

También es el “testigo fiel y verdadero”. Es decir, el “mártir de la verdad”. Esto nos habla de la inmutabilidad del Señor. Otra prueba de su divinidad: “Jesucristo es el mismo ayer, y hoy, y por los siglos.” (Hebreos 13:8). El Señor es el “testigo fiel y verdadero”, el fiel testigo de la verdad, pues todos los demás que pretendieron semejante dignidad no vinieron de parte de Dios:

“Volvió, pues, Jesús a decirles: De cierto, de cierto os digo: Yo soy la puerta de las ovejas. Todos los que antes de mí vinieron, ladrones son y salteadores.” (Juan 10:7-8).

El último elemento en esta presentación es “el principio de la creación de Dios.” (Ver el comentario al respecto en el mensaje a Filadelfia: Apocalipsis 3:12).

Versículos 15 y 16:

Para el Señor no hay nada más que dos opciones: O bien absoluta fidelidad a Él, o la apostasía del culto al emperador. En Laodicea, evidentemente, algunos cristianos simulaban participar en el culto imperial. Nadaban a dos aguas. Pero el mensaje del Señor no deja lugar a las ambigüedades: O bien “Kaiser Kyrios”, o bien “Christos Kyrios”. O César es el Señor, o Cristo es el Señor. La tibieza no agrada a Jesucristo. Él nos quiere o fríos o calientes. La tibieza le produce vómito. Esta es la figura para expresar el mayor desagrado. El camino intermedio, el compromiso, las concesiones, son representadas por la tibieza. Y esta

tentación al compromiso y a la asimilación con el mundo está presente ante cada generación de cristianos a través de los tiempos. Esta es la tentación que conduce irremediablemente a la indiferencia, así como a la temperatura tibia en lo moral y en lo espiritual. No podemos pensar que la pasión y muerte de nuestro Señor Jesucristo tuvieran como meta semejante tibieza por parte de los discípulos.

Sin embargo, debemos dar gracias al Señor por la firmeza de hombres como el apóstol Pablo, y con él también el autor de Apocalipsis, el apóstol Juan, quienes no se dejaron arrastrar por las llamadas al compromiso, al sincretismo, a la idolatría, al maridaje con el estado imperial para evitar la persecución y la muerte. De no haber sido por ellos, y por su firmeza en el compromiso de la fe, el cristianismo habría desembocado en una asimilación de las formas idolátricas del politeísmo de la época; algo que, tristemente, ocurriría años después, con el sincretismo constantiniano y el cesaropapismo, hasta el advenimiento del anabaptismo y otros movimientos pre-reformistas.

Versículo 17:

Laodicea era una iglesia enorgullecida, y el orgullo y la autocomplacencia son enemigos peligrosísimos del lama, pues no nos permiten ver la situación real en que nos encontramos. La autosatisfacción siempre ciega respecto a nosotros mismos. Laodicea era una iglesia que pretendía tenerlo todo. Sus necesidades estaban cubiertas. Probablemente sus necesidades físicas estaban suplidas. Nos recuerdan la actitud de tantos judíos de los días del ministerio terrenal de Jesucristo respecto al templo herodiano de Jerusalem:

“Saliendo Jesús del templo, le dijo uno de sus discípulos: Maestro, mira qué piedras, y qué edificios. Jesús, respondiendo, le dijo: ¿Ves estos grandes edificios? No quedará piedra sobre piedra, que no sea derribada.” (Marcos 13:1-2).

Muchas iglesias hoy buscan y se enorgullecen en sus edificios. Consagran en ladrillos lo que jamás compartirían con los pobres de este mundo. Gastan en vidrieras de colores lo que no emplearían en difundir las Sagradas Escrituras. Invierten en equipos electrónicos de megafonía e instrumentos musicales lo que negarían a quienes padecen de hambrunas indescriptibles. “Laodicea” está muy cerca de nuestros corazones viejos. Es la iglesia que busca seguridad, y que no le importa el coste de comprometerse con los reinos de este mundo; incluso al riesgo de perder los principios del Evangelio de Jesucristo.

Pero el Señor le dice a esta iglesia que está ciega, muerta, alejada de la vida y de la luz del Mesías. Es una iglesia que mora en las tinieblas de la noche espiritual. Y será sorprendida en la Segunda Venida de nuestro Señor Jesucristo. Sobre ella vendrá como ladrón en la noche, por cuanto no lo espera.

El cristiano que quiere “ver” en este mundo estará ciego a la luz de Cristo Jesús. Pero el que está “ciego” a la falsa luz de este sistema mundial, verá la gloria de Dios en la faz de Cristo el Señor:

“Porque Dios, que mandó que de las tinieblas resplandeciese la luz, es el que resplandeció en nuestros corazones, para iluminación del conocimiento de la gloria de Dios en la faz de Jesucristo.” (2ª Corintios 4:6).

Los cristianos de Laodicea estaban desnudos. Se escandalizarían ante la Segunda Venida de Cristo, de la misma forma que Adam y Eva lo hicieron después de su desobediencia:

“Entonces fueron abiertos los ojos de ambos, y conocieron que estaban desnudos.” (Génesis 3:7).

Conviene recordar aquí que la figura de la salvación como vestidura es de suma importancia en las Sagradas Escrituras. Veamos algunos ejemplos:

“Y entró el rey para ver a los convidados, y vio allí a un hombre que no estaba vestido de boda. Y le dijo: Amigo, ¿cómo entraste aquí, sin estar vestido de boda? Mas él enmudeció. Entonces el rey dijo a los que servían: Atadle de pies y manos, y echadle a las tinieblas de afuera; allí será el lloro y el crujir de dientes. Porque muchos son llamados, y pocos escogidos.” (Mateo 22:11-14).

“Después de esto miré, y he aquí una gran multitud... vestidos de ropas blancas... Estos que están vestidos de ropas blancas, ¿quiénes son, y de dónde han venido?... Estos son los que han salido de la gran tribulación, y han lavado sus ropas, y las han emblanquecido en la sangre del Cordero.” (Apocalipsis 7: 9, 13, 14).

“Pero ahora dejad también vosotros todas estas cosas: ira, enojo, malicia, blasfemia, palabras deshonestas de vuestra boca. No mintáis los unos a los otros, habiéndoos despojado del viejo hombre con sus hechos, y revestido del nuevo, el cual conforme a la imagen del que lo creó, se va renovando hasta el conocimiento pleno.” (Colosenses 3:8-10).

El Señor está diciéndoles que su situación es de desnudez, no de riqueza. Su abundancia de bienes materiales podía ser grande, pero su depósito para enfrentarse a la eternidad estaba absolutamente desprovisto de la riqueza espiritual y duradera. La condición espiritual de Laodicea nos hace recordar al rico insensato de la parábola del Evangelio de Lucas:

“También les refirió una parábola, diciendo: La heredad de un hombre rico había producido mucho. Y él pensaba dentro de sí, diciendo: ¿Qué haré, porque no tengo dónde guardar mis frutos? Y dijo: Esto haré: derribaré mis graneros, y los edificaré mayores, y allí guardaré todos mis frutos y mis bienes; y diré a mi alma: Alma, muchos bienes tienes guardados para muchos años; repósate, come, bebe, regocíjate. Pero Dios le dijo: Necio, esta noche vienen a pedirte tu alma; y lo que has provisto, ¿de quién será? Así es el que hace para sí tesoro, y no es rico para con Dios.” (Lucas 12:16-21).

Versículo 18:

Jesús les recuerda que en vez de esforzarse por las riquezas de este mundo, procuren adquirir las riquezas espirituales. ¿En quién y de quién? Sólo, única y exclusivamente en Cristo y de Cristo.

La primera de las riquezas es el “oro refinado o probado en fuego”. El oro depurado por el fuego de las pruebas y las tribulaciones. Esa es la verdadera riqueza. La que perdura. La que los ladrones no pueden robar.

La segunda riqueza espiritual está representada por “las vestiduras blancas”. Hace referencia al vestido de los mártires. La figura sería perfectamente comprendida en un medio familiarizado con la confección de productos textiles. Pero, realmente, ¿qué son estas “vestiduras blancas” y quiénes las llevan?

“Después de esto miré, y he aquí una gran multitud, la cual nadie podía contar, de todas naciones y tribus y pueblos y lenguas, que estaban delante del trono y en la presencia del Cordero, vestidos de ropas blancas, y con palmas en las manos; y clamaban a gran voz, diciendo: La salvación pertenece a nuestro Dios que está sentado en el trono, y al Cordero... Entonces uno de los ancianos hablo, diciéndome: Estos que están vestidos de ropas blancas, ¿quiénes son, y de dónde han venido? Yo le dije: Señor, tú lo sabes. Y él me dijo: Estos son los que han salido de la gran tribulación, y han lavado sus ropas, y las han emblanquecido en la sangre del Cordero. Por eso están delante del trono de Dios, y le sirven día y noche en su templo; y el que está sentado sobre el trono extenderá su tabernáculo sobre ellos. Ya no tendrán hambre ni sed, y el sol no caerá más sobre ellos, ni calor alguno; porque el Cordero que está en medio del trono los pastoreará, y los guiará a fuentes de aguas de vida; y Dios enjugará toda lágrima de los ojos de ellos.” (Apocalipsis 7:13-17).

Estas vestiduras blancas representan las acciones justas de los santos, como decíamos en el comentario sobre el mensaje a la iglesia en Sardis: Apocalipsis 3:4. (Ver también Apocalipsis 19:8). Pero también nos recuerdan la escena de la transfiguración de nuestro Señor Jesucristo:

“Seis días después, Jesús tomó a Pedro, a Jacobo y a Juan su hermano, y los llevó aparte a un monte alto; y se transfiguró delante de ellos, y resplandeció su rostro como el sol, y sus vestidos se hicieron blancos como la luz.” (Mateo 17:1-2).

El último elemento de riqueza que Cristo Jesús ofrece a la iglesia en Laodicea es el “colirio”. La palabra griega original es “kolloúrion”, un término médico que no vuelve a aparecer en ningún otro texto del Nuevo Testamento. Es un diminutivo de la voz “kollúra”, que literalmente significa “panecillo”. Se aplicaba al colirio por el parecido en su forma de masa de un panecillo. La figura sería muy fácil de entender en aquel contexto, por causa de los polvos frigos, a los que aludíamos anteriormente, con los cuales se confeccionaba el emplaste del colirio en cuestión. La figura es una clara referencia al Espíritu Santo. Sólo el Consolador puede abrirnos los ojos para ver a Jesús. Y si no le vemos, no le podemos seguir, amar y obedecer. Si no anhelamos el colirio, los valores y los deseos de este mundo nos arrastrarán y alejarán de Jesucristo, hasta borrarle de nuestra vida. De ahí la importancia de

la lección que se desprende de este mensaje de nuestro Señor Jesucristo, instando a la iglesia y al creyente que ha caído en la tibieza a volverse urgentemente al Maestro para recuperar todo el beneficio del amor del Señor

Versículo 19:

El Señor ha prometido reprender y castigar a todos cuantos ama. El griego emplea el verbo “paideúo”, “enseñar”. Nuestro error frecuente consiste en confundir la repreñión y el castigo con la condenación. Pero el Señor castiga, instruye, a los suyos, precisamente porque para ellos no hay condenación:

“No menosprecies, hijo mío, el castigo de Jehová, ni te fatigues de su corrección; porque Jehová al que ama castiga, como el padre al hijo a quien quiere.” (Proverbios 3:11-12).

“Aquéllos (nuestros padres), ciertamente por pocos días nos disciplinaban como a ellos les parecía, pero éste (el Señor) para lo que nos es provechoso, para que participemos de su santidad. Es verdad que ninguna disciplina al presente parece ser causa de gozo, sino de tristeza; pero después da fruto apacible de justicia a los que en ella han sido ejercitados.” (Hebreos 12:10-11).

Dios perdona enseñando. Y enseñar es mucho más que instruir. El castigo y la repreñión divinas son siempre pedagógicas:

“Oirás en los cielos... y perdonarás el pecado de tus siervos... enseñándoles el buen camino en que anden.” (1º Reyes 8:36).

El Señor siempre envía su Espíritu para enseñar a sus hijos: “Y enviaste tu buen Espíritu para enseñarles.” (Nehemías 9:20a).

Y la enseñanza del Señor es tanto mandamiento como repreñión: “Porque el mandamiento es lámpara, y la enseñanza es luz, y camino de vida las repreñiones que te instruyen.” (Proverbios 6:23).

La llamada es al arrepentimiento, pero primero se insta a los cristianos de Laodicea a ser “celosos”. El sentido del original griego es “permanecer, persistir en el celo, en el fervor”. El celo de Dios es el elemento que el Señor utiliza para conducir a sus hijos al arrepentimiento. Este es la clase de celo que Dios emplea para llevar a los judíos a Cristo. Así lo revela el apóstol Pablo en ese magno capítulo 11 de la Carta de los Romanos, donde nos dice así:

“Digo, pues: ¿Han tropezado los de Israel para que cayesen? En ninguna manera; pero por su transgresión vino la salvación a los gentiles, para provocarles a celos. Y si su transgresión es la riqueza del mundo, y su defección la riqueza de los gentiles, ¿cuánto más su plena restauración? Porque a vosotros hablo, gentiles. Por cuanto soy apóstol a los gentiles, honro mi ministerio, por si en alguna manera pueda provocar a celos a los de mi sangre, y hacer

salvos a algunos de ellos.” (Romanos 11:11-14).

El Señor utiliza la convicción de pecado, justicia y juicio para llevar al incrédulo al arrepentimiento y la fe en Jesucristo; pero al cristiano, a quien ya ha nacido de nuevo, el Amado conduce al arrepentimiento mediante su santo celo. Y ese mismo celo es la potencia que mueve nuestros corazones a las obras buenas que el Señor ha puesto delante de nosotros para que caminemos por ellas:

“Porque la gracia de Dios se ha manifestado para salvación a todos los hombres, enseñándonos que, renunciando a la impiedad y a los deseos mundanos, vivamos en este siglo sobria, justa y piadosamente, aguardando la esperanza bienaventurada y la manifestación gloriosa de nuestra gran Dios y Salvador Jesucristo, quien se dio a sí mismo por nosotros para redimirnos de toda iniquidad y purificar para sí un pueblo propio, celoso de buenas obras.” (Tito 2:11-14).

No reduzcamos la enseñanza a meros datos. Recordemos que el Señor bendito siempre perdona enseñando; siempre castiga enseñando; siempre sana enseñando; siempre reprende enseñando. Y nos envía con esa misma encomienda: Enseñar, perdonar y sanar: “Aplica tu corazón a la enseñanza. Y tus oídos a las palabras de sabiduría.” (Proverbios 23:12).

Versículo 20:

Además, la llamada es a un arrepentimiento inmediato. Todos los elementos de la frase señalan urgencia. Los dos planos, histórico y escatológico, están presentes. Apuntan a las señales y al tiempo de la consumación de todas las cosas, a la Segunda Venida de nuestro Señor Jesucristo. La terminología y el pensamiento son idénticos a los que nos llegan en el Evangelio, particularmente la figura de la “puerta”:

“Pero en aquellos días, después de aquella tribulación, el sol se oscurecerá, y la luna no dará su resplandor, y las estrellas caerán del cielo, y las potencias que están en los cielos serán conmovidas. Entonces verán al Hijo del Hombre, que vendrá en las nubes con gran poder y gloria. Y entonces enviará sus ángeles, y juntará a sus escogidos de los cuatro vientos, desde el extremo de la tierra hasta el extremo del cielo. De la higuera aprended la parábola: Cuando ya su rama está tierna, y brotan las hojas, sabéis que el verano está cerca. Así también vosotros, cuando veáis que suceden estas cosas, conoced que está cerca, a las puertas.” (Marcos 13:24-29).

El plano apocalíptico- escatológico queda manifiesto también en la conclusión del mensaje, donde el Señor anuncia: “Si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré a él, y cenaré con él, y él conmigo.” (Apocalipsis 3:20b). La alusión es clara respecto del banquete mesiánico prometido para todos los fieles de todos los tiempos; todos cuantos vivieron y viven la esperanza mesiánica. Esta es una fe esperanzada que transforma las vidas, las actitudes y las conductas, y que va más allá de los credos expresados en abstracciones habitualmente incomprensibles para el común de los mortales, por no responder a la esperanza que Dios

siembra generosamente en los corazones de los hombres, sino a intereses inconfesables. Esta es la fe, no una “fe”. Es “emuná”, el fiarse de Dios de todo corazón. Es la fe del Fiador que nos hace fieles.

Nos llega en esta expresión del Señor un eco de las palabras que nos transmite el profeta Isaías: “Por tanto, así dijo Jehová el Señor. He aquí que mis siervos comerán, y vosotros tendréis hambre; he aquí que mis siervos beberán, y vosotros tendréis sed; he aquí que mis siervos se alegrarán, y vosotros seréis avergonzados; he aquí que mis siervos cantarán por júbilo del corazón, y vosotros clamaréis por el dolor del corazón, y por el quebrantamiento de espíritu aullaréis.” (Isaías 65:13-14).

“Y oí como la voz de una gran multitud, como el estruendo de muchas aguas, y como la voz de grandes truenos, que decía: ¡Aleluya, porque el Señor nuestro Dios Todopoderoso reina! Gocémonos y alegrémonos y démosle gloria; porque han llegado las bodas del Cordero, y su esposa se ha preparado. Y a ella se le ha concedido que se vista de lino fino, limpio y resplandeciente; porque el lino fino es las acciones justas de los santos.” (Apocalipsis 19:6-8).

Jesús advierte en las páginas del Evangelio que la actitud correcta de los siervos ha de ser vivir en la esperanza expectante de la Segunda Venida de su Señor. La Esposa ha de estar preparada para la llegada del Esposo, que ha prometido venir, llamar, entrar y festejar:

“Estén ceñidos vuestros lomos, y vuestras lámparas encendidas; y vosotros sed semejantes a hombres que aguardan a que su Señor regrese de las bodas, para que cuando llegue y llame, le abran en seguida. Bienaventurados aquellos siervos a los cuales su Señor, cuando venga, halle velando; de cierto os digo que se ceñirá, y hará que se sienten a la mesa, y vendrá a servirles. Y aunque venga a la segunda vigilia, y aunque venga a la tercera vigilia, si los hallare así, bienaventurados son aquellos siervos. Pero sabed esto, que si supiese el padre de familia a qué hora el ladrón había de venir, velaría ciertamente, y no dejaría minar su casa. Vosotros, pues, también, estad preparados, porque a la hora que no penséis, el Hijo del Hombre vendrá.” (Lucas 12:35-40).

En el Evangelio de Marcos, y en sus paralelos, Jesús hace el anuncio escatológico de que no volverá a beber el fruto de la vid hasta ese día: “De cierto os digo que no beberé más del fruto de la vid, hasta aquel día en que lo beba nuevo en el reino de Dios.” (Marcos 14:25).

Pero en el plano que nosotros denominamos “histórico”, es decir, antes del cumplimiento escatológico de todas las cosas, estas palabras del Señor Jesús tienen un alcance próximo y urgente, de naturaleza aún más inminente. Jesús está al otro lado de la puerta, y está llamando. La situación no puede ser más dramática de lo que es. El Autor de la vida está al otro lado de la puerta del corazón humano, de la conciencia del pecador impenitente, a quien se le ofrece convertirse en templo del Espíritu del Señor. El Juez de todo el universo aparece como un pobre suplicante a la puerta de las vidas de los humanos. La severidad y la ternura del Señor se abrazan en esta escena de amor. Jesús está al otro lado de la puerta de una iglesia que le ha excluido. La puerta es la barrera ente el Señor y su Iglesia. Y Jesús, evidentemente,

ya no ocupa su lugar. Sin embargo, Él continúa llamando a su Iglesia amada. No existe una mayor tragedia que sentir la llamada del Señor y no abrir nuestra puerta, sabiendo que el Señor no pretende entrar para reprochar ni castigar, sino para cenar, para festejar. El que podría forzar los corazones, no lo hace, sino que llama. El que podría forzar sentimientos, no lo hace, sino que apela... Porque Dios es amor, y el amor no fuerza ni reprocha. Sólo ama el amor.

¿A quién estamos escuchando? ¿Estamos atentos a la voz del Señor bendito o al clamor del enemigo de nuestras almas? Sólo hay dos opciones: O bien respondemos a la llamada del Señor, permitiéndole completo acceso a nuestra vida, o bien le dejamos al otro lado de la puerta para seguir nosotros haciendo nuestra voluntad carnal, animal y diabólica, los deseos del corazón no regenerado, del hombre fuerte.

Los planos apocalíptico-escatológico e histórico-místico se funden en este versículo en un abrazo de ternura amorosa. La historia y el futuro, la justicia y el amor, la llamada y la esperanza, se funden en esta figura del Juez Todopoderoso, encarnado por amor, que llama suplicante a la puerta del hombre orgulloso y terco, empecinado en su vanagloria y en su soberbia. Aquí está la situación patética de quien se cree rico, carente de toda necesidad ante su propia opinión, mientras que a los ojos de Dios es un pobre desventurado, miserable, ciego y desnudo. Pero el Señor bendito sigue llamando a la puerta, ofreciendo oro refinado en fuego, sus vestiduras blancas, y su colirio... Porque “el amor todo lo sufre, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta.

El amor nunca deja de ser.” (1ª Corintios 13:7-8).

La figura de la “llamada a la puerta” es extraordinariamente evidente en cuanto a su significado. La llamada anuncia la proximidad del visitante, evidencia la presencia y apela a que abramos. El acto de la llamada nos habla del deseo del visitante a ser admitido, a ser aceptado. Pero también es una figura muy clara de la libertad con que cuenta quien está al otro lado de la puerta para abrir o no. El ladrón forzaría la puerta, rompería la cerradura o quebraría una ventana. Pero Jesús es lo más opuesto al ladrón. El Amado desea nuestra amistad, nuestro compañerismo, nuestra intimidad, pero no deja de reconocer nuestra libertad para decidir. Jamás forzó ni forzaría un solo corazón.

La “llamada a la puerta” nos hace pensar en todos los medios que Dios puede emplear para anunciar su presencia ante el pecador: Su Palabra, su Espíritu, los actos solemnes de su Providencia y de su Soberanía, amén de todos otros aquellos que Él puede usar, y que a nosotros no podrían nunca habérsenos ocurrido.

También nos hace pensar, en este caso como en todos los demás, que el acto de la reconciliación que Dios busca con el pecador es algo en lo que el Señor tiene y toma la iniciativa. No se trata de la ida del pecador a los pies de Jesucristo, sino, antes bien, del Señor que misericordiosamente va al pecador, sale a nuestro encuentro, y se presenta ante la puerta de nuestro corazón para llamar y acceder a nuestras vidas como único Señor y Salvador personal.

Un elemento curioso en la llamada del Señor es el hecho de que no emplea ningún artilugio, sino su voz: “He aquí, yo estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré a él, y cenaré con él, y él conmigo.” (Apocalipsis 3:20). No es la llamada de sus nudillos, ni una aldaba sonora, sino su voz, la voz del Maestro bendito:

“Mis ovejas oyen mi voz, y yo las conozco, y me siguen, y yo les doy vida eterna; y no perecerán jamás, ni nadie las arrebatará de mi mano.” (Juan 10:27-28).

“Si alguno oye mi voz” es una llamada a comprender y responder. Es una llamada al corazón de unos creyentes tibios, formalistas, auto-suficientes. Es, probablemente, la última llamada.

Versículo 21:

Esta es la recompensa que muchos cristianos desconocen, y en cuyo honor hemos decidido dar nombre a este breve estudio de los mensajes del Señor a las iglesias de Asia Menor: “Del barro al trono”. Esa es la historia del hombre redimido por la sola gracia misericordiosa de Dios en Cristo Jesús: “Al que venciere, le daré que se siente conmigo en mi trono.” (Apocalipsis 3:21a).

El trono de Cristo es el trono del universo. Y la autoridad universal de Dios en Cristo Jesús es compartida con sus hijos e hijas. Sin embargo, millones de cristianos desconocen esta maravillosa doctrina. Quizá la palabra “trono” no figura, lógicamente, en nuestro vocabulario habitual y cotidiano, pero la importancia de lo que implica este término suele sorprender cuando nos aproximamos a las Sagradas Escrituras.

La figura del trono aparece en las páginas del Antiguo Testamento referida a los reyes de Israel y Judá. Los tronos eran a veces portátiles: “Y el rey de Israel y Josafat rey de Judá estaban sentados cada uno en su silla, vestidos de sus ropas reales, en la plaza junto a la entrada de la puerta de Samaria. Y todos los profetas profetizaban delante de ellos.” (1º Reyes 22:10).

El trono -silla real- de Salomón, se nos describe minuciosamente en este mismo Primer Libro de los Reyes: “Hizo también el rey un gran trono de marfil, el cual cubrió de oro purísimo. Seis gradas tenía el trono, y la parte alta era redonda por el respaldo, y a uno y otro lado tenía brazos cerca del asiento, junto a los cuales estaban colocados dos leones. Estaban también doce leones puestos allí sobre las seis gradas, de un lado y de otro; en ningún otro reino se había hecho trono semejante.” (1º Reyes 10:18-20).

La figura del trono aparece también muy frecuentemente en las páginas del Nuevo Testamento. A veces de forma implícita, como en el caso de este texto en Filipenses:

“Por lo cual Dios también le exaltó hasta lo sumo, y le dio un nombre que es sobre todo nombre, para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla de los que están en los cielos, y en la tierra, y debajo de la tierra, y toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor, para

gloria de Dios Padre.” (Filipenses 2:9-11).

En otras ocasiones, la figura del trono aparece de manera mucho más explícita, como en el caso de Colosenses y Hebreos:

“Si, pues, habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la diestra de Dios.” (Colosenses 3:1).

“Mas del Hijo dice: Tu trono, oh Dios, por el siglo del siglo; cetro de equidad es el cetro de tu reino.” (Hebreos 1:8).

Jesús también habla claramente del trono en los Evangelio de Mateo y de Lucas:

“Y Jesús les dijo: De cierto os digo que en la regeneración, cuando el Hijo del Hombre se sienta en el trono de su gloria, vosotros que me habéis seguido también os sentaréis sobre doce tronos, para juzgar a las doce tribus de Israel... Cuando el Hijo del Hombre venga en su gloria, y todos los santos ángeles con él, entonces se sentará en su trono de gloria, y serán reunidas delante de él todas las naciones, y apartará los unos de los otros, como aparta el pastor las ovejas de los cabritos. Y pondrá las ovejas a su derecha, y los cabritos a su izquierda... Pero vosotros sois los que habéis permanecido conmigo en mis pruebas. Yo, pues, os asigno un reino, como mi Padre me lo asignó a mí, para que comáis y bebáis a mi mesa en mi reino, y os sentéis en tronos juzgando a las doce tribus de Israel.” (Mateo 19:28; 31-33; Lucas 22:28-30).

Lo que nos gusta llamar “la doctrina del trono” ocupó la mente de los primeros discípulos, como se desprende de los textos siguientes:

“Entonces Jacobo y Juan, hijos de Zebedeo, se le acercaron, diciendo: Maestro, queríamos que nos hagas lo que pidiéremos. Él les dijo: ¿Qué queréis que os haga? Ellos le dijeron: Concédenos que en tu gloria nos sentemos el uno a tu derecha, y el otro a tu izquierda. Entonces Jesús les dijo: No sabéis lo que pedís. ¿Podéis beber del vaso que yo bebo, o ser bautizados con el bautismo con que yo soy bautizado? Ellos dijeron: Podemos. Jesús les dijo: A la verdad, del vaso que yo bebo, beberéis, y con el bautismo con que yo soy bautizado, seréis bautizados, pero el sentaros a mi derecha y a mi izquierda, no es mío darlo, sino a aquellos para quienes está preparado.” (Marcos 10:35-40). (Ver también Mateo 20:20-28).

La pregunta de los discípulos implica el conocimiento de la “doctrina del trono”, pero la respuesta de Jesús les confronta con la realidad de su equívoco. Para ellos, como para tantos en el curso de los siglos, y aún hoy, la autoridad real que se desprende del “trono”, es entendida como potestad para tener dominio sobre otros. Para Jesús, sin embargo, la autoridad radica en el servicio:

“Entonces Jesús, llamándoles, dijo: Sabéis que los gobernantes de las naciones se enseñorean de ellas, y los que son grandes ejercen sobre ellas potestad. Mas entre vosotros no será así,

sino que el que quiera hacerse grande entre vosotros será vuestro servidor, y el que quiera ser el primero entre vosotros será vuestro siervo; como el Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para servir, y para dar su vida en rescate por muchos.” (Mateo 20:25-28). (Ver también Marcos 10:42-45).

En el trono está la meta del cristiano redimido por la sangre preciosa de Cristo, regenerado por la obra del Santo Espíritu, para alcanzar la estatura del Hijo de Dios. El camino es de servicio, de entrega, de participación en los sufrimientos del Mesías. Este camino es del barro al trono. De nuestra miseria a la gloria reservada para los vencedores de todos los tiempos. Y esto sólo es posible mediante la gracia de Dios obrando poderosamente en nuestras vidas por el Santo Consolador, cuya meta es formar a Jesucristo en nosotros.

No olvidemos que no nos creamos a nosotros mismos: “Y nosotros, pueblo suyo, y ovejas de su prado.” (Salmo 79:13).

No nos llamamos a nosotros mismos. “Porque para vosotros es la promesa, y para vuestros hijos, y para todos los que están lejos; para cuantos el Señor nuestro Dios llamare.” (Hechos 2:39).

“Y sabemos que a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien, esto es, a los que conforme a su propósito son llamados. porque a los que antes conoció, también los predestinó para que fuesen hechos conformes a la imagen de su Hijo para que él sea el primogénito entre muchos hermanos.” (Romanos 8:28-29).

No nos escogimos a nosotros mismos: “Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos bendijo con toda bendición espiritual en los lugares celestiales en Cristo, según nos escogió en él antes de la fundación del mundo, para que fuésemos santos y sin mancha delante de él, en amor habiéndonos predestinado para ser adoptados hijos suyos por medio de Jesucristo, según el puro afecto de su voluntad, para alabanza de la gloria de su gracia, con la cual nos hizo aceptos en el Amado, en quien tenemos redención por su sangre, el perdón de pecados según las riquezas de su gracia.” (Efesios 1:3-7).

No nos perfeccionamos a nosotros mismos: “Doy gracias a mi Dios siempre que me acuerdo de vosotros, siempre en todas mis oraciones rogando con gozo por todos vosotros, por vuestra comunión en el evangelio, desde el primer día hasta ahora, estando persuadido de esto, que el que comenzó en vosotros la buena obra, la perfeccionará hasta el día de Jesucristo.” (Filipenses 1:3-6).

No olvidemos que somos hechura del Señor, creados en Cristo Jesús para obrar en su bendito Nombre: “Porque por gracia sois salvos por medio de la fe, y esto no de vosotros, pues es don de Dios; no por obras, para que nadie se gloríe. Porque somos hechura suya, creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviésemos en ellas.” (Efesios 2:8-10).

No hemos nacido de nuevo por nosotros mismos, sino por la Palabra de Dios: “Sabido que fuisteis rescatados de vuestra vana manera de vivir, la cual recibisteis de vuestros padres, no con cosas corruptibles, como oro o plata, sino con la sangre preciosa de Cristo, como de un cordero sin mancha y sin contaminación, ya destinado desde antes de la fundación del mundo, pero manifestado en los postreros tiempos por amor de vosotros, y mediante el cual creéis en Dios, quien le resucitó de los muertos y le ha dado gloria, para que vuestra fe y esperanza sean en Dios. Habiendo purificado vuestras almas por la obediencia a la verdad, mediante el Espíritu, para el amor fraternal no fingido, amaos unos a otros entrañablemente, de corazón puro, siendo renacidos, no de simiente corruptible, sino de incorruptible, por la palabra de Dios que vive y permanece para siempre.” (1ª Pedro 1:18-23).

No nos nutrimos a nosotros mismos: “Él (Jesús) respondió y dijo: Escrito está: No sólo de pan vivirá el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios.” (Mateo 4:4). (Ver también Deuteronomio 8:3). Y el Cuerpo de Cristo no se forma en nosotros por nosotros mismos: “Y él mismo constituyó a unos, apóstoles; a otros, profetas; a otros, evangelistas; a otros, pastores y maestros, a fin de perfeccionar a los santos para la obra del ministerio, para la edificación del cuerpo de Cristo.” (Efesios 4:11-12).

La “doctrina del trono” implica también una enseñanza olvidada frecuentemente: La Esposa del Cordero no se forma en la tierra para ascender después al cielo, sino a la inversa: “Si, pues, habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la diestra de Dios. Poned la mira en las cosas de arriba, no en las de la tierra. Porque habéis muerto, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios. Cuando Cristo, vuestra vida, se manifieste, entonces vosotros también seréis manifestados con él en gloria.” (Colosenses 3:1-4).

Versículo 22:

Se repite por séptima vez la misma exhortación de los mensajes anteriores. Oír la voz del Señor será siempre nuestra mayor necesidad. Y con estas palabras acaba esta porción epistolar del libro de Apocalipsis. A continuación comienzan los relatos y descripciones de las diversas visiones. Su comprensión depende en gran manera del entendimiento de estos mensajes del Señor a los ángeles de las iglesias, a través de la pluma del apóstol Juan.

El tiempo de las iglesias históricas a quienes van dirigidos en primera instancia estas epístolas concluiría muy pronto. El imperio turco, y los nombres de los caudillos Sarukhan y Aidin, pondrían fin con sus conquistas a estas iglesias. La desolación de las siete ciudades de Asia Menor sería casi total. Los templos de los dioses del panteón greco-romano quedarían en completa ruina. El templo de Diana, en Éfeso, no sería nada más que un montón de piedras con un par de columnas en pie. Los circos y teatros de Laodicea quedarían en ruinas y abandonados, como refugio de alimañas. Filadelfia sería la que más tiempo resistiría los ataques enemigos, para capitular finalmente frente al imperio otomano.

Han transcurrido muchos siglos, y las iglesias en cuestión no son nada más que nombres en

los anales de la historia. En muchos casos, sólo cuatro líneas en las páginas de las enciclopedias. Pero las palabras de Jesucristo continúan teniendo la misma vigencia hoy como ayer. Las amonestaciones y los principios dados por el Maestro tienen en la actualidad el mismo y pleno valor que cuando los recibiera Juan en Patmos. Son principios y verdades para todos los tiempos y para todos los discípulos de Cristo el Señor:

El Señor conoce nuestras obras, y ve todo lo que hay en nuestros corazones, nuestras actitudes y nuestras acciones. El Señor tiene potestad para reprender y castigar, para corregir e instruir, para encomiar y recompensar. El Señor rechaza la tibieza de quienes tienen nombre de estar vivos, pero duermen perezosamente. El Señor insta a quienes viven en el pecado o en el error a arrepentirse urgentemente, sin demorarlo ni un instante. El Señor promete premios y galardones para los vencedores, para quienes está reservada la victoria final ante el trono de la Majestad en las alturas.

CONCLUSIÓN:

Una pregunta ha surgido en nuestros corazones. La hemos ido demorando en el curso de este estudio, e intencionadamente la hemos dejado para el final: ¿Por qué concluye el Señor su mensaje a cada iglesia particular con esta exhortación en plural? “El que tiene oído, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias”. (Apocalipsis 2:7, 11, 17, 29; 3: 6, 13, 22). Quizás aquí se encuentre la clave más importante para la interpretación de este texto apocalíptico-escatológico e histórico-místico. Quizás aquí se halle la respuesta a la pregunta antigua sobre estos mensajes del Señor Jesucristo resucitado y glorificado: ¿Hemos de entenderlos como mensajes a iglesias que existieron dentro del tiempo y el espacio, o bien son mensajes de parte del Señor a la Iglesia a través de los tiempos, hasta el Gran Día de Dios?

Nos parece que este plural -“iglesias”- indica que ninguna de las cartas -conviene tener presente que son mensajes epistolares- va dirigida a ninguna de las siete iglesias con carácter de exclusividad. No deberíamos, por tanto, confundir “particularidad” con “exclusividad”. Esto convierte el cuerpo textual que hemos estudiado en un mensaje verdaderamente universal, de características epistolares de encíclica, sin que por ello pierda el sentido puntual e histórico de las respectivas congregaciones de Asia Menor, a quienes va dirigido cronológicamente en primer lugar.

Como dijeron los sabios antiguos de Israel, al afirmar que toda la Biblia está contenida en esencia en los seis primeros capítulos de Génesis, siendo todo lo demás un “midrash”, término que significa “enseñanza por repetición”, como una expansión de esa esencia a lo largo de diferentes circunstancias histórico-dramáticas, así también pudiera ser que los siete mensajes a las respectivas iglesias de Asia, fuesen la esencia de todo cuanto se dirá en el resto de Apocalipsis.

En definitiva, todo se ciñe al propósito del Señor Jesucristo de fortalecer la fe de los cristianos perseguidos y atribulados bajo la amenaza y el martirio por no someterse al culto imperial. Todas las promesas del Señor Jesús son para el vencedor. “Todas las promesas del Señor Jesús son apoyo poderoso de mi fe”, como dice el himno tradicional. Pero la más impresionante de todas ellas, pues va más allá de todas nuestras posibles expectativas, es que El Amado, en su soberanía, quiere compartir su trono con nosotros. Ni siquiera el trono de su majestad nos podrá separar del amor de Dios en Cristo Jesús Señor nuestro.

“El que no escatimó ni a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará también con él todas las cosas? ¿Quién acusará a los escogidos de Dios? Dios es el que justifica. ¿Quién es el que condenará? Cristo es el que murió; más aun, el que también resucitó, el que además está a la diestra de Dios, el que también intercede por nosotros. ¿Quién nos separará del amor de Cristo? ¿Tribulación, o angustia, o persecución, o hambre, o desnudez, o peligro, o espada? Como está escrito: Por causa de ti somos muertos todo el tiempo, somos contados como ovejas de matadero. Antes, en todas estas cosas somos más que vencedores por medio de aquel que nos amó. Por lo cual estoy seguro de que ni la muerte, ni la vida, ni ángeles, ni principados, ni potestades, ni lo presente, ni lo por venir, ni lo alto, ni lo profundo, ni ninguna otra cosa creada nos podrá separar del amor de

Dios, que es en Cristo Jesús Señor nuestro.” (Romanos 8: 32-39).

Del barro al trono. Este es tu destino, si has entregado tu vida entera a Cristo Jesús: Del barro, ensuciado por nuestro pecado, al trono de la Majestad en las alturas; y sin un sólo mérito por nuestra parte, pues toda la gloria y la honra son suyas; y todos los méritos, de Aquel en quien ha de estar fija nuestra mirada:

“Puestos los ojos en Jesús, el autor y consumidor de la fe, el cual por el gozo puesto delante de él sufrió la cruz, menospreciando el oprobio, y se sentó a la diestra del trono de Dios. Considerad a aquel que sufrió tal contradicción de pecadores contra sí mismo, para que vuestro ánimo no se canse hasta desmayar.” (Hebreos 12:2-3).

“Amén; sí, ven, Señor Jesús.” (Apocalipsis 22:20).

FIN

J.Y.